

C. S. FORESTER

Los perseguidos



GRANDES CLÁSICOS DE LA NOVELA NEOLÓGICA

Lectulandia

¿Suicidio o asesinato? Nada hace sospechar que Dot no se ha quitado la vida. Al menos, así lo cree su hermana Marjorie, que no ve por qué podrían haber matado a la buena de Dorothy. Pero la madre de ambas no opina lo mismo: cree intuir quién se esconde tras la muerte de su hija, y está decidida a vengarla. Muy pronto, un universo de abusos, violencia y sexo se desvelará tras las apariencias de la sociedad londinense de los años treinta.

Escrito en 1935, el manuscrito de «Los perseguidos» estuvo perdido durante más de setenta años hasta que, en 2003, reapareció para convertirse en uno de los mayores éxitos de C. S. Forester.

Lectulandia

C. S. Forester

Los perseguidos

ePub r1.2

Akhenaton 19.09.14

Título original: *The Pursued*
C. S. Forester, 2003
Traducción: Ana Herrera Ferrer
Diseño de cubierta: Opalworks BCN

Editor digital: Akhenaton
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Marjorie no tenía la sensación de que se avecinase ningún desastre mientras bajaba por Harrison Way, desde la estación de ferrocarril. Era una noche de verano muy tranquila, soplaban una brisa suave que refrescaba sin dar demasiado frío, y hacía susurrar las hojas de las pequeñas hayas que se alineaban al borde de la calzada. Las estrellas brillaban amistosas en el cielo. Marjorie no sentía aprensión alguna.

Se había acostumbrado ya a estar sin sus hijos de noche, de modo que no se preocupaba en absoluto por ellos. Desde que Anne había cumplido los siete años, se podía confiar en que dormía profundamente desde el momento en que se metía en la cama, y Derrick, que todavía no había cumplido los cuatro, no había causado ni un solo problema desde hacía seis semanas, y como los dos niños querían mucho a Dot, se habrían ido a dormir sin protestar. Dot habría pasado una tarde aburrida, sentada en casa sin hacer nada, pero quizá Ted hubiese vuelto de los billares y la hubiese enviado de vuelta con mamá... y en cualquier caso, parecía que a Dot le gustaban las veladas aburridas porque a menudo decía que no le importaba quedarse en casa sentada sin hacer nada mientras los niños dormían, y nunca quería que mamá acudiese también y compartiese su soledad.

Marjorie había disfrutado de su excursión aquella noche. Estuvo en la ciudad visitando a Millicent Dunne. Cenaron juntas en un restaurante italiano, con un camarero que las servía, y se bebieron una botella pequeña de Chianti, y después volvieron al pequeño apartamento de Millicent, en Victoria, que tenía una sola habitación, y se sentaron allí y hablaron durante horas y horas hasta que Marjorie tuvo que correr para coger el último tren de vuelta a casa. Marjorie comparaba sin envidia, pero con alguna curiosidad, su tranquila vida en un barrio residencial y la de Millicent como chica soltera en la ciudad, sus deberes como esposa y madre con el interesante trabajo de Millicent como supervisora de asistencia de una fábrica. Ahora Millicent era una mujer de mundo, educada y con mucho tacto, pero algún día se convertiría en una solterona. Marjorie sentía que Derrick y Anne la compensaban por la posible pérdida de una carrera profesional, y en cualquier caso, pensaba que nunca había sido lo bastante inteligente para emprenderla. A Millicent siempre se le había

dado muchísimo mejor en el colegio.

La luz del vestíbulo estaba encendida, como pudo comprobar Marjorie a través del cristal situado sobre la puerta cuando llegó a la cancela, pero el salón se encontraba a oscuras. Quizá Dot estuviese en la cocina preparándose una taza de cacao; no le parecía posible que Ted hubiese vuelto tan temprano como para enviarla a casa e irse a dormir. Marjorie abrió la puerta con su llave y dijo suavemente: «hooola», como solía hacer siempre. Nadie le respondió, y al atravesar el umbral olió a gas. El salón apestaba a gas. Al quedarse dudando al pie de las escaleras notó claramente el silbido del gas que se escapaba.

Marjorie corrió a la puerta de la cocina, dejando caer el bolso. La cocina estaba a oscuras, y cuando Marjorie abrió la puerta el hedor a gas casi le golpea en la cara. Buscó el interruptor. Tenía la cabeza lo bastante clara como para preguntarse por un segundo si no sería peligroso encender una luz en aquella atmósfera, y luego se tranquilizó pensando que solo una cerilla o una vela podía causar una explosión. La luz iluminó la cocina con su papel azul y blanco, y también a Dot, con su bonito vestido de verano, echada en el suelo y con la cabeza metida en el horno, que tenía la puerta abierta.

Marjorie lanzó un grito ahogado y al hacerlo sus pulmones se rebelaron por el gas que entró en ellos. Se esforzó por recuperarse y contener el aliento. Corrió al otro lado del horno, cerró la llave de paso y, conteniendo el aliento aún, abrió de par en par la ventana de la cocina y luego se agachó para levantar a Dot. Pero no pudo contener más el aliento. Un súbito jadeo introdujo más gas en sus pulmones y notó que la cabeza le daba vueltas. No podía levantar a Dot. Le costó todas sus fuerzas andar tambaleándose hacia el salón, donde el hedor a gas no era demasiado intenso, para poder respirar. Jadeando, abrió la puerta delantera y se quedó de pie en la entrada. El frío aire nocturno fue como el agua cuando se tiene sed. La brisa pasó junto a ella y pensó que, al entrar por la puerta delantera y salir por la ventana de la cocina, pronto limpiaría de gas la cocina. Respiró con fuerza de nuevo, y estaba a punto de volver a la cocina cuando oyó ruido de pasos que se acercaban por la tranquila calle, y alguien que canturreaba en voz baja. Era Ted. Le vio a la luz de la farola, tan alegre como siempre, con su traje con chaleco, su sombrero hongo ladeado en el ángulo habitual, un poco por encima de las orejas.

—¡Ted! —exclamó—. ¡Ay, Ted!

Él se sobresaltó al oír su voz, y corrió por el sendero.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es Dot... En la cocina...

Él pasó a su lado empujándola y se detuvo un instante en el umbral de la cocina.

—¿Está muerta? —preguntó.

—No lo sé. No he tenido tiempo de...

Ya solo se notaba un ligero olor a gas. Una súbita ráfaga de viento cerró de golpe la puerta principal y la casita entera se estremeció. Ted dio un paso hacia delante y luego retrocedió.

—Nadie debe tocarla —dijo—. Ve a buscar ayuda. Ve a la casa de al lado. Tienen teléfono.

Hasta aquel momento Marjorie había pensado con claridad y rapidez, pero entonces los hechos que se sucedían aquella noche empezaron a parecerle irreales, como si estuviese viviendo una pesadilla, y en la memoria de Marjorie quedaron, posteriormente, una serie de imágenes que, aunque vividas, estaban emborronadas por los bordes. Tenía la imagen de la señora Taylor, la vecina de al lado, en camisón y con el pelo recogido en dos trenzas mirándola en la puerta de su casa con asombro, después de que Marjorie llamase con fuerza un par o tres de veces. El señor Taylor llevaba un pijama de franela con una raya marrón. Marjorie vio una mancha bajo su axila cuando llamaba a la policía. Veía ante sí la cara de Dot, extrañamente rosa, mientras la levantaban del suelo con la cabeza colgando. Sus mejillas no estaban coloreadas artificialmente porque Marjorie sabía que Dot solo usaba polvos. No podía imaginar que estuviese muerta salvo por el hecho de que estaba tan fría que su contacto resultaba repelente. Ahora se encontraban allí un sargento y un policía.

—¿Siempre tiene ese aspecto la gente cuando se muere? —susurró Marjorie, que no había visto antes ningún muerto.

—Sobre todo cuando han usado gas, señora —dijo el sargento—. He visto a muchos así.

El policía les estaba interrogando y hablaba de una posible carta. Ella no sabía nada, pero al final dejó que el policía registrase la casa y la buscase él mismo.

A continuación, apareció un médico con chaqueta negra e hizo preguntas breves y frías a Ted, que las respondió con franqueza y precisión. Admiraba a Ted en aquel momento por estar tan sereno y con la cabeza clara. Ella no habría podido responder a todas esas preguntas... El médico, en realidad, le había dirigido una y ella ni siquiera oyó lo que le decía, aunque veía moverse sus labios. Llegó también su madre, con su traje y su sombrero negros, limpia, enérgica y pulcra, como siempre, con la rapidez de movimientos natural en una persona diminuta como ella. Tenía también la cabeza muy clara, y no parecía demasiado conmovida por el suicidio de su hija favorita, o al menos eso pensó Marjorie hasta que vio que su madre tenía lágrimas en las mejillas, y más lágrimas acumuladas en sus ojos grises.

Luego toda la multitud se fue, y ella y Ted se quedaron solos de nuevo, después de que se escribieran abundantes notas en unas libretas negras. Los niños estaban dormidos y siguieron durmiendo a pesar de todo el ruido y el escándalo del piso de abajo; el sargento le sugirió que fuese a ver a los niños, pero ella ya había subido y pasado de puntillas por las habitaciones de los dos, y los vio muy tranquilos; no

percibió olor a gas, ya que las puertas estaban cerradas, y las ventanas, abiertas. Marjorie se quedó escuchando en el exterior de cada puerta de nuevo, automáticamente, como hacía siempre antes de irse a la cama, mientras Ted estaba abajo apagando las luces y cerrando la puerta de atrás.

Ella se había quitado el vestido y estaba de pie ante el espejo, soltándose el pelo, cuando Ted subió. Solo entonces la conciencia de lo ocurrido cayó sobre ella como una ola, solo entonces comprendió plenamente que Dot había muerto, que se había suicidado, y que nunca más volvería a verla, y en cambio ahí estaban ellos yéndose a la cama con tanta insensibilidad como si no hubiera pasado nada. Se apartó del espejo y se volvió hacia su marido.

—¡Oh, Ted! —dijo—. Ted, ¿no es espantoso?

Fue hacia él y le puso las manos en los hombros, y apoyó la mejilla en el pecho de él. Todo su cuerpo se sacudía con la violencia de sus sollozos, y lloró desgarradoramente, las primeras lágrimas que derramaba aquella noche.

—No dejes que esto te agobie, niña —dijo Ted. Le dio palmaditas en el hombro y luego la sentó en la cama. Durante los nueve años de su matrimonio, y antes incluso, Ted siempre le daba palmaditas como gesto de afecto; probablemente es algo que ella habría echado de menos si no lo hubiese hecho también. Por aquel entonces, a ella le resultaba indiferente, pero aquella noche deseó que él no lo hiciera, con Dot muerta y en la morgue. Y aunque su amor por él había muerto hacía mucho, aunque algunas veces le odiaba, o le temía, o le despreciaba, aunque ahora ya era tan indiferente a él como al llamador de la puerta principal o a la bolsa donde guardaba su camisón, en aquel momento era lo único que tenía que pudiera consolarla de su dolor. Se agarró a él, cogida a las solapas de su chaqueta, y agitándose todavía por los sollozos que la desgarraban.

—No te preocupes, guapa —dijo Ted. «Guapa» era uno de los términos afectuosos vulgares que usaba cuando quería mostrar su preocupación. Le puso la mano bajo la barbilla y le levantó la cara, y la besó en los labios con los suyos gruesos, abiertos. En su aliento se olía el alcohol, y ella ya estaba acostumbrada. Pero se dio cuenta con frío horror, mientras notaba que las manos de él le recorrían el cuerpo, de que Ted le estaba sugiriendo que aquella noche se iba a poner «pesado», que era la palabra que ella usaba para sí. Precisamente aquella noche, cuando Dot acababa de matarse, llena de sufrimiento, en el piso de abajo. Levantó la vista hacia él. Al parecer, las emociones de las últimas horas le habían excitado, como solía ocurrir cuando había jaleo. Tenía los ojos brillantes y se le arrugaba la frente espasmódicamente, una señal segura: habían pasado casi diez años desde la primera vez que ella lo notó.

—Bésame, cariño —dijo, y ella cerró los ojos y le besó. Era menos problemático que negarse. Una vez o dos ella se lo había negado, con excusa razonable o sin ella, y

siempre había supuesto una escena desagradable y un marido bruto y enfurruñado que la fulminaba con la mirada al día siguiente hasta que se sometía a él. Las manos de su marido hurgaban en su cuerpo igual que la lengua hurgaba en sus labios. Él se apretó contra ella, caliente y excitado. Era una excitación más que sexual. Ella supo, con una momentánea clarividencia, que los acontecimientos de aquella noche le habían estimulado al máximo, y que poseerla le daría algo de alivio. Igual que algunos hombres convierten sus impulsos sexuales en algo más elevado y noble, Ted, por el contrario, traducía todos sus estímulos en el plano sexual. No se le podía negar. Ella se vio arrasada por la tristeza, pero al menos era una tristeza que le exigía alguna actividad, y no el sufrimiento negro y pasivo que había sentido al volverse a Ted desde el espejo.

—Date prisa, nena —dijo Ted. En lugar de acariciarla y apretarla contra él, ahora le dio un pequeño empujón, alejándola, y obedientemente, ella se volvió y se dirigió hacia el baño. Afortunadamente ella no sentía repugnancia por los detalles de los métodos de control de la natalidad, sino solo indiferencia, una frialdad total. Se ocupó de todo meticulosamente, porque ahora que tenía dos hijos no sentía el menor deseo de volverse a quedar embarazada. Ted le esperaba desnudo cuando salió. Ella había olvidado ya aquel tiempo en que le produjo un extraño estremecimiento de audacia y pasión descubrir que él tenía vello negro y espeso cubriéndole el esternón.

—Ven, guapa —dijo el otro, ansioso, cuando ella entró.

Marjorie sabía perfectamente que aquella noche no iba a dormir: ahora permanecía siempre despierta, inquieta y nerviosa, cuando Ted se ponía «pesado», y aquella noche fue mucho, mucho peor. Supuso que debían de ser las dos cuando Ted se durmió, acalorado y pesado a su lado, con el aliento un poquito más ruidoso que cuando estaba despierto. Ella se quedó echada de espaldas en el borde de la cama, con la almohada metida en la nuca, demasiado cansada para llorar, y con las emociones demasiado confundidas para que su sufrimiento fuese agudo. Solo era consciente de sentir una depresión negra e insomne, una infelicidad mucho más arraigada de la que había conocido nunca.

Una línea del ferrocarril de cercanías corría por el final del jardín de la pequeña casita semiadosada. Cuando había servicio, la casa temblaba a intervalos de diez minutos al paso de los trenes, porque había un servicio cada veinte minutos en ambas direcciones, pero el último tren del día pasaba a la una y cuarto de la mañana, y al principio, mientras Marjorie yacía despierta, la casa se vio envuelta en la tensa quietud de la noche de las afueras. Estaban en mitad del verano, y la habitación no se quedaba nunca totalmente a oscuras, siempre se percibían los pálidos cuadros de las ventanas, y más tarde ella notó que había más luz. Y luego oyó a los gorriones y los estorninos que empezaban a piar, y luego, muy, muy lejos, los cascos de un caballo que trotaba. Era el carro del lechero que venía de camino para hacer su ronda diaria. Ahora que los carros de la leche habían empezado a usar ruedas de neumático, solo se oía el caballo, nunca el carro. Mientras el caballo estuvo al alcance de su oído, ella siguió oyendo aquel golpeteo distante y rítmico.

Un tren eléctrico bajó por la empinada pendiente del ferrocarril que había detrás de la casa. Los trenes de subida y los de bajada sonaban bastante distintos a los oídos acostumbrados a ellos, a causa de la inclinación. Si el tren bajaba, es que pasaban diez, treinta o cincuenta minutos de la hora; si subía, entonces era la hora en punto, o veinte o cuarenta minutos después. Este era el primer tren de subida, por lo tanto, las seis menos veinte. Su traqueteo fue en aumento poco a poco, la casa tembló levemente al pasar, y luego, el sonido continuó disminuyendo de manera constante hasta que se vio cortado de repente por el chirriar de frenos, cuando el tren se detuvo en la distante estación. Solo cuando todo lo demás estaba en silencio se podía oír ese último sonido en Harrison Way; en aquel caso, la mañana era tan silenciosa que Marjorie oyó incluso el sonido de las puertas de los compartimentos al cerrarse, y el ruido rechinante del tren al volver a ponerse en marcha otra vez.

Cuando todo quedó en silencio una vez más, Ted se movió de repente a su lado. Gruñó y sacó las piernas fuera, prácticamente igual que el pequeño Derrick en su camita, cuando no estaba dormido del todo, y luego gruñó y se volvió de lado otra vez, hacia ella. Eso le causó algo de sorpresa porque Ted solía dormir profundamente,

como un tronco, sobre todo después de una noche cansada. Furtivamente y con infinitas precauciones para no molestarle, Marjorie se fue bajando la parte inferior del camisón hasta que le cubrió los pies. Quizá fue ese movimiento el que le molestó, aunque Marjorie no lo creía. Ya fuera así o no, el caso es que Ted volvió a gruñir una vez más y luego se tensó y se despertó del todo, y se volvió de espaldas. Se aclaró la garganta con la típica tos de fumador, como hacía siempre al despertarse, mientras Marjorie fingía dormir.

Algo más inusual que de costumbre: murmuró para sí, en voz baja, y luego se calló de repente. Bajó una mano precavida y la puso sobre el cuerpo de Marjorie, pero ella estaba muy quieta, fingiendo dormir. Se sentía muy desgraciada, y además no quería que él se pusiera pesado otra vez, aunque ella nunca le había oído murmurar para sí como preliminar para ponerse luego pesado. Satisfecho de comprobar que ella dormía, Ted retiró la mano. Se quedó rígido y quieto (Marjorie tenía la sensación de que sentía una tensión no deseada) y una o dos veces Marjorie le oyó murmurar de nuevo.

Era todo muy extraño: que se despertara tan temprano, aquella tensión, aquellos murmullos. Durante un momento Marjorie no supo explicárselo, hasta que se le ocurrió de repente que debía de estar gravemente afectado, mucho más afectado de lo que ella había sospechado o previsto, por la muerte de Dot. Marjorie sintió consuelo al pensarlo; el conocimiento de que ella no era la única que se sentía mal en aquella casa disminuía su infelicidad en gran medida. Su corazón se ablandó un poco, incluso podría haber levantado la mano y tocarle de no temer que él entendiera mal ese acto. De modo que se quedó muy quieta, notando que él no dormía, consciente de su tensión.

Entonces se iniciaron los otros ruidos de la mañana. Marjorie oyó que subía por la calle su propio lechero, y el tintineo que se produjo al dejar la botella de leche en el escalón. Pasaron otros trenes con su rítmico traqueteo y su acompañamiento de débiles temblores en la estructura de la casa. Se oyó el chasquido del buzón de correos al depositar en él el periódico. Luego oyó a Derrick que empezaba a canturrear. Cuando se despertaba, Derrick siempre piaba como los estorninos, pero era un niño muy bueno y se quedaba echado en su camita hasta que le decían que se podía levantar. Anne dormía más rato, y con un sueño más profundo.

Marjorie sintió que debía levantarse temprano aquel día para enfrentarse a todos los problemas que aparecerían en seguida. El sargento de policía había hablado de una investigación. Ella no sabía nada de investigaciones, y la simple idea le preocupaba. También le costaría mucho explicárselo a los niños; y su madre, seguramente, aparecería por allí bien temprano, y temía también que la noticia atrajese a todos los demás rápidamente, en cuanto se conociera. La señora Posket, por ejemplo, seguro que aparecería en cuanto se enterase. La señora Taylor, por supuesto,

querría hablar también con ella. Cuanto antes se levantara, mejor.

Marjorie apartó las sábanas y saltó de la cama. Ya a buen recaudo miró a su marido, que yacía mirando al techo, o más bien a través del techo, al cielo azul que se encontraba por encima, le pareció a Marjorie. Ella se sintió conmovida al verle tan afectado, de tal modo que, como ocurría muy raramente, se agachó y le besó sin invitación alguna. Él no le devolvió el beso. Ted no era consciente de su proximidad hasta que ella le tocó, y eso pareció sobresaltarle, porque saltó al notar su contacto. No dio otra señal de haber notado su beso, y Marjorie, un poco dolida, se apartó, recogió su ropa y corrió al baño en camión.

Vestirse era un proceso lo suficientemente automático para conservar la facultad de sentir hondamente su desdicha, aunque no tan hondamente como podía haberla sentido, porque estaba un poco sorprendida por el inesperado sufrimiento de Ted y pensó también en ello. Luego, una vez estuvo vestida, la rutina maternal la devoró por completo y no tuvo tiempo de sentirse desgraciada ni por un momento. Había que preparar el desayuno, supervisar cómo se vestía Derrick, que hacía lo posible por vestirse solo, pero siempre se ponía los calcetines con el talón por delante, y aquella mañana consiguió ingeniosamente ponerse los pantalones al revés. Marjorie tenía que freír el bacón, poner la mesa, contestar de alguna manera al insistente parloteo de Derrick, procurar que Anne se lavase detrás de las orejas, y tener preparada el agua caliente para que Ted se pudiera afeitar. Eran tres cuartos de hora de actividad intensa, si no extenuante, hasta que conseguía tenerlos a todos sanos y salvos sentados a la mesa de la cocina con el desayuno delante.

Encontraba algún consuelo en el hecho de que ninguno de los dos niños le hiciese preguntas sobre la tía Dot. Habían dormido toda la noche a pesar del ruido, y daban por sentado que, como otras veces antes, ella se habría ido a su casa después de acostarles, al llegar uno de sus padres. Sin embargo, por otra parte, entre todo el alboroto y las prisas, Marjorie se encontró pensando con horror que les estaba dando de comer a los niños en la misma habitación donde Dot se había suicidado solo doce horas antes, una comida cocinada, además, en el mismísimo horno con el que se había matado ella. Cuando se le ocurrió aquello se le derramó la leche de Derrick, y se apagó la llama del gas bajo la sartén, y antes de que Marjorie pudiese apagar la llave de paso, notó una vaharada de olor a gas que la puso enferma y casi le hizo vomitar, de modo que se sentó de repente a la mesa justo cuando llegaba Ted, con los zapatos en la mano. Él también estaba pálido. Marjorie pensó que ambos debían de parecer un par de fantasmas. Se alegraba de que los niños no se hubiesen dado cuenta.

—Será mejor que me vaya al despacho hasta que me necesiten —dijo Ted.

—Sí —respondió Marjorie.

—¿Quién te va a necesitar, papá? —preguntó Anne. Toda la vida se le había

inculcado que nada en el mundo tenía más importancia que el hecho de que su papá llegase puntual al trabajo. Ted ignoró su pregunta.

—¿Y Anne, va a ir al colegio? —preguntó Ted.

—Pues claro que debe ir —dijo Marjorie. No podía soportar la idea de tener a Anne pegada a ella toda la mañana.

—¿Pero qué dices, papá? —preguntó Anne—. ¿Por qué no iba a ir al colegio? ¡Papá! ¡Mamá! ¿Qué ha pasado?

—¡Tranquila, Anne! —le regañó Marjorie. Y eso que Marjorie se sentía inclinada a ser especialmente amable con Anne desde que se había dado cuenta de que era Derrick quien se había ganado su corazón. Anne se quedó algo mustia, con los labios temblorosos. El hecho de que su adorada madre le hablase tan rudamente era tan raro que le provocaba lágrimas. Estaba a punto de llorar cuando un insistente golpeteo en la puerta de atrás distrajo su atención, y la abuela entró por aquella puerta, y Anne no recordaba que la abuela hubiese llegado nunca a casa a la hora del desayuno. Marjorie gritó llena de alegría al verla.

—Ven a tomar una taza de té, mamá —dijo, y se levantó automáticamente y empezó a preparar un lugar para ella.

—Gracias, cariño —dijo la señora Clair. Era la misma mujer pulcra, tranquila y eficiente de siempre, y hablaba con la misma voz suave. Marjorie sintió una enorme oleada de alivio con su llegada.

—Buenos días, Ted —dijo la señora Clair.

—Buenos días, mamá —dijo Ted. No la miró.

—¿No ha ocurrido nada aún? —preguntó la señora Clair.

—No —respondió Marjorie.

—¿Qué es lo que tiene que ocurrir? —inquirió Anne.

—Cállate la boca —gruñó Ted, y ambas mujeres intercambiaron miradas que Ted no vio porque tenía los ojos clavados en el suelo.

Ted echó atrás su silla con un chirrido.

—Bueno, me voy —dijo—. Llámame al despacho si me necesitas.

Seguía sin mirarlas a los ojos cuando se fue.

—¿Qué puede necesitar mamá de papá? —preguntó Anne. Recordaba un incidente de hacía dos años. Mamá recibió una severa reprimenda de papá por atreverse a llamarle por teléfono al despacho.

—No creo que mamá le necesite en absoluto —repuso la señora Clair—. Y ese vestido que llevas tan bonito me gusta más cuanto más lo miro.

Eso fue suficiente para satisfacer a Anne. Se puso el sombrero y permitió que la llevaran al colegio sin hacer más preguntas.

Solo cuando las dos mujeres pudieron sentarse ante sus respectivas tazas de té, haciendo oídos sordos a los parloteos de Derrick, pudieron comentar los

acontecimientos de la noche anterior.

—Ted está muy afectado, mamá —dijo Marjorie.

—Ya se ve. Pero ¿y tú, querida? ¿Has dormido esta noche?

—Ni un solo minuto. ¿Y tú, mamá?

—No, claro que no. Pensaba demasiado. Marjorie, ¿por qué haría una cosa semejante?

—No lo sé, mamá. Siempre me había parecido muy feliz. Yo pensaba que no tenía preocupación alguna en el mundo.

—Llevaba un mes o dos más callada de lo normal, me parece —dijo la señora Clair.

Pero era imposible mantener una conversación seguida.

Las interrupciones empezaron de inmediato. La señora Taylor, la vecina de al lado, después de enviar al trabajo a su marido, llamó a la puerta de atrás para enterarse de los últimos acontecimientos. La señora Posket, que vivía cinco puertas más allá, y a la que Marjorie solo conocía muy superficialmente y de haberse saludado, pero que era la cotilla más notoria de Harrison Way, llegó cinco minutos después, tal y como había anunciado ya Marjorie. Se había despertado demasiado tarde la noche anterior, qué mala suerte, y solo consiguió despabilarse justo a tiempo para ver partir la ambulancia. Escuchó con envidia el relato precipitado de la señora Taylor, que explicaba que la señora Grainger había llamado a su puerta y la había sacado de la cama, y que se había acercado a aquella casa, a aquella mismísima cocina, y había visto con sus propios ojos a la chica muerta, echada, con la cabeza en el horno.

—¡Oooh! —exclamó la señora Posket. Era desgarrador pensar lo que se había perdido.

—Fue espantoso, sí, señor —dijo la señora Taylor—. No lo olvidaré hasta que me muera.

—¿Y estaba toda retorcida? —preguntó la señora Posket.

—No —dijo de mala gana la señora Taylor—. Estaba echada, sencillamente, como si estuviera dormida, con la cara apoyada en el brazo.

—Pensaba que los que se asfixian quedan todos retorcidos —dijo la señora Posket, suspicaz—. ¿Por qué lo hizo?

—Nadie lo sabe —dijo la señora Taylor—. Se lo estaba preguntando a la señora Grainger cuando ha llegado.

—Quizá la investigación nos lo aclare —dijo la señora Posket. Intercambió una mirada significativa con la señora Taylor. Hasta aquel preciso momento no se les había ocurrido a la madre y la hermana de la mujer muerta que ella pudiese estar embarazada. Gracias a la presencia de la señora Posket, nació la sospecha. La señora Clair miró el rostro blanco de Marjorie.

—Vamos, Marjorie —dijo, bruscamente—. Con investigación o sin ella, hay que hacer las labores de la casa. Tú ve arriba a hacer las camas. Yo lavaré los platos y abriré la puerta.

Pero aun así hubo ciertas interrupciones que exigían la atención personal de Marjorie. Vino un policía que llamó con estruendo y que llevaba una carta para la señora Grainger que tenía que entregarle en mano, no podía dársela a la señora Clair.

—Aquí tengo otra para su marido, señora Grainger —dijo el oficial.

—Está en la oficina —respondió Marjorie.

—¿Las salas de ventas de la Compañía de Gas en High Street? —preguntó el oficial, consultando sus documentos.

—Sí.

—Entonces se la entregaré allí. A ver... ya le he dado la suya a su madre. Entonces, eso es todo. Gracias, señora.

El sobre contenía una citación, respaldada por insinuaciones de las graves consecuencias que podrían sobrevenir si se desobedecía, para asistir a la investigación judicial sobre Dorothy Evelyn Clair, que se llevaría a cabo en el juzgado de instrucción, a las once de la mañana del veinte de junio... o sea, al día siguiente. En el estado de confusión en el que se encontraba, Marjorie intuyó el sentido de aquella convocatoria, ya que su formulación ligeramente arcaica no causó en ella más que una nimia impresión.

Acababa de volver a subir al piso de arriba para proceder a la limpieza a fondo semanal del dormitorio principal, cuando llegó otra interrupción. Derrick se había cortado en un dedo, y no confiaba ni siquiera en su amada abuela para que se lo vendase. Nadie podía hacer aquello excepto su mamá. Marjorie encontró una tira de tela y le vendó el corte.

—¿Cómo has podido hacerte esto, cariño? —preguntó Marjorie.

Derrick se limitó a inclinar la cabeza en silencio, sus aullidos silenciados repentinamente, una señal bastante segura de que había hecho algo que no debía. La abuela respondió por él.

—Eso es lo que pasa cuando los niños malos abren el cubo de la basura —dijo, y siguió explicando—: Llevaba veinte minutos en el jardín portándose muy bien. Habrá ido al cubo de la basura un minuto que he salido de la cocina. Se ha cortado con unas botellas rotas.

—¿Botellas rotas? —repitió Marjorie. Como era la única persona que sacaba la basura al cubo, ella sabía lo que contenía, y no recordaba en absoluto haber tirado ninguna botella, ni rota ni sin romper, al cubo de la basura desde hacía meses.

—Mira y verás —dijo la señora Clair.

En el cubo de la basura se encontraban los fragmentos negros de dos botellas de vino, se podía afirmar porque todavía se podían distinguir el cuello y el culo de las

dos. Marjorie adivinó lo que contuvieron: ese vino tinto áspero y muy alcohólico que había hecho su aparición recientemente en las tiendas locales. Ted había traído una botella a casa unas semanas antes. Fermentado y criado en Inglaterra, le ahorraba al consumidor unos cuantos peniques de impuestos en cada botella, y en aquel momento era, como Ted había señalado muy bien, la bebida más barata que se podía obtener, si el único objetivo del bebedor era obtener una rápida intoxicación alcohólica. Un hombre podía emborracharse con aquello por un penique menos que con *whisky*. Pero no era capaz de imaginar qué hacían dos botellas de ese vino, y rotas además, en su cubo de la basura. Ted no podía haberlas dejado allí porque no llegó a casa la noche anterior directamente desde las oficinas de ventas, sino que se fue a su partida de billar. Era uno de aquellos misterios a los que no se veía capaz de enfrentarse, estaba demasiado cansada.

Y entonces, unos pocos minutos más tarde de las doce, llegó Anne corriendo del colegio.

—¡Mamá! ¡Mamá! Lo de la tía Dot no es verdad, ¿no?

Marjorie comprendió que tenía que haber supuesto que la noticia de un suicidio, al cabo de doce horas, habría corrido incluso entre los niños del colegio.

—No sé qué es lo que has oído, Anne —dijo—, pero supongo que sí que es verdad.

La cara de Anne se deformó, a punto de llorar, mientras en el mismo momento abría la boca para contar lo que había oído, pero un rápido gesto de la señora Clair llamó su atención a la presencia de Derrick, y sacudiendo la cabeza y llevándose un dedo a los labios le alertó de la necesidad de mantener el silencio para no preocupar al pequeño. Anne se sintió encantada al ver reconocida de aquella manera su inmensa superioridad de edad sobre Derrick, uniéndose a una conspiración de silencio compuesta por tres mujeres.

Por supuesto, Derrick había oído las palabras que no tenía que oír.

—¡La tía Dot! —dijo—. ¡La tía Dot! Me gusta mucho la tía Dot. Quiero que venga a casa pronto.

El silencio con el que fueron recibidas sus observaciones lo tomó como una indicación de la profunda impresión que estaba causando. Empezó a repetir de nuevo:

—¡Tía Dot! ¡Tía Dot!

Ted había llegado ya por aquel entonces y se había sentado a la mesa, esperando la comida.

—¡Calla! —exclamó repentinamente a Derrick, y Derrick, claro está, empezó a gritar de nuevo, y Anne gritó también por simpatía, y la comida resultó desordenada y caótica. En medio de toda aquella confusión, Ted se levantó de la mesa y se volvió a ir deprisa y corriendo, ya que el intervalo del que disponía para comer era solo de tres cuartos de hora, y en ese tiempo tenía que ir caminando desde High Street y

volver, y dejó a las mujeres la tarea de tranquilizar a los niños. Cuando lo consiguieron, la señora Clair se volvió a su hija.

—Estás agotada —dijo—. Ve arriba y échate. Yo llevaré a Anne al colegio y sacaré un rato a Derrick al parque.

No ocurría más de una vez al mes que Marjorie pudiera echarse por la tarde, pero aquel día, en cuanto le recordaron su cansancio, se dio cuenta de que anhelaba desesperadamente el descanso. Dudó un momento.

—¿Y tú, madre? —preguntó—. Estás tan cansada como yo.

—Ah, no, yo no —replicó la señora Clair—. A mi edad no nos cansamos tanto. Tú vete.

Marjorie subió a rastras escaleras arriba, hasta el dormitorio, donde el cálido sol de la tarde empezaba ya a abrirse camino a través de las ventanas. Se dio cuenta de que estaba demasiado cansada incluso para quitarse la ropa, de modo que se echó encima de la cama, se volvió de lado y se durmió casi de inmediato. Sin embargo, tuvo sueños tumultuosos, unos sueños sobre cascos negros de botellas de vino que se encontraban tirados en el cubo de la basura.

El viernes por la mañana, mientras Marjorie, con Derrick cogido de la mano, iba caminando por High Street para hacer sus compras, atrajo su atención un titular del *Weekly Advertiser*.

«Acto imprudente de una mecanógrafa del Ayuntamiento», leyó. «Todo sobre la investigación».

La mecanógrafa del Ayuntamiento era Dot, eso lo sabía, y su acto imprudente era su suicidio. Marjorie raramente se gastaba los dos peniques que costaba el periódico local, pero aquel día sí que lo hizo, y algo más extravagante aún: fue a Mountain's, el café de High Street, adonde iban las mujeres ricas, compró el silencio de Derrick por un tiempo con un helado de cuatro peniques y la tranquilidad para poder leer el periódico a solas con un café que le costó otros cuatro peniques.

Vio en seguida la noticia que buscaba: un suicidio local de lo más jugoso estaba destinado a ocupar un espacio importante en el periódico local.

«El señor Harley Brown, juez de instrucción, reunido en sesión sin jurado, ha dado un veredicto de “Suicidio por locura temporal” tras investigar la muerte de Dorothy Evelyn Clair, taquimecanógrafa, de veintiocho años, con residencia en Dewsbury Road nº 16, el pasado 18 de junio. El doctor Aloysius Montgomery, según sus observaciones, ha declarado que la causa de la muerte fue el envenenamiento por monóxido de carbono como resultado de inhalar gas de carbón. La difunta había comido algo y había bebido una cierta cantidad de alcohol poco antes de la muerte. No es inhabitual que las personas que piensan en el suicidio beban en abundancia para estimular su valor. Es más raro que coman algo, pero tampoco es excepcional. Él mismo había visto varios casos. La difunta estaba embarazada de tres meses.

»El sargento Hale, de la Policía Metropolitana, declaró que llegó a Harrison Way 77 como respuesta a una llamada telefónica, y encontró a la joven muerta en el suelo, con la cabeza dentro del horno de gas. No encontró carta alguna ni ninguna otra indicación de un posible motivo para aquel acto.

»Marjorie Grainger, casada, hermana de la difunta, declaró que su hermana llegó al número 77 de Harrison Way para hacerse cargo del hogar durante la tarde, mientras

su esposo y ella estaban fuera. Al volver a casa, poco después de medianoche, notó olor a gas, y al entrar en la cocina encontró a la difunta como se ha descrito. La cocina estaba llena de gas procedente del horno, y después de cerrar la llave de paso y abrir la ventana, llamó a la policía. No conocía motivo alguno por el que su hermana pudiese sentirse desgraciada; siempre había sido una joven alegre y animosa. Sabía de un par de flirteos por parte de su hermana, pero nada serio, ciertamente, no en los dos últimos años. Edward Grainger, su esposo, lo corroboró.

»Martha Clair, viuda, madre de la difunta, declaró que su hija había vivido con ella siempre en Dewsbury Road, 16. Siempre había sido una joven muy alegre y vivaz, aunque ella había notado un cambio durante las últimas semanas. La difunta conocía a pocos hombres, y si hubiese tenido una aventura importante ella está segura de que lo hubiese sabido.

»Mabel Somerset, de una organización benéfica, declaró que la difunta llevaba los cuatro últimos años trabajando a sus órdenes como taquimecanógrafa. Siempre la había encontrado diligente, alegre y activa. El desempeño de su trabajo le ponía en contacto con muy pocos hombres. Ella no veía motivo alguno por el cual la joven hubiese querido quitarse la vida. Todos sus asuntos estaban en orden.

»El señor Harley Brown, al emitir el veredicto antes mencionado, declaró que no había duda alguna de que esa desgraciada muchacha había sido traicionada por algún hombre poco escrupuloso que no tenía el valor de dar la cara y confesar el crimen. Desearía saber quién es, aunque la publicidad no sería castigo suficiente para él».

Marjorie dejó caer el periódico en su regazo cuando terminó el artículo. Las frases breves y descarnadas, destrozadas por la pésima relación que hacía de ellas el reportero en *oratio obliqua*, no dejaban adivinar una imagen clara de la escena en el tribunal. Ciertamente, daban una impresión equivocada de la forma en que ella había prestado declaración, de sus estúpidas lágrimas y del amable interrogatorio llevado a cabo por el juez de instrucción calvo que le había sonsacado las pruebas, igual que tampoco ofrecía un relato fidedigno de la justa indignación del juez de instrucción, cuyo rostro había enrojecido al hablar de la traición de Dot... igual que esa fría y maldita palabra, «difunta», no traía a la mente ningún retrato de Dot, hermosa, risueña y desenfadada.

Pero había dos breves párrafos en aquel informe que sobresalían como si estuvieran escritos con letras de fuego. «La difunta estaba embarazada de tres meses». Marjorie no sabía nada... ni siquiera lo sabía cuándo prestó declaración, ya que no le dejaron entrar en la sala cuando dio su testimonio el doctor. Ella pensaba que las amables preguntas del doctor estaban destinadas a averiguar si Dot había tenido un asunto amoroso poco afortunado. Marjorie no podía adivinar en absoluto quién era el responsable, quién había recibido el regalo de la dulzura y la virginidad de Dot. Ninguna de las personas que ella conocía se lo merecía. Y desde luego, si Dot

hubiese amado a alguien tanto como para hacer algo así, se lo habría contado. Nunca hubo secretos entre Dot y ella.

«La difunta había bebido una cierta cantidad de alcohol». Eso también era poco propio de Dot. Vino en las bodas y una copita de oporto Invalid el día de Navidad, era lo único que bebía Dot, que ella supiera. Resultaba difícil imaginar a Dot emborrachándose sentada en casa, aunque estuviera tan desesperada como para suicidarse. Una imagen apareció ante sus ojos repentinamente, la visión de unos cascos negros de botella tirados en el cubo de la basura... Pero no era capaz de imaginarse a Dot rompiendo botellas de vino. Resultaba desconcertante y la cabeza le daba vueltas.

—¡Mamá! —estaba diciendo Derrick—. ¡Mamá, mira!

El persistente chillido de su voz penetró al fin a través de su abstracción. Derrick, que se había acabado el helado hacía rato, había buscado distracción balanceando una cuchara encima de su cabeza. Marjorie de repente se dio cuenta de lo divertidas que parecían dos mujeres bien vestidas que se encontraban en la mesa de al lado, y de la sonrisita educada pero hostil de la encargada. Le quitó la cuchara y acalló las protestas de Derrick con una sacudida, sonriendo a modo de disculpa a la encargada, y salió del restaurante después de pagar la cuenta.

En la calle hacía calor y el sol brillaba cegadoramente, y por supuesto, tal y como pudo comprobar en el reloj de Tomlin, era muy tarde. Agarró la mano de Derrick y echó a correr hacia casa subiendo por High Street, pasó junto a las salas de ventas de la Compañía de Gas (respondiendo con paciencia: «sí, cariño» a los gritos de Derrick que anunciaba que allí era donde trabajaba su papá) y enfiló por Simon Street, una calle muy empinada, hasta llegar a la última esquina, que era Harrison Way. El mismo nombre de la calle revelaba el hecho de que se había urbanizado después de la guerra, y la había edificado un constructor para especular vendiendo las casas, no alquilándolas. Era una calle larga con parejas de casas adosadas, de estuco y tejados con tejas, dos salitas y una cocina abajo, y arriba, dos dormitorios pequeños y uno más diminuto aún, y un baño. Sin embargo, bajo la brillante luz del sol, la calle tenía un aspecto muy bonito, con sus hayas y sus tejas rojas.

Marjorie se preguntaba si podría soportar vivir allí mucho tiempo más, trabajar en la misma cocina donde había muerto Dot. Y ahora todo el mundo en la calle sabía que su hermana se había matado porque iba a tener un niño y no estaba casada. Era horrible para sí misma, y sería espantoso para los niños... pero como Ted tenía el despacho en High Street, sería una tontería que se mudaran a otro sitio más lejos, aunque tuvieran dinero suficiente para hacerlo. Ellos sacaban más partido al escaso salario de Ted que otros hombres, porque Ted no tenía que pagar transportes y podía ir a comer cada día a casa.

Y estaba también el tema de su madre. Habían hablado de ello la noche anterior.

Su madre era viuda de funcionario, como Marjorie se recordaba siempre orgullosamente a sí misma. El padre, a quien apenas recordaba, era administrativo en un banco y funcionario interino, y murió en la guerra. La casita de Dewsbury Road era de propiedad, y con eso, la pensión, el dinero del seguro, y la generosa indemnización del banco, la señora Clair había podido educar a sus hijas de una manera bastante satisfactoria... De hecho, después de que Marjorie se casara y Dot empezase a ganar dinero, vivía con mucha comodidad. Pero su madre ahora se había quedado sola. Marjorie, arriesgándose a la ira segura de Ted, le había preguntado la noche anterior si su madre podía venirse a vivir con ellos y él se había negado, diciendo con mucha sensatez que nunca funcionaba bien que la suegra viviese con el yerno (y Marjorie sabía en lo más profundo de su ser que no había amor alguno entre Ted y su madre).

Marjorie llegó al número 77, abrió la puerta con su llave y convenció a Derrick de que saliera al jardín, todo ello automáticamente, de modo que sus pensamientos apenas se interrumpieron. Pero aun así, a Marjorie no le gustaba la idea de que su madre se quedara sola. Ted había hecho la sugerencia, realmente sensata, de que quizá a su madre le gustase coger a algún realquilado joven, más por la compañía que pudiera prestarle que por el dinero que pudiese obtener.

—Sí —dijo su madre—, es buena idea. Pero hoy en día es difícil conseguir un realquilado joven.

—George Ely podría ir, si yo se lo pido. Dijiste que te gustaba, y seguro que le encantaría ir. Puedes apostar a que sí.

Ted había puesto aquella expresión dura de hombre de negocios al decir esto. George Ely era ayudante de Ted en las salas de ventas.

—Pero no me gustaría que el señor Ely viniese contra su voluntad —dijo su madre.

—La semana pasada me dijo que la habitación donde vivía era un desastre... —contestó Ted—. Se lo mencionaré.

Marjorie esperaba que George Ely aceptase. Le gustaba. Era esbelto, rubio y tranquilo, de buen carácter; justo lo contrario de Ted en todo. Seguro que se llevaría de maravilla con su madre.

Era más agradable pensar en eso que en la muerte de Dot, pero no podía quitársela de la cabeza tampoco mientras iba trasteando por la cocina y preparando la cena. Marjorie recordaba que hacía unas semanas Ted había traído a casa un informe impreso, emitido por la Asociación de Productores de Gas, que trataba precisamente de la cuestión del suicidio por envenenamiento de gas. Ella no lo había leído, pero sabía que Dot sí. Quizá fue eso lo que le dio la idea a la pobre Dot. Ted lo examinó con mucha atención, pero claro, su trabajo consistía precisamente en eso, ya que en las salas de ventas, donde tenía que convencer a la gente de que usara todo el gas

posible, debía ser capaz de responder a todas las preguntas que le hiciesen sobre cualquier cosa que tuviese relación con el gas.

Pero había una imagen que bailaba ante sus ojos, mientras empezaba a poner el mantel, sin venir al caso, como ocurría siempre: ¿qué narices podían hacer aquellas botellas de vino rotas en el cubo de la basura?

—¡Mami! —gritó Derrick, dando golpes en la puerta de la cocina—. ¡Mami!

Era demasiado esperar que Derrick se quedase más de media hora en el jardín, aun en una mañana tan buena como aquella, sin que le hicieran caso. Y Ted y Anne estarían pronto en casa, y querrían comer. Ted estaba de un humor bastante imprevisible últimamente, desde la muerte de Dot.

—Eres un chico listo —dijo Marjorie, cuando Derrick consiguió desabrocharse los zapatos que llevaba en el jardín él solo.

Resultaba un poco sorprendente que Ted se mostrase tan preocupado. Quizá era porque en el despacho no causaba buena impresión que su cuñada se hubiese matado en su propia casa, y por ese mismo motivo también.

—Hola, mamá —dijo Anne, entrando por la puerta de la cocina. Era una mujercita seria y tranquila, aunque tenía los pies ligeros, como un hada.

—Hola, cariño —respondió Marjorie—. La comida ya casi está lista. Lávate las manos.

Anne se lo había tomado todo muy bien, con mucha serenidad, sin hacer preguntas desde el día del funeral.

¿Quién podría ser el amante de Dot, ese del que nunca había hablado a su hermana?

Marjorie había llevado a Derrick a Dewsbury Road para tomar el té con la abuela, y Anne tenía que venir a reunirse con ellos en cuanto acabase el colegio. Derrick jugaba feliz en el suelo del salón con el tablero de solitario inglés de la abuela y unas bolsas de canicas de cristal, de modo que Marjorie pudo ir a la cocina y entretenerse con la abuela mientras ella preparaba la bandeja del té.

Marjorie admiraba a su madre entonces más que nunca. No se había mostrado débil ni había lloriqueado por la muerte de Dot, como Marjorie, aunque Marjorie sabía perfectamente que la había sentido igual que ella. Su madre había permanecido tranquila, serena y grave. Qué eficiente era, además, pensaba Marjorie, admirativamente, consciente de su propia inadecuación. Parecía menuda y frágil, pero Marjorie sabía que era muy fuerte, que nunca estaba enferma, que ni siquiera se indisponía ocasionalmente. Aunque tenía el pelo gris, su rostro era rosado y blanco, como el de una joven, y en su expresión se leía una placidez llena de paz, y no como en el de Marjorie, porque Marjorie sabía que tenía una profunda arruga marcada entre las cejas que la preocupaba, aunque en realidad solo indicaba mal genio y no el mal carácter que ella temía.

La señora Clair dejó la bandeja del té con expresión tranquila y plácida, como si fuera una monja.

—Hoy me he encontrado al señor Lang —dijo. Prestaba una atención total a su trabajo, y no levantó la vista al hablar.

—¿Ah, sí? —dijo Marjorie. El señor Lang era uno de los amigotes de Ted, y a Marjorie no le caía demasiado bien.

—Me ha hablado muy bien de Dot —dijo la señora Clair mientras abría una botella de leche con mucho cuidado—. Me ha parecido que era muy considerado por su parte.

—¿Sí? —repitió Marjorie. Sabía que a continuación su madre diría algo más, y algo importante.

—Estoy intentando recordar qué más me ha dicho —siguió la señora Clair, en voz baja—. Quiero contártelo exactamente tal y como me lo ha dicho.

—Te escucho, madre —dijo Marjorie.

—Me ha dicho que Ted estaba muy contento y emocionado el miércoles por la noche cuando... cuando pasó. Me ha dicho que Ted llegó muy tarde a su partida de billar, muy acalorado y sin aliento, porque venía corriendo desde el despacho, y aunque el señor Lang (tenía que jugar precisamente con el señor Lang) quería esperar y darle la oportunidad de tranquilizarse, insistió en jugar de inmediato, y derrotó al señor Lang. El señor Lang me ha dicho que nunca ha visto jugar tan bien a Ted.

—Me temo que no lo entiendo —dijo Marjorie.

—He seguido hablando con el señor Lang —dijo la señora Clair—, y le he preguntado qué hora era cuando llegó Ted. El señor Lang no se ha dado cuenta de lo que yo quería. Me ha dicho que eran más de las nueve.

La señora Clair levantó la mirada de la bandeja del té y miró a Marjorie a los ojos. Pero su rostro seguía tranquilo, sin expresión.

—¡Madre! —exclamó Marjorie.

Normalmente Ted salía del despacho a las seis, y en verano, cuando había poca actividad, nunca se retrasaba.

—El señor Lang me ha dicho que Ted se disgustó mucho. Ted dijo que tenía muy mala suerte porque solo podía participar en los torneos de billar en verano, cuando podía estar seguro de quedarse libre, y la única auditoría desde hacía meses que le mantiene ocupado hasta tarde va y ocurre precisamente la noche de la semifinal.

Marjorie no sabía que Ted hubiese tenido que quedarse hasta tarde aquella noche en el despacho. Por la mañana habían quedado en que él iría directamente a los billares desde el despacho, y que cenaría allí un bocadillo. Si no estuvo ocupado por una auditoría en realidad, quedaba un espacio de tiempo de tres horas sin explicar.

—Claro que eso no significa nada en absoluto —dijo la señora Clair con bastante serenidad—. Quizá estuviese en el despacho, después de todo. Pero en ese caso, es raro que no nos lo dijera ni a nosotros ni a la policía. Y quizá estuviera con otra mujer.

—Sí —dijo Marjorie—. Sí...

Inundó su mente una súbita revelación. Solo había un hombre en el mundo del que Dot no le habría contado nada, en caso de ser su amante. Y ahora que su atención se había fijado en aquel hecho, recordó un incidente o dos vagos y aislados en el pasado. Aquella vez que ella entró repentinamente en el salón donde Dot y Ted estaban hablando y la conversación se cortó abruptamente. Recordó también haber interceptado un par de veces un intercambio de sonrisas entre ellos. Nada que le hubiese llamado especialmente la atención, hasta aquel momento. ¡Dot y Ted, no! No podía sospechar de ellos. Y sin embargo sabía (nadie mejor que ella) lo astuto y halagador que era Ted con las mujeres, cuando quería. Y Dot era apasionada y caprichosa. Sí, era posible... era posible.

—La tetera está hirviendo —dijo la señora Clair—. Y Anne no tardará ni un minuto. Podemos hacer el té y ver qué ha estado haciendo ese diablillo en el comedor.

Pero Derrick se había portado bastante bien los pocos minutos que le habían dejado solo. Siempre se sentía muy complacido y emocionado cuando visitaban a su abuela, y el tablero del solitario inglés y las canicas, con las que solo podía jugar durante aquellas visitas, eran unos juguetes que le encantaban. Se mostró muy parlanchín mientras Marjorie le levantaba y le metía en la sillita, y siguió hablando, como hacen los niños, sin referencia a nada de lo que han estado hablando antes.

—La tía Dot se divertía ayer —dijo—. Se divertía mucho.

A Marjorie casi la traicionan los nervios.

—No viste a la tía Dot ayer —dijo con voz aguda. Le habría gritado histéricamente si no hubiera sido por el control que tanto practicaba con sus niños.

—Ayer hace mucho tiempo —dijo Derrick, dolido. Ayer era lo mismo que hace una semana o hace un mes para Derrick. Y Derrick no sabía que la tía Dot había muerto. Levantó la mirada hacia las dos mujeres y se sintió sorprendido y encantado ante la impresión que estaban causando sus palabras.

—Se divertía mucho ayer hace mucho tiempo —continuó—. La oí cantar abajo cuando yo estaba en la cama después de decirme buenas noches, y bajé las escaleras. La tía Dot se divertía y papá también se divertía. ¿Puedo tomar un poco de *pacomantequilla*?

—¿Con mermelada? —preguntó la señora Clair.

—Sí, por favor —respondió Derrick.

La señora Clair inclinó la cabeza para extender la mermelada, y con la cabeza baja, con su voz tranquila, que se ganaba la confianza de todos los niños, hizo de nuevo la pregunta que haría que Derrick siguiera hablando. No mostró una emoción que pudiera confundirle.

—¿Y cómo era eso de que la tía Dot se divertía, hace mucho tiempo? —preguntó.

—Estaba cantando —dijo Derrick— y bailando. Ella y papá tenían una cosa roja en los vasos. Muy rojo y bonito y yo quería un poco. La tía dijo que me iba a dar una zurra en el culo, y cuando corrió a cogerme se cayó por las escaleras. Se rió mucho mucho. Entonces vino papá y me volvió a meter en la cama.

—Pues sí, qué divertido.

Qué maravilla lo tranquila y natural que se mostraba ella, mientras Marjorie se sentaba, enferma y mareada, notando la piel al rojo vivo, y la habitación soleada le parecía oscura y neblinosa. A través de la oscuridad y la niebla era muy consciente de la mirada fija de su madre, una mirada como la de una esfinge, llena de significado, que ella era incapaz de descifrar.

—¡Aquí está Anne! —dijo la señora Clair, mirando por la ventana hacia la calle, y la llegada de Anne naturalmente rompió el hilo del discurso de Derrick. Marjorie

dejó a un lado la debilidad y saludó a su hija. Se beneficiaba de siete años de control propio. Cuando nació Anne decidió no permitir nunca que su humor en un momento particular afectase a su conducta hacia sus hijos. No enfadarse con ellos, por ejemplo, porque una influencia externa la hubiese hecho enfadar. Por aquel entonces aquello ya se había convertido en una segunda naturaleza suya, de modo que era posible la reacción inversa: el contacto con sus hijos la tranquilizaba, mientras que previamente se tenía que tranquilizar para prepararse para el contacto con ellos.

Pero más tarde, cuando Anne se hubo sentado a la mesa y se estaba preparando un poco de pan con mantequilla y mermelada, y se había enfrascado en una alegre conversación con su abuela y Derrick, Marjorie vio que tenía tiempo para pensar a solas, una vez más. Terribles y espantosas imágenes flotaban ante sus ojos, unas imágenes teñidas de rojo, como si fuera sangre. Podía imaginárselas con total claridad. Dot tambaleándose por la habitación, borracha, con Ted a su lado, siempre encontrando una excusa para volverle a llenar el vaso... A Ted siempre se le había dado muy bien encontrar razones y excusas. Probablemente había preparado la cita con ella, aquella noche, con la excusa engañosa de discutir qué hacer a continuación, ahora que Dot sabía con toda certeza que iba a tener un hijo. Durante un segundo Marjorie se imaginó también la reunión anterior en la que Dot seguramente dijo: «¿Pero qué vamos a hacer?», y Ted le contestó, de esa forma tan convincente que tenía: «No te preocupes, nena. Yo lo arreglaré todo. Te diré lo que vamos a hacer: Madge va a salir el próximo martes. Le diré que yo también salgo y luego tú vienes a cuidar a los niños. Entonces podemos hablar y decidirlo todo».

Luego Ted habría llegado a casa con el vino. Era una tarde de mucho calor, y Ted la iría persuadiendo y engatusando para que se tomara primero un vasito, luego otro y otro... algo que le resultaba muy fácil de hacer a Ted, con la labia que tenía. Ted conocía perfectamente aquel vino, porque le había hablado a Marjorie de él hacía tres meses. Igual que sabía el número de personas que se habían suicidado con gas, y si habían bebido o no antes de hacerlo. Hubo una interrupción momentánea cuando Derrick bajó las escaleras descalzo y en pijama, y luego... Un vaso más, dos vasos más quizá, y Dot que decía: «No, de verdad, me voy a achispar si bebo más», y Ted que replicaba: «No seas tonta, mujer. No te hará ningún daño. Tenemos que acabarnos la botella», y le serviría vino una vez más. Dot acabaría mareada y atontada. Inconsciente, quizás, y los brazos de Ted eran fuertes, muy capaces de arrastrarla o incluso llevarla a cuestras hasta la cocina. Ya solo necesitaba un segundo o dos de preparación: romper las botellas y tirarlas al cubo de la basura, lavar los vasos, cerrar la ventana de la cocina, quizá mientras Dot murmuraba, medio atontada: «¿Qué pasa ahora, Ted?», y luego... luego encender el gas, y cerrar la puerta, y salir corriendo rápidamente hacia la sala de billar donde el señor Lang le esperaba mirando el reloj. Ted aparecería agitado, nervioso, en plena forma (¡ah, sí, eso lo sabía ella

muy bien!), capaz de ganar con facilidad aquella partida, capaz de volver a casa y enfrentarse a la policía sujeto a una tensión más fuerte aún por aquella emoción, de modo que se acabaría poniendo pesado con su mujer, aquella noche. Y luego, después, la reacción, la depresión, el nerviosismo, la susceptibilidad. Todo encajaba, todo.

—¡Marjorie! —estaba diciendo la abuela—. ¡Mamá! ¿Quieres otra taza de té?

—Sí, por favor —dijo Marjorie pasándole la taza. Aquellas escenas que había imaginado eran tan vividas que su entorno actual le parecía de ensueño, nada natural. El salón y los muebles tan familiares (ella había hecho los deberes en aquella misma mesa durante años), la amable sonrisa de su madre, los mismos rostros de sus hijos, todo era irreal y sorprendente.

—Mamá está soñando despierta —dijo Anne mostrando una inesperada capacidad de observación y usando su vocabulario de una forma inesperada también, como ocurre con los niños de siete años. Anne había empezado a perder dientes, y su sonrisa llena de huecos resultaba increíblemente encantadora.

El amor por los niños desgarró el corazón de Marjorie ahondando aún más su sufrimiento. Se bebió el té, sedienta, evitando mirar a los ojos de nadie. No debía dejar que los niños notasen nada. A lo largo de sus vidas, ella había hecho todo lo posible para protegerles de cualquier espanto.

—¿Qué tal te llevas con el señor Ely, madre? —preguntó.

—Estupendamente —dijo su madre—. En realidad, él no me causa ningún problema. Es tan tranquilo que apenas te das cuenta de que está en casa. Se levanta en cuanto le llamo, vuelve temprano y se come todo lo que le doy sin decir nunca que no le gusta.

Su madre suspiró y Marjorie comprendió por qué. La despreocupada Dot, la última persona a la que había cuidado su madre, era casi lo contrario: salía de la cama siempre en el último momento, iba armando escándalo por la casa, hablaba sin morderse la lengua, llevaba agujeros en las medias que pretendía que su madre le arreglase siempre en el último minuto... Marjorie hizo un esfuerzo por mantener la conversación en un nivel de normalidad.

—Es bonito tener un hombre al que cuidar, ¿verdad, madre? —preguntó.

—Sí —respondió su madre con sencillez.

—Por favor, ¿puedo dar las gracias? —dijo Derrick.

—Sí, cariño —respondió Marjorie.

Derrick unió las manos y cerró los ojos y pronunció una confusa oración de gracias; los ojos de Anne estaban cerrados y sus manos también unidas con devoción, y Marjorie sonrió maternalmente al mirar sus caritas serias. Ella había dejado de asistir a la iglesia, y soslayaba la cuestión de la instrucción religiosa de sus hijos. Los había hecho bautizar, y había procurado que dieran las gracias después de cada

comida y rezasen por las noches. No sentía la necesidad de hacer nada más. Pero estaban muy agradecidos cuando daban las gracias.

—Por favor, ¿puedo levantarme? —preguntó Derrick.

Marjorie miró a su madre y esta asintió, y Marjorie le dio permiso.

—Mira esto, Anne —dijo Derrick agachándose junto al tablero de solitario.

La señora Claire y Marjorie, solas ya en la mesa, tuvieron la oportunidad de intercambiar una mirada.

—Se olvidará de todo muy pronto —dijo la señora Clair. Su gesto indicaba que se refería a Derrick, conversando animadamente en la alfombra con Anne.

Marjorie asintió.

—No creo que vuelva a hablar nunca de ese tema —siguió la señora Clair—. Y ya sabes cómo son los niños. Nadie conseguirá que vuelva a mencionarlo.

De modo que su madre había sacado las mismas conclusiones que Marjorie de lo que había dicho Derrick. Y había ido más lejos aún, tan lejos como para preguntarse si Derrick tendría que prestar declaración. Marjorie entrelazó las manos. Nadie, si ella podía impedirlo, conseguiría llevar a Derrick ante un tribunal ni le obligaría a levantarse y dejar que unos abogados le hicieran preguntas.

Con súbita agitación de sentimientos le vino a la mente que sus pensamientos y sus fantasías la habían colocado frente a unas realidades terribles. Se dio cuenta, conmovida, de las implicaciones que tenía todo aquello, de que Ted era un asesino, que corría el peligro de ser detenido y colgado, que Derrick y Anne podían pasar toda su vida marcados por el estigma de ser los hijos de un asesino. Era demasiado horrible, demasiado increíble, demasiado espantoso para ser cierto. Su mente se negaba a tolerar ese pensamiento ni un momento más. No podía obligarse a sí misma a enfrentarse a aquello. Su mente se apartó como un caballo que rehúsa pasar por una cancela. De repente, era consciente de los latidos de su corazón en su pecho, y sabía que había cambiado de color. Miró a su madre, sentada a la mesa frente a ella, y su madre estaba tan tranquila e inmóvil como antes.

—¿Te encuentras bien, cariño? —le preguntó su madre con amabilidad.

—Sí, gracias —dijo Marjorie con un jadeo.

En busca de cualquier resquicio para escapar de la realidad, sus ojos se clavaron en el reloj que estaba sobre la chimenea.

—Tenemos que irnos —dijo—. Casi es la hora de que Derrick se vaya a la cama.

Era como el alivio al extraordinario dolor del parto, permitirse olvidar los lúgubres horrores que la acechaban y sumergirse otra vez en las pequeñas cosas corrientes de la vida. Obligar a Derrick a que guardase las canicas en la bolsa, ladear el sombrero de Anne en el ángulo correcto, hacia la coronilla, y dirigirse a casa por las calles corrientes, enfrentándose al problema de qué hacerle a Ted para cenar aquella noche. Todo aquello era una bendición, era una cama suave, después de un

lecho de pedernal. Una hora antes la realidad más terrible a la que debía enfrentarse era la pesadez de Ted y la tendencia de Derrick a contar mentiras. No podía creer ahora que todo aquello la hubiese preocupado de verdad. Se agarraba a todas esas cosas, las acariciaba mentalmente, no quería dejarlas, no fuera que las otras cosas volvieran a ocupar sus pensamientos.

Nunca se le ocurrió que estaba haciendo algo que el mundo, poco comprensivo, podía mirar mal: iba a volver a casa tranquilamente para unirse a un marido que acababa de descubrir que era un adúltero y el asesino de su hermana. Pero en su mente ella se limitaba a volver a su casa, volver a las cosas habituales, durante un tiempo. Había una absoluta disociación en aquel momento entre el Ted con el que había vivido durante diez años, el Ted que tenía tendencia a ponerse pesado, el Ted al que le iba a preparar la cena, entre él y ese Ted cuya culpabilidad acababa de quedar bien clara para ella. Debía transcurrir necesariamente algún tiempo antes de que las dos figuras se superpusieran.

Un puritano o un moralista podría aducir que Marjorie no tenía motivo alguno para volver con Ted aquella tarde, que podía haberse apartado de él, drásticamente, al instante, y no volver a mirarle nunca más. Tal argumento no tiene en cuenta el factor humano; habría sido imposible para Marjorie hacerlo, poco acostumbrada como estaba a tomar decisiones rápidas sobre temas de importancia suprema, y poco preparada por la naturaleza como estaba para enfrentarse a las crisis. Quizá (ciertamente) fuese una debilidad por su parte, y la debilidad es la cualidad que conduce a la tragedia, pero era una debilidad que no requiere disculpa alguna, y pocas explicaciones. No es necesario recalcar el siguiente argumento que en realidad solo se le ocurrió a Marjorie algún tiempo después: que separarse de Ted habría dado lugar a muchos cotilleos, a sospechas directas hacia él, y a involucrarlos a todos en su ruina.

Aquella tarde cálida, el sargento Hale subía en bicicleta la empinada pendiente de Simon Street cuando se encontró con la señora Clair, que bajaba. De hecho, la señora Clair cruzó la calle justo antes de encontrarse con él, de modo que ambos pasaron por el mismo lado en lugar de ir por lados opuestos. El sargento Hale la reconoció de inmediato. Tenía ese magnífico don para recordar nombres y caras sin el cual ningún agente de policía puede esperar jamás ascender al rango de sargento.

—Buenas tardes, señora —dijo el sargento Hale.

—Buenas tardes —respondió la señora Clair, y el sargento se sorprendió un poco al ver que ella se paraba como para entablar conversación con él. La mayoría de las personas relacionadas con una tragedia, aunque sea remotamente, se inclinan a evitar a los miembros de la fuerza policial con los que les ha puesto en contacto la tragedia, quizá porque el oscuro uniforme azul les trae a la memoria demasiado forzosamente lo que desearían olvidar. El sargento Hale se detuvo en el bordillo, apoyando las manos en el manillar. La señora Clair era una dama anciana encantadora, tan pulcra y serena que ni siquiera su luto parecía fuera de lugar en las calles veraniegas.

—Me temo —dijo la señora Clair— que no le he dado las gracias adecuadamente por la forma tan amable que tuvo usted de desempeñar sus funciones en casa de mi hija. La trató con mucha amabilidad, y gracias a usted no está tan afectada. Se lo agradezco muchísimo, sargento.

—Faltaría más, señora —dijo el sargento acariciándose el negro bigote—. Todos tenemos que cumplir con nuestro deber y depende de nosotros hacerlo adecuadamente. Era un asunto muy desafortunado, señora.

—Sí —suspiró la señora Clair—. Y, sin embargo, pensándolo ahora, creo que podría haber sido peor. ¡Imagínese que hubieran estado implicados los niños!

—Sí, sí, eso habría sido espantoso —dijo el sargento.

—Si hubieran visto algo, habría sido terrible. ¡Incluso es posible que hubiesen tenido que declarar y todo!

—Bueno, eso no lo sé, señora. ¿Qué edad tienen?

—La niña tiene siete y el niño cuatro.

—La ley establece que un niño tiene que conocer lo que significa un juramento antes de poder prestar testimonio. Cuando tienen siete, es posible... yo lo vi una vez. Pero a los cuatro desde luego que no, señora. Ni siquiera en un juzgado de instrucción, y desde luego, no en un tribunal.

El sargento Hale sonrió con benévola tolerancia al recordar los procedimientos más bien desenfadados del juzgado de instrucción, que ofrecían un contraste tan extraño con las normas estrictas de testimonio ofrecido ante la ley inglesa.

—Bueno, es un alivio saberlo, aunque no ocurriera —dijo la señora Clair—. Pero me alegro mucho de que los niños no se enterasen de nada. Habría sido un susto horrible que no habrían podido olvidar en toda su vida.

—Sí, señora, es verdad.

—Bueno, gracias de nuevo, sargento —dijo la señora Clair sonriendo amablemente—. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señora.

El sargento Hale olvidó por completo el incidente mientras seguía subiendo con su bicicleta por Simon Street, pero la señora Clair sí que lo recordó al ir bajando. Había pasado todo el tiempo que tenía libre los últimos tres días andando por las calles con la esperanza de que se produjera precisamente aquel encuentro. Ahora que ya tenía la información que necesitaba, confirmaba lo que había creído siempre. No había posibilidad alguna de que llamasen a declarar a Derrick contra su padre. Por lo que podía suponer ella con su mente aguda, aunque inexperta, Ted no corría peligro alguno de que le ahorcasen por el asesinato de su hija. No había ninguna prueba que pudiera abocar a ese resultado. El hombre había sido tan listo, tan astuto para disponer así las cosas.

Los tacones de la señora Clair adquirieron un ritmo más acelerado al ir caminando deprisa por Dewsbury Road. Nadie se volvió a mirarla mientras caminaba; era solo una viuda menuda y anciana, limpia y arreglada, sí, pero no llamativa, que caminaba por una calle de las afueras. Su rostro sin arrugas, su tez rosada y blanca, no daban señal alguna del volcán de odio mortal que parecía rasgar su corazón en dos. Venían a su mente palabras y frases que antes jamás habría soñado con usar, y que solo había pensado veinte años atrás en relación con el káiser, cuando le llegó el telegrama que le comunicaba que su marido había muerto en Francia.

Le habría gustado que colgaran a aquel asqueroso villano, a ese sucio animal que había deshonrado a sus dos hijas, que había matado a Dot, a su querida y dulce Dot. Le habría gustado que sufriese las tres semanas de tormento en la celda de los condenados, que le sacaran a rastras, medio desmayado de terror, unos celadores de rostro pétreo, llevándole hasta el cadalso donde le esperaría el verdugo. Eso le estaría bien empleado al desgraciado. Pero no había posibilidad alguna de que pasara semejante cosa, y en otro sentido, se alegraba. No era justo que a Marjorie el mundo

la conociese como la viuda de un asesino, y a Derrick y Anne, como los hijos de un asesino.

Pero costase lo que costase la bestia debía ser castigada, debía sufrir, había que matarla de tal modo que muriese llena de dolor, siempre que Marjorie, Derrick y Anne no sufriesen. Podía imaginar con toda facilidad el tipo de muerte que le deseaba, y mientras pensaba en ello su paso se aceleró y apretó las manitas cada vez más y más hasta que se oyó un crujido y el guante de cabritilla negra de su mano derecha reventó por un nudillo.

Chasqueó la lengua, molesta, mirando el daño provocado. Era una advertencia para ella. Había echado a correr descuidadamente por la calle, hasta aquel momento, a una velocidad que podía llamar la atención hacia su persona. Había reventado el guante por pura inconsciencia. Debía tener mucho más cuidado en el futuro si quería trazar un plan para destrozar al bestial Ted. Debía ser discreta, no hacerse notar. Debía andar con calma... así, debía mantener la expresión tranquila y neutra... así; debía llevar las manos y la sombrilla de tal manera que no atrajesen la atención hacia ella... así. La gente que vio llegar a la señora Clair a la puerta del número 16 de Dewsbury Road y entrar por su puerta delantera solo podía pensar que acababa de volver de un servicio religioso en St Jude.

En su dormitorio se quitó el sombrero y los guantes, y vio que llevaba el pelo gris tan pulcro como siempre. Se lavó las manos y la cara en el baño (ni se la empolvaba ni lo necesitaba), y bajó tranquilamente al piso de abajo a tiempo para saludar a George Ely, todo vestido de franela y con la raqueta de tenis en la mano, que acababa de volver del club.

—¿Ha tenido un juego agradable, señor Ely? —le preguntó.

—Sí, gracias.

—Le llevaré un vaso de leche y un poco de pan con mantequilla al comedor. Lo tendrá preparado cuando se haya lavado las manos. Por favor, no se lo olvide esta noche. Será mejor que vigile que se lo ha tomado.

George Ely era un joven rubio y atractivo, de veinticuatro años, con un cierto atisbo de debilidad afable en la boca y la barbilla. Bajó obediente a beberse la leche y a comerse el pan con mantequilla mientras la señora Clair se atareaba a su alrededor, sin hacer caso de sus educadas protestas.

—Ha cenado usted poco antes de irse —dijo ella—. Necesita algo más después de jugar al tenis toda la tarde. Y la leche le hará bien. ¿No quiere otro vaso? Tengo más en la cocina.

Ya podía hinchar el pecho de la señora Clair todo el odio del mundo, que aun así era capaz de mostrarse amable con alguien inofensivo y joven; aun así, era capaz todavía de sentir un secreto placer al tener que cuidar a un hombre después de veinte años de exclusiva sociedad femenina. Y Dot también bebía leche por las noches

mientras su madre se atareaba a su alrededor... George Ely era una especie de sustituto de Dot.

En el salón, George leyó con desgana el periódico de la tarde durante media hora, mientras oían el programa radiofónico nocturno, y la señora Clair, sentada muy remilgada en un tieso sillón, iba tejiendo industriosamente un jersey nuevo para Derrick. Luego él bostezó un poco y se puso de pie.

—Buenas noches, señora Clair.

—Buenas noches, señor Ely. Espero que duerma bien. Parece usted cansado.

Cuando el sonido de los pasos del joven en el piso de arriba hubo cesado, la señora Clair metió en la bolsa correspondiente su pulcra labor de punto, salió y cerró la puerta del salón, vio que todo estuviese recogido en la cocina y la puerta de atrás cerrada y poco a poco subió las escaleras hacia su habitación. Cerró las persianas y emprendió los sencillos preparativos para acostarse. Ese pelo suyo, ya gris, era un poquito más ralo de lo que podía hacer suponer su cuidado aspecto: la delgada trenza apenas le llegaba a los hombros. El corsé que dejó encima de la silla estaba claramente pasado de moda, y llevaba ballenas; la señora Clair siempre pensaba que tenía suerte de que Tomlin, en High Street, siguiera teniendo en existencias ese tipo de corsé, porque le habría desagradado mucho verse obligada a llevar una de esas fajas modernas de goma. La ropa interior blanca era de buena seda artificial, una concesión a la moda, pero absolutamente lisa. Cuando la señora Clair estaba recién casada, las mujeres solo introducían unas cintas de colores a través del entredós de su ropa interior en ocasiones de gala. Se metió por la cabeza el sencillo camisón en cuanto se hubo quitado el corsé, y procedió a quitarse el resto de la ropa debajo de este. Luego sacó los brazos por los agujeros de las mangas. A continuación se arrodilló con la cara entre las manos junto a la cama.

—Padre Nuestro —rezó—, bendice a Marjorie, Anne y Derrick.

Debía de tener un poco de cuidado con aquella lista ahora para que no se le escaparan de nuevo otros nombres que estaba acostumbrada a incluir. Había que omitir el nombre de Dot, porque había oído decir vagamente que era pecaminoso e impío rezar por los muertos. Y había que omitir también el nombre de Ted, por supuesto. Continuó:

—Y el señor Ely. Y por favor, procura que Ted sea castigado, Padre. Maldícele, Padre. Mátales, Padre. Haz que pague lo que le hizo a Dot.

La señora Clair se calló un momento mientras un tumulto de ira e indignación crecía en su interior. Luego, al fin, pudo concluir sus oraciones con las palabras que había usado durante casi sesenta años.

—Y ayúdame a ser buena. Amén.

Apagó la luz y se metió en la cama, acurrucada como una niña en su lado, con una mano debajo de la almohada, y con la fina coleta gris sobresaliendo por encima

de la sábana. Era lo bastante ingenua para sorprenderse de que sus sentimientos alborotados no le permitiesen dormir de inmediato, como acostumbraba hacer antes de que ocurriese la tragedia. Más tarde se dio la vuelta de espaldas, inquieta, notando el calor de la noche que le rodeaba, mirando hacia la oscuridad y pensando.

Ted no debía ser juzgado por su crimen, eso estaba claro. Sin embargo, tenía que ser castigado. Ella y Marjorie debían hacerlo. Pero Marjorie era muy débil, y después de todo lo que había soportado, no era de extrañar. No, eso no era cierto. La señora Clair se recriminó por haber intentado encontrar excusas para Marjorie. Marjorie nunca se decidía ni emprendía ninguna acción concreta a menos que una fuerza superior la obligase a ello. Por supuesto, se veía obstaculizada por el hecho de tener niños pequeños, y no tenía dinero tampoco, pero además era una criatura de costumbres, dispuesta a seguir repitiendo la rutina diaria simplemente porque era la rutina diaria. No sería fácil empujar a la acción a Marjorie, pero debía intentarlo.

¿Y qué iba a hacer con Ted? ¡Matarlo! Eso estaba absolutamente claro. El veneno para ratas le quemaría las tripas, como decían los anuncios, y eso era lo que se merecía. La señora Clair coqueteó placenteramente con la idea durante un rato, pero lamentándolo mucho tuvo que desecharla y recriminarse a sí misma por ser tan tonta. Aunque envenenar a Ted era buena idea, era demasiado peligroso. La mente de la señora Clair se centró en vagos recuerdos de noticias del periódico sobre Crippen, Armstrong y Seddon. Los envenenadores siempre acababan siendo descubiertos, y ella no podía arriesgarse a que la descubrieran... no por temor a lo que la ley pudiera hacer con ella, sino por el efecto que podía causar en la vida de los niños. Sin embargo, era agradable pensar en Ted envenenado rememorando muy a su pesar de nuevo, y luego sacudiéndose la insidiosa tentación con rabia, enfadada consigo misma por ser tan débil.

Debía ocurrir de otra manera. A Ted se le había ocurrido una forma muy buena, era un verdadero demonio. Estaba completamente a salvo de todo excepto de la venganza de su suegra. La idea de fingir que Dot se había suicidado era buena. Tenía que ocurrírsele algo igual de bueno, o mejor aún. Si un hombre tan idiota como Ted podía idear un plan como aquel, desde luego a ella se le podía ocurrir otro mejor. Tenía que pensar.

La señora Clair apretó los labios en la oscuridad intentando resolver el problema. Pero la inspiración no aparece cuando uno la convoca. Era demasiado consciente de sus inconvenientes, de la debilidad de su posición, de su carencia de fuerzas. Fuese hacia donde fuese su mente, se encontraba de nuevo enfrentada a duras dificultades prácticas. Necesitaba ayuda, una herramienta, un instrumento... podía convertir a Marjorie en una de esas cosas, y lo haría, si con eso bastara, pero ella dudaba de que fuera así. Seguro que podía encontrar algo más efectivo.

Volvió a romper de nuevo la secuencia de sus pensamientos descartándolos por

demasiado vagos y teóricos en un momento en que debía ser clara y práctica. Al instante la idea del envenenamiento volvió a asaltar sus pensamientos, le dio la bienvenida cuando tenía la guardia baja y luego la descartó ferozmente una vez más. Tenía que pensar, pensar, pensar.

La noche siguió su curso, y el sufrimiento más negro alternaba con una extraña euforia. A ratos dormía, sueños breves, de diez minutos apenas, y volvía a despertarse para seguir pensando... Una noche típica entre las muchas que se sucederían. Pero no se sentía demasiado cansada cuando llegó la mañana. Cuando las manecillas del reloj dieron la vuelta y marcaron las siete y media, apartó la ropa de la cama y se arrodilló a pronunciar las plegarias matutinas, que databan de un año o dos más tarde que las de la noche.

—Dios Todopoderoso dirige mis pasos rectamente durante este nuevo día, y ayúdame a ser buena. Por Cristo Nuestro Señor, amén.

Luego se vistió diligentemente y bajó a preparar té y bacón para el desayuno del señor Ely.

Había muchos asuntos domésticos corrientes de los que ocuparse, los suficientes para evitar que Marjorie fuese rumiando su actual situación. El carnicero, el panadero y el verdulero exigían toda la atención que le quedaba después de satisfacer las necesidades de Derrick, escandalosamente voceadas, y las de Anne, igual de urgentes aunque no tan manifiestas. Solo con grandes dificultades podía Marjorie encontrar tiempo y fuerza suficientes para pensar en su marido, y para preguntarse con desesperada ineficiencia qué debía hacer. Y una nueva crisis doméstica de cualquier magnitud bastaba para ocupar sus pensamientos y excluir de ellos el asunto extraño y terrible en el que ella no quería pensar. La carta procedente de la costa, por ejemplo.

Cada año, durante los cuatro últimos, habían alquilado The Guardhouse, toda amueblada, durante tres semanas en julio y agosto. Marjorie recordaba con nostalgia las felices vacaciones que habían pasado allí. The Guardhouse, la casa cuartel (su nombre era una reminiscencia de antaño, cuando la costa sur estaba toda acuartelada por temor a una invasión de Napoleón) era una casita de piedra a casi un kilómetro de la playa de guijarros, todavía bastante solitaria, aunque año tras año los bungalows se iban acercando cada vez más. Se podían permitir el alquiler de cuatro guineas y media por semana juntándose todos, Ted, su madre y Dot, aunque Marjorie sospechaba que Ted debía su parte del alquiler a su suegra durante gran parte del año siguiente, y sabía positivamente que Dot lo debía todo.

Eran unas vacaciones muy felices, con su madre y Dot para poder hablar y compartir las tareas domésticas, y Ted despreocupado y vigoroso, incluso consintiendo en jugar con los niños en la playa. A Marjorie le había llegado a gustar mucho The Guardhouse, de modo que cuando escribió, poco después de la muerte de Dot, para cancelar su reserva para aquel año, lo hizo con gran dolor. No pensaba que se lo pudieran permitir ya; Dot había muerto, y su madre no podía abandonar a su nuevo inquilino. Solo más tarde Marjorie se consoló pensando que aunque hubiesen ido, las vacaciones no habrían sido tan bonitas como antes, yendo con Ted y sin su madre y Dot.

Y ahora llegaba aquella carta del propietario de The Guardhouse. Decía que no

estaba de acuerdo con la cancelación de la reserva en un momento tan avanzado de la temporada y que, por tanto, debía solicitarles el pago del alquiler acordado: trece guineas y media, menos una libra de depósito, daban como resultado trece libras con tres chelines y seis peniques. Marjorie había leído aquella carta a la hora del desayuno, en los intervalos de su preparación, pero en aquel momento del día no se había atrevido a comentárselo a Ted. A la hora de comer él estaba hosco y tenía mucha prisa. Así que tendría que sacar el tema por la noche. Era urgente. Aunque su madre asumiera su parte de la pérdida (y Marjorie no deseaba que pasara tal cosa), Ted tendría que encontrar seis libras con diez chelines... y Marjorie sabía demasiado bien cómo manejaba su marido el dinero para pensar que pudiera tener ahorradas seis libras con diez. Se comería todos sus ahorros para las vacaciones, si es que los tenía.

Por otra parte, Marjorie recordaba vagamente que Ted había dicho algo de que los auditores querían revisar los libros de su sucursal por aquel entonces. Si se había acordado tal cosa, Ted habría abandonado toda esperanza de hacer vacaciones aquel año, y ya habría derrochado todo el dinero. No podrían ir de ninguna manera, y sin embargo, tendrían que hacer frente a esa exigencia de pagar el alquiler. Marjorie no veía forma de salir del atolladero mientras iba andando con Derrick a casa de su madre para contárselo.

Felizmente, su madre no se sintió tan afectada por aquella noticia como Marjorie había temido. No quedó abatida, como hubiera sido de esperar ante la perspectiva de tener que encontrar una suma tan elevada como trece libras con tres chelines y seis peniques. Sin embargo, su conducta fue un poco extraña... Marjorie, mirándola con ansiedad, observó las expresiones que atravesaban su rostro.

—No creo que nos hubiera escrito de esa manera —dijo Marjorie— de no estar seguro de que teníamos que pagar. ¿Qué vamos a hacer?

Cierto, su madre parecía algo desconcertada al principio, como estaría uno frente a semejante demanda. Y luego, repentinamente, su expresión cambió, como si se le hubiese ocurrido algo. En su rostro se pintó una expresión calculadora, casi astuta, y luego aquella astucia desapareció y se vio reemplazada por una mirada ausente, un aspecto de gran exaltación, con el pulso obviamente acelerado y un asomo de nuevo color en las mejillas. Luego la exaltación se apagó y volvió el aspecto de astucia. Marjorie no habría encontrado las palabras necesarias para describir ese juego de expresiones. Simplemente, era consciente de todo ello sin ser capaz de extraer ninguna conclusión.

—No tienes que preocuparte por el dinero, en absoluto —dijo su madre, con calma—. Yo me haré cargo si Ted no puede.

Su madre era maravillosa en ese sentido, siempre tenía dinero en el banco para las posibles emergencias.

—Pero es una vergüenza que tengamos que pagar y nos quedemos sin vacaciones

—dijo Marjorie.

—Supongo que el bueno de Ted estará sin blanca, como siempre —observó su madre, despreocupadamente.

—No lo sé —respondió Marjorie, violenta—. Supongo. No me lo ha dicho. Pero ya sabes cómo es...

—Pensaba que lo sabía, sí —dijo su madre—. Miró a Marjorie con los ojos llenos de inocencia, y Marjorie se sintió mucho más violenta aún. Había muchos aspectos de su relación con Ted que nunca había discutido con su madre, aunque tenía la inquietante sensación de que su madre, a pesar de toda su inocencia, lo sabía todo de ellos.

—No le pagan suficiente —dijo Marjorie—. La costumbre de diez años de vida matrimonial aún la llevaba, a pesar de sí misma, a defender a su marido instintivamente. Como jefe de la sucursal debería tener un salario mucho mayor, en lugar del poquito que saca. Y tiene que pagar muchísimas cosas de su bolsillo por ser el jefe.

—Sí, cariño —dijo su madre, conciliadora—. Ya lo sé. Bueno, ya veré si se me ocurre algo. Me acercaré esta noche después de prepararle la cena al señor Ely, y así podemos hablarlo. Pero procura averiguar qué opina Ted de todo esto primero, antes de que llegue yo.

Ted se enfadó mucho, por supuesto. Para empezar, nunca le sentaba bien el hecho que si llegaba a casa temprano, más o menos a la hora de acostarse los niños, tuviese que preparar él mismo una tetera y hacerse el té mientras Marjorie estaba ocupada metiendo a los niños en la cama. La alternativa, que era esperar hasta que Marjorie quedase libre, también le desagradaba. Aquella noche llegó temprano a casa, claro, y como suelen hacer los hombres, armó tanto escándalo para preparar una taza de té como harían las mujeres por un día de colada. Estaba sentado con malas pulgas escuchando un programa radiofónico cuando Marjorie pudo bajar al fin y plantearle el tema. Él se había quitado los zapatos, porque en cuanto hacía buen tiempo, siempre tenía problemas por tener los pies demasiado delicados, y se miraba los calcetines con aire fúnebre.

—Ted, cariño —empezó Marjorie, desesperada—. Se trata de nuestras vacaciones de verano.

—¿Vacaciones? No vamos a irnos de vacaciones este año —dijo Ted, y luego, levantando la vista hacia su mujer, añadió—: Te dije hace una semana que había acordado con la oficina central que los auditores vendrían este agosto viendo que no existía ninguna posibilidad de que nos fuéramos de vacaciones. ¿Escribiste y cancelaste nuestra reserva para The Guardhouse, tal y como te dijimos tu madre y yo?

—Sí, cariño —dijo Marjorie—, pero...

Ella no había notado todavía que ahora solo llamaba «cariño» a su marido cuando

entre ellos se producía una situación tensa. Tampoco Ted, pero es posible que, sin oír la palabra en realidad, esta le advirtiese de que se aproximaba una pelea. Leyó con creciente irritación la carta del propietario de The Guardhouse.

—Esto son estupideces —dijo indignado—. Ese hombre debe de estar loco. Claro que no tenemos que pagar.

—Parece que está muy seguro de lo que dice —indicó Marjorie.

—Puede estar todo lo seguro que quiera, eso no me importa —dijo Ted—. Que espere sentado nuestro dinero. ¡Trece libras con tres y seis, nada menos! No me quedan ni trece chelines, mucho menos trece libras.

—Pero entonces, ¿no vamos a hacer vacaciones este año, cariño? —preguntó Marjorie.

Ella se había atrevido a esperar, antes de que Ted llegase a casa, que quizá pudieran aprovechar el pago obligado del alquiler de The Guardhouse y acudir ella con los niños mientras Ted se quedaba en Londres, al cuidado de su madre, quizás. Esa idea le había parecido mucho más deseable que posible.

—No, no nos vamos de vacaciones este año —soltó Ted—. Tú no vas. Yo no voy. ¿Para qué queremos ir de vacaciones? Es tirar el dinero. ¿Para qué están los parques, eh? ¿Para qué crees que pago impuestos? ¿Para qué...?

Al cabo de unos minutos Ted había pasado de un estado de simple irritación a la cólera frenética. Gritaba y golpeaba el aire con los puños. Tenía el rostro muy rojo.

—¡Ted! —exclamó Marjorie horrorizada. Aquel fue el momento en que vio por primera vez al marido con el que vivía (y no el marido en el que pensaba) como un asesino. La ingobernable pasión de su rostro, el movimiento de los gruesos labios, las arrugas de la frente, todo ello le hacía comprender un poco la mentalidad, oculta hasta el momento, de un hombre que no permitía que una vida humana se interpusiera entre él y su conveniencia. Fue un momento horrible. Quizá gran parte del horror se hiciera patente en la cara de Marjorie, porque Ted lo notó, incluso entre sus transportes de irritación. Pareció contenerse un poco, controlarse deliberadamente. Marjorie, con un relámpago de iluminación, se dio cuenta en aquel momento de que desde la muerte de Dot, el temor a ser descubierto le había vuelto más irritable, mientras al mismo tiempo era plenamente consciente de la necesidad de estar siempre en guardia.

Él la miró suspicaz desde su silla. Ella fue desplazando los ojos e intentó encontrarse con la mirada de él por el rabillo del ojo. Él dominó su expresión, su voz, todo, y habló con total naturalidad.

—Tendrás que escribirle de nuevo —dijo—. Dile que no pagaremos. Dile...

Pam, pam, pam, sonó en la puerta de entrada.

—Será mi madre —dijo Marjorie. Ella también intentaba hablar con naturalidad e intentar que no se notase en su voz el alivio que sentía. Salió de la habitación y abrió

a su madre. Su madre estaba muy tranquila y serena, tan natural, sencilla y dueña de sí como un trago de agua fresca después de pasar horas en habitaciones sofocantes.

—Buenas noches, Ted —dijo la señora Clair. Se había quitado los guantes y colgado su pequeña chaqueta en el perchero. El sombrerito que hubiese quedado casi descarado en otra persona quedaba perfectamente correcto y decoroso en su cabello gris. Miró a su alrededor, sonriendo.

—Bueno, chicos —dijo—, no os imaginaréis de qué he estado hablando con el señor Ely esta noche.

Los dos la miraron inexpresivos. No había cruzado por su mente ni el menor pensamiento dedicado a George Ely.

—Vacaciones —dijo la señora Clair.

Ni siquiera entonces lo comprendieron. La señora Clair tuvo que explicarse. Habló con vivacidad. Nadie podría sospechar jamás el ingenio con el que había ido sonsacando a George Ely con respecto a los planes que tenía, ni la febril celeridad con la que había trazado su propio plan... ni el tacto y la destreza con que lo estaba presentando ahora.

—Ted no va a sentirse nada complacido con todo esto —dijo—. Siempre se lleva la peor parte, como suelen hacer los maridos.

Y sonrió a Ted de una manera que podía haber ablandado el corazón más duro.

—Bueno, a ver —dijo Ted agitándose, inquieto—. Sin embargo, se veía claramente que aquel discursito preliminar le había dejado en un estado mucho más receptivo que un momento antes.

—El señor Ely decía que quizá le dejes hacer sus vacaciones en el momento en que tú pensabas hacer las tuyas, antes de saber lo de los auditores —dijo la señora Clair—. ¿Crees que podrías, Ted?

—Supongo que sí —dijo Ted, cansado—. No importa demasiado, en realidad. No me sirve de nada en la oficina, solo es un maldito dolor de cabeza.

—Bien —dijo la señora Clair ignorando resueltamente el calificativo poco elegante—. Pues si él puede hacer las vacaciones en ese momento, puede venir a alojarse a The Guardhouse. No causará ningún problema allí... nunca lo causa. Podríamos arreglarnos estupendamente: tendríamos el dinero de su alojamiento, yo haría vacaciones y pagaría mi parte, y Marjorie y los niños podrían hacer vacaciones también.

—¿Y yo qué? —preguntó Ted.

—Ya he dicho que tú te llevabas la peor parte... —dijo la señora Clair, compasiva—. Tendrás que quedarte en casa y cuidarte tú solo.

—Vaya, sí, qué bien, ¿no? —dijo Ted, pero se veía que no estaba decidido de manera irrevocable en contra de aquel plan. Pareció que había un destello de esperanza de que se le pudiera convencer.

—El caso es que tenemos que pagar el alquiler de The Guardhouse de todos modos —dijo la anciana—. Pero el dinero del señor Ely compensará una parte, y yo pagaré otra, y lo que no puedas poner tú ya me lo pagarás más adelante, Ted. Marjorie no necesitaría más dinero que el habitual para mantener la casa.

—Ah, vaya, muy bien. ¿Y qué pasa con el viaje? ¿Y el gasto en palas y cubos, helados en la playa y todo lo demás?

—Ah —dijo la madre de Marjorie. Miró a su alrededor y luego a ellos otra vez; era obvio que tenía preparada otra sorpresa—. Marjorie no necesitará ningún dinero extra, ¿verdad, cariño? Podrá arreglárselas con el dinero habitual de la casa para los extras, ¿no?

—Supongo que sí, madre, pero ¿y el viaje? Yo no podría pagarlo.

La perspectiva de un viaje sin Ted, unas vacaciones en las que tuviera tiempo para pensar, le parecía increíblemente maravillosa.

—No habrá que pagar ningún viaje —dijo la señora Clair, sonriente.

—¿Por qué?

—Pues porque el señor Ely se comprará un cochecito pequeño para estas vacaciones, y nos llevará a todos.

El secreto ya estaba desvelado y ya podían mirarse unos a otros sin palabras durante un momento. Ellos no pertenecían a ese estrato de la sociedad que poseía vehículos de motor como lo más normal del mundo. Marjorie podía contar con los dedos de una mano los coches privados en los que había viajado en su vida.

—Lo venderá después otra vez, por supuesto —explicó la señora Clair—. Así que no le costará demasiado. De hecho, él quería hacerlo de todos modos. Pero no sabía adonde ir exactamente. Había pensado quedarse en casa y salir a hacer pequeños viajes cada día. De modo que esta idea le gusta mucho más.

—Me parece estupendo —dijo Ted—. Esos solteros con sus coches llevan una vida de fábula.

La mente de Ted se desvió hacia una repentina digresión. Si no se hubiese dejado atrapar tan inconscientemente en el matrimonio, habría podido comprarse un automóvil por aquel entonces también. Sería un soltero despreocupado y... y... Se detuvo ahí. Algo más no habría ocurrido, pero su mente se negaba a admitir qué era ese algo más. Una repentina sensación de inseguridad se hizo patente en él, y no por primera vez en los últimos días. Se sentía ligeramente enfermo, sin amigos, solo, con todo el mundo en su contra. Buscó en aquella habitación algún amigo y vio el rostro de su suegra, plácido, pero lleno de esperanza, y a su mujer, esperando tensa y sin aliento. Si les negaba a aquellas mujeres lo que deseaban con tanta ilusión se sentirían amargamente heridas. Durante un momento se representó mentalmente, casi como si hubiera ocurrido, el cambio en su expresión, si él les decía que no podían ir. Madge se sentiría muy decepcionada... es muy posible que se echara a llorar, incluso. La

señora Clair no se sentiría solo decepcionada: se sentiría herida y ofendida, aunque lucharía con fuerza para no demostrarlo, y sin embargo lo sentiría mucho más por ese motivo. Sería la forma más rápida de convertirla en una enemiga, y Ted se resistía a ello. Quizá alguna premonición o instinto profético le advirtió de que su suegra era una persona a la que había que temer, o quizá el sentido común, sin más, le dijo que mientras su mujer fuese tan susceptible a la influencia de su madre, su comodidad y felicidad dependían en gran medida de no ofender a su suegra.

—Bueno, ¿no crees que es buena idea, Ted? —preguntó la señora Clair animadamente—. ¿No crees que podríamos hacerlo?

—Sí, supongo que sí —dijo Ted, y ansioso por convertirlo en un punto a su favor y ocultar su reluctancia, siguió, a toda prisa—: Creo que es una idea excelente. Es usted una campeona, madre. Le diré a Ely mañana en el despacho que puede quedarse con mis fechas para las vacaciones.

—¡Oooh! —exclamó Marjorie, entusiasmada.

Le encantaba The Guardhouse y las praderas verdes donde se encontraba, y la playa de guijarros y el mar que estaba más allá, y las verdes colinas detrás. Incluso le encantaban esos horrorosos bungalows pequeños que ahora salpicaban el paisaje. Su madre podría ayudarle con los niños. Aun con la ayuda más pequeña de su madre, durante tres semanas tendría una libertad incomparablemente mayor que la que conocía durante las cuarenta y nueve semanas restantes del año. Ted no estaría allí, y ella sabía ahora que deseaba frenéticamente, ansiosamente, liberarse de Ted durante un tiempo.

Y, sin embargo, como la antigua comparación entre la luna y seis peniques, las nimiedades inmediatas parecían tan grandes como las cuestiones vitales con las que tenía que enfrentarse. La perspectiva de compartir las vacaciones con alguien que poseía un vehículo de motor era deslumbrante. Ya no sufrirían aquellas luchas anteriores por acomodar niños y equipaje en un autobús hasta Victoria, ni habría un viaje tedioso, ni el pesado transporte del equipaje desde la estación hasta The Guardhouse. Por el contrario, se limitarían a meterse en el coche nada más salir por la puerta y viajarían con toda comodidad hasta la orilla del mar a través de los verdes campos y pasando junto a las célebres casas de comidas de carretera de las que tanto había oído hablar. El señor Ely sería generoso con su coche, de eso estaba segura. Algunos días los llevaría a ella y a los niños en coche por la playa, a lo largo de la rústica carretera, antes de salir él mismo de expedición, y así les ahorraría el pesado camino de casi un kilómetro con los cubos, las palas y las toallas. Incluso era posible (o casi probable, aunque ella no se atrevía siquiera a imaginar la posibilidad) que en alguna ocasión le pidiera a ella que le acompañara. Su madre cuidaría a los niños, y ella viajaría en el coche hasta Hastings y Eastbourne, quizás incluso Brighton o Folkestone, donde el paseo estaría lleno de gente moderna, y habría un muelle y una

banda, y bonitos hoteles, y deleites inimaginables. Marjorie no podía imaginar una fuente de placer más perfecta que un vehículo de motor.

Durante un tiempo, ese tipo de pensamientos hicieron que olvidase otros problemas más urgentes. Podía olvidar que el marido con el que vivía, cuyo lecho iba a compartir al cabo de una hora, había seducido y matado a su hermana.

—¡Oooh! —dijo.

—Qué amable por tu parte, Ted —dijo la señora Clair—. Eres muy considerado. Esperaba que lo aprobaras, pero temía que sería pedirte demasiado. ¿Crees que estarás bien aquí solo, todo ese tiempo?

La señora Clair hablaba con gran claridad, incisivamente. Marjorie volvió en sí con un sobresalto y se dio cuenta de que su madre estaba dirigiendo su voz a ella tanto como a su marido. Sería una mala táctica, una mala política, regodearse con un entusiasmo demasiado obvio en los deleites inminentes de las vacaciones sin mostrar una apreciación adecuada del sacrificio que él estaba haciendo, y la adecuada preocupación ante sus inminentes incomodidades. Incluso podía cambiar de opinión si no se le trataba con consideración. Marjorie hizo todo lo que pudo para responder a la llamada de atención que le estaba haciendo su madre.

—Te dejaré comida preparada, cariño —dijo, a toda prisa—. Te durará un día o dos, mejor eso que nada. Ese budín de chocolate que tanto te gusta. Y puedes comer todos los días muy bien en el Mountain's Café. A Ted se le da muy bien freír bacón y huevos, ¿sabes, madre?

—Claro —dijo su madre—. Podemos confiar en que Ted no se muera de hambre. Es demasiado inteligente, y no como otros hombres. No te preocupes, cariño. Pero lo que sí me preocupa, Ted, es que te sientas solo...

—¿Solo? —dijo Ted.

No había pensado en la posibilidad de sentirse solo, o apenas lo había pensado. No creía que la soledad le afectase. Anticipaba ya, vagamente, tres semanas de libertad. Tres semanas en las cuales no tendría que dar cuenta de todos sus movimientos ni siquiera en la medida escasa, pero irritante, que se imponía habitualmente. Podría volver a casa cuando le diera la gana, irse a la cama cuando le diera la gana... y traer a alguna chica a casa, también, qué buena idea. Y en general, regodearse en la libertad de la soltería, de cuyas delicias casi se había olvidado.

—Bueno, si me siento solo tendré que soportarlo, supongo —dijo resignadamente.

—Qué bueno eres —exclamó la señora Clair mostrando aprecio—. Te estamos muy agradecidas, ¿verdad, Marjorie?

—Sí —dijo Marjorie—, sí, claro.

Ted se regodeó cómodamente en su gratitud admirativa. La sensación de enemistad y de peligro había desaparecido por completo. No sentía el más mínimo

deseo de pasar tres aburridas semanas en la costa con Madge y los niños, y el *pub* más cercano a tres kilómetros de distancia. Siempre soplaban un viento muy frío allí, y las mujeres eran todas madres de camadas enormes de niños chillones, nada que valiera la pena mirar en traje de baño.

Prefería mil veces quedarse en casa, aunque eso significara tener que hacerse la cama y prepararse el desayuno. El resto de las tareas domésticas podía dejarlo correr, por supuesto. Suerte que había pensado en cancelar las vacaciones. En su momento más eufórico, Ted llegó a creer incluso que la nueva situación en su totalidad era resultado de un plan suyo, y se sintió muy complacido consigo mismo, en consecuencia. Pero intentó no demostrarlo porque no quería que las mujeres se dieran cuenta de que no estaba haciendo ningún sacrificio especial. Se sintió mucho más complacido consigo mismo, menos inquieto y nervioso que en cualquier otro momento después de la muerte de Dot.

—Nos iremos el sábado que viene no, al otro —dijo la señora Clair—. Solo faltan diez días. No tienes demasiado tiempo para dejárselo todo bien preparado a Ted, Marjorie. Debemos dejarle lo más cómodo posible. Vendré mañana a ayudarte, si quieres.

Ahora Ted ya sentía la antigua euforia. Cuando su suegra se levantó para irse, no hizo esfuerzo alguno por detenerla. Muy al contrario, demostró con toda su actitud que no estaba en absoluto mal dispuesto para despedirse de ella por aquella noche. Cuando Marjorie volvió al salón desde la puerta delantera, él le dio una palmada en la cadera con aquel gesto que ella había llegado a odiar tanto.

—Vámonos a la cama, nena —dijo.

Ella le miró y luego miró la habitación que les rodeaba, los dos sillones familiares, el sofá que empezaba a mostrar ya las señales de nueve años de desgaste, los dos cuadros de escenas campestres que les había regalado la empresa a la cual le compraron los muebles, la pequeña estantería con siete libros, la mesita con el helecho, la alfombrilla floreada ante la chimenea, el aparato de radio en una mesa colocada contra la pared, las cortinas en las puertas ventana. Aquel era el hogar del que se había sentido intensamente orgullosa, y con el que se sentía tan desmesuradamente complacida. La feliz anticipación que sentía cayó de ella como un manto sin abrochar. La habitación estaba raída, y la vida también era igual: aburrida, fea, imposible.

—¿Qué te pasa, guapa? —preguntó Ted. Hasta él, con el humor que tenía en aquellos momentos, era capaz de ver que algo fallaba.

La pregunta hizo que Marjorie abriera los ojos al abismo sin fondo que tenía ante sus pies. Era la primera vez que Ted se ponía de aquella manera desde la noche de la muerte de Dot, hacía casi tres semanas... y Marjorie, estremeciéndose, se dio cuenta de que la duración de ese intervalo era una prueba más de su intranquilidad y su

culpa. Una prueba más que no podía aportar peso alguno ante un tribunal. Débil como era, no había dedicado ni un solo pensamiento a la cuestión de qué hacer cuando surgiera aquella situación. Esa otra cuestión; el tema de dejar a Ted para siempre era algo que se podía obviar, dejarlo a un lado, guardarlo, con la tranquilizadora idea de que podría ocuparse de ello más tarde. Cuando tuviera tiempo para pensar. Pero esto... esto era urgente, inminente, terrorífico.

—Vamos, guapa, ¿qué te preocupa? —dijo Ted—. Dame un beso, nena.

Una mujer más fría o con un temperamento más cínico se habría dicho a sí misma que ya que había sido tan débil como para posponer la otra decisión, debía ceder a la necesidad en este asunto. Plegarse a vivir con Ted significaba plegarse también a todo lo demás, de modo que lo único que podía hacer era aguantar el mal trago lo mejor que pudiera y pasarlo con una resignación cuidadosamente oculta. Pero Marjorie estaba llena de pasión ardiente, la misma pasión ardiente que había llevado a la muerte a Dot, una pasión que Ted ya no podía despertar nunca. El futuro inminente le resultaba aborrecible. En un intervalo de tiempo brevísimo, un torrente entero de pensamientos pasó a través de su mente. Había algo cortante en las últimas palabras de Ted, una orden velada, posiblemente. Las vacaciones no eran en absoluto una cosa establecida y cierta. Una palabra de Ted y no habría vacaciones, y ella nunca, nunca se alejaría de él, y se vería condenada a vegetar en una existencia junto a él, siempre. Ese pensamiento le causó un enorme pánico. A toda costa debía alejarse para tomar aquellas vacaciones, de modo que en la plácida reclusión de The Guardhouse tuviese ese período de paz que tanto añoraba. A toda costa. Solo diez días hasta entonces, se dijo a sí misma, como un bálsamo para su conciencia ante su debilidad presente, la debilidad que hace posible la tragedia. Se obligó a volver la cara y besarle, se obligó a simular pasión, separando los labios para él, cuando la cogió entre sus brazos.

Aquella noche, insomne, oyó pasar junto a la casa el último tren que bajó por la cuesta desde la estación, y el primer tren que subió, por la mañana temprano.

La señora Taylor, que vivía en Harrison Way número 79, justo al lado de la casa de Marjorie, y la señora Posket, que vivía en el número 69, cuatro puertas más abajo, eran viejas amigas. Sin hijos las dos, y con poco más de treinta años, con maridos que iban a la City cada mañana y se quedaban allí todo el día, pasaban muchísimo tiempo cada una en compañía de la otra, iban juntas de compras y al cine, y en invierno jugaban al *bridge* unos en casa de los otros alternativamente, una pareja contra la otra. Aquel día volvían juntas de las rebajas de verano, un poco cansadas, y sin embargo triunfantes, con paquetes bajo el brazo. Al llegar a la puerta del número 79, ambas miraron hacia arriba, a la casa del número 77. Aunque hacía ya tres semanas que la hermana de la señora Grainger se había suicidado, y aunque habían empezado ya las rebajas de verano, aquel acontecimiento estaba todavía tan fresco en su memoria que se lo recordaba la simple visión de la casa.

La señora Taylor, menuda, rubia y vivaz, había relatado la misma historia ya muchísimas veces, y hablaba interminablemente del día de la muerte de la joven. No todo el mundo, ni mucho menos, había visto con sus propios ojos a una suicida de verdad muerta en la misma postura en la que había fallecido. La señora Posket, más delgada y más alta y morena, se lo había perdido, y tenía que contentarse con la distinción menor de haber estado en la casa, hablando con la hermana casada de la joven muerta al día siguiente del suceso. La señora Posket era una cotilla bien conocida. No había romanticismo alguno en su vida: el marido, que iba cada día a la City, no había conseguido suministrárselo. Tampoco el cine era un sustituto satisfactorio, ni las rebajas, ni tampoco la casita que le proporcionaba una hora o dos de trabajo diario.

Quizá en algún rincón de la señora Posket se albergasen los instintos de una pionera, la curiosidad insatisfecha de un explorador, la facultad lógica de un científico, o la necesidad constructiva de un novelista. La habilidad creativa era lo único que faltaba; quizá no hubiese existido nunca o no hubiese sobrevivido a la niñez entre gente monótona, una deficiente educación en una mala escuela, la vida de casada, con su *bridge*, sus compras y sus economías disimuladas. De modo que la

señora Posket se había convertido en observadora más que en agente. Su impulso latente la convertía en una observadora entusiasta, fanática. Para ella era un ejemplo supremo de la ironía del mundo que un acontecimiento tan dramático hubiese sido contemplado por los ojos azules y ciegos de la señora Taylor en lugar de los oscuros y clarividentes de la señora Posket... y habría que añadir, entre paréntesis, que ella odiaba el nombre de «señora Posket», y siempre intentaba pensar en sí misma con su nombre de soltera. Era la ambición de la señora Posket, que nunca había progresado hasta el punto de expresársela en palabras a sí misma, un hecho del cual en realidad era bastante inconsciente, que algún día vería u oiría algo de una importancia vital o dramática. Ese era el motivo por el cual la señora Posket daba conversación al lechero o al hombre que entregaba el pan, y atisbaba por la ventana de su dormitorio, y observaba lo que compraban sus vecinos cuando se encontraba con ellos en las tiendas.

Derrick subió corriendo por la calle en la dirección opuesta, antes que su madre, y se detuvo junto a la puerta al ver a las dos mujeres.

—Buenas tardes, Derrick —dijo la señora Posket. Derrick le sonrió tímidamente, se dio la vuelta e hizo sonar el cerrojo de la cancela.

Tímido primero y atrevido al cabo de un momento, como ocurre con los niños, se volvió de espaldas a ella.

—No puedo abrir esta puerta —dijo—. La puerta tonta y fea.

—¿La abro yo? —preguntó la señora Posket esperanzada, adelantándose—. ¡Ya está! ¿Qué te parece?

—Gracias —dijo Derrick.

—Qué chico más bueno. ¿Vas a pasar unas buenas vacaciones este año, Derrick?

—Vamos a la orilla del mar —dijo Derrick, sin aliento.

—¿Qué orilla?

—A The Guardhouse, claro —dijo Derrick. La única costa que conocía era la que se encontraba junto a The Guardhouse. Condescendió a explicar algo más a aquella mujer mayor tan tonta—. ¡Vamos en un coche, en el coche del señor Reely, y papá se quedará en casa!

—¡Oh! —exclamó la señora Posket. Era un avance informativo maravilloso. Eso demostraba, tal y como se dijo a sí misma la señora Posket, que nunca se sabe... en otras palabras, que ninguna piedrecilla es demasiado insignificante como para no darle la vuelta cuando uno busca información. Le habría hecho más preguntas a Derrick si Marjorie no hubiese subido por la calle corriendo. Marjorie iba un poco sin aliento porque había andado muy rápido nada más ver con quién estaba hablando Derrick. Tan rápido como pudo, haciendo al mismo tiempo esfuerzos desesperados para que no pareciese que corría. Marjorie estaba un poco pálida también porque había sentido un terror espantoso al ver a Derrick y la señora Posket conversando.

Nunca se sabe qué cosa ilógica o fantástica puede soltar un niño tan pequeño. Incluso existía la posibilidad, por pequeña que fuese, de que dijese algo a la señora Posket de lo que había visto aquella noche, algo de la tía Dot y de papá.

Cogió la mano a Derrick y se la sujetó a su costado, y un poco detrás de ella, medio ocultándolo detrás de su vestido, mientras daba las buenas tardes a la señora Taylor y la señora Posket.

—Derrick me estaba contando las vacaciones tan bonitas que van ustedes a disfrutar, señora Grainger —dijo la señora Posket, sonriendo.

La aprensión de Marjorie desapareció. A decir verdad, estaba casi tan emocionada como el mismo Derrick con el asunto de las vacaciones inminentes.

—Sí —dijo encantada, y luego hizo un esfuerzo para hablar con tranquilidad, para que su audiencia no adivinase que existía conexión alguna entre su emoción y lo que iba a decir a continuación. Era mejor soltar la noticia en seguida que dejar que la descubrieran ellas, como sin duda ocurriría de manera inevitable—. Mi pobre marido no puede dejar la oficina, y tendrá que quedarse en casa. Qué mala suerte, ¿verdad?

—Derrick nos lo ha contado también —dijo la señora Taylor para fastidio de la señora Posket, porque una fuente de información pierde su futuro valor si se desvela.

—Es un charlatán —sonrió Marjorie.

—¿Y quién cuidará al señor Grainger? —preguntó la señora Posket.

—Ah, él mismo se cuidará muy bien. Dice que es muy capaz.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Taylor—. Supongo que tendrá que hacer una limpieza a fondo cuando vuelva. Ya sabe cómo son los hombres solos en una casa...

—Sí, eso me temo —dijo Marjorie, sonriendo aún.

El conocimiento secreto de que su marido era un asesino y un seductor incestuoso la obligaba a representar el papel de esposa indulgente con mucho más vigor del que habría empeñado de no ser así.

—Bien —dijo la señora Posket—, mientras tengan buen tiempo durante las vacaciones, supongo que no le importará.

—No —dijo Marjorie—. No me importará nada, en ese caso.

Cuando Marjorie hubo entrado con Derrick, las otras dos mujeres se quedaron un momento más fuera, junto a la puerta de la señora Taylor.

—Uf... —dijo la señora Posket—. Vacaciones separadas, ¿eh? ¿Cree que es verdad que el señor Grainger no puede dejar la oficina? No creo que sea tan importante como para eso.

—Ah, pues a mí me parece que sí —dijo la señora Taylor.

—No quería que Derrick hablase con nosotras —replicó la señora Posket—. ¿Ha visto cómo lo ha apartado?

—Sí, a mí también me lo ha parecido.

Un recuerdo de casi treinta años de antigüedad llegó a la mente de la señora

Posket. De niña, cuando apenas sabía leer, tenía un libro para colorear que incluía una imagen muy colorista de la selva y que se llamaba «Tigresa defendiendo a su cachorro». En aquel momento recordaba aquella imagen con extraordinaria claridad, las manchas negras y amarillas, los dientes blancos desnudos, el cachorro metido detrás, a un lado.

—Como una tigresa —dijo, vagamente—. Me pregunto...

—Siempre se está preguntando cosas, Grace —dijo la señora Taylor, soltando la risa.

—Bueno, no tengo que preguntarme qué diría mi Dick si yo quisiera dejarle quince días o tres semanas enteras o el tiempo que sea. Ya lo sé.

Dentro, a Marjorie le preocupaba el problema de cómo inculcar a Derrick que no hablase de los temas domésticos con nadie de fuera de la familia y, al mismo tiempo, no destruir su encantadora confianza en los desconocidos. Era el mismo y conocido problema de cómo comerse el pastel y conservarlo al mismo tiempo, y, sin embargo, ella no consideraba que se estuviera mostrando débil al afrontar el asunto.

—No creo —empezó a decir, con precaución, mientras cortaba el pan y preparaba la mantequilla para el té— que a la señora Posket le interesen nuestras vacaciones. No tendrías que habérselo contado.

—Pero me ha preguntado, mami —replicó Derrick.

—Sí, claro, pero no creo que en realidad quisiera saberlo.

—Pero también te lo ha preguntado a ti —dijo Derrick, con la lógica exasperante de un niño de cuatro años.

—Supongo que sí lo ha hecho, pero no tienes que contarle cosas a la señora Posket.

—¿Qué cosas, mami?

—Bueno, ya sabes. Cosas sobre nosotros.

—¿Qué cosas sobre nosotros, mami?

Era muy propio de un niño mostrarse inteligente en un momento dado y exasperantemente estúpido al siguiente, y la discusión terminó como era de esperar, como incluso Derrick, con su breve experiencia, había llegado a esperar con filosofía que terminasen todas las discusiones.

—No me molestes más. ¿Por qué no sales al jardín a jugar hasta que esté preparado el té?

Poco después de que los niños se acostaran se oyó un golpecito en la puerta principal. Marjorie se sobresaltó un momento, porque no era la forma de llamar de su madre. Cuando abrió la puerta se sorprendió mucho al encontrarse ante la tímida y atractiva cara del señor Ely.

—Buenas noches, señora Grainger —dijo el señor Ely, sonrojado por la emoción—. ¡He traído el coche!

—¡Qué bien! —dijo Marjorie—. ¿Está fuera? ¿Puedo verlo?

El señor Ely orgullosamente la acompañó por el sendero del jardín hasta el lugar donde se encontraba el pequeño cochecito, junto a la acera. Era un diminuto turismo de siete caballos de potencia que había perdido la juventud hacía mucho tiempo, pero para el señor Ely era mucho mejor que cualquier Rolls Royce para su millonario propietario, y para Marjorie era como la carroza mágica de Cenicienta.

—¡Qué bonito! —exclamó, y lo decía sinceramente. Para ella, un vehículo era bonito cuando poseía cuatro ruedas, la capacidad de moverse solo y el techo suficiente para proteger de la lluvia.

—Quería enseñárselo —dijo el señor Ely— para que viera el espacio que hay para el equipaje. No quedará demasiado, porque iremos cinco en el coche.

—Derrick se puede sentar en mis rodillas, o en las de mi madre —dijo Marjorie—. Y Anne no ocupa mucho espacio.

—No es solo eso, me temo. No debemos llevar demasiado peso para que este cacharro nos lleve bien.

—Ah, ya, de acuerdo. Tendré mucho cuidado. Llevaré poco equipaje.

Marjorie se empezó a atarear mentalmente con el problema de cómo reducir peso. Había muchas cosas de las que podía prescindir.

—Me pregunto —dijo Ely, tímido de nuevo—, si querría venir esta noche a dar una vuelta con el coche.

—Oh —dijo Marjorie. Y luego, con evidente decepción, añadió—: Lo siento, no puedo. Ted sale esta noche y no volverá hasta tarde. No puedo dejar a los niños solos.

Ely se sintió también bastante desilusionado, y lo dejó traslucir en su actitud. Era el primer día que entraba en posesión de su coche, y quería salir, conducir por ahí. Hombre condenado a la subordinación, sentía un delicioso estremecimiento de dominio al bajar un pie y notar que el coche se ponía en marcha, obedientemente, al doblar las esquinas, al dejar atrás a los autobuses y tranvías en los cuales había tenido que viajar agobiado y apretujado en tantas ocasiones, condicionado por el conductor y el cobrador, e incluso por la gente en la calzada que podía detenerlo sencillamente levantando la mano. Pero tampoco le hacía gracia conducir solo por entre el tráfico de las carreteras de las afueras. Quería tener a alguien a su lado para que le dijera que se acercaba algún vehículo, que mirara hacia atrás cuando tuviera que dar un giro hacia la derecha. Las chicas del club de tenis eran demasiado soberbias. Se reían cuando cambiaba de marchas. Ely creía que todas estaban familiarizadas con los coches desde la niñez.

Ely no creía que la señora Grainger se sintiera superior. No se paró a pensar si estaba o no familiarizada con los vehículos de motor. Admiraba a la señora Grainger, con su oscura belleza, y se sentía mucho más a gusto con ella que con ninguna otra mujer joven; sin haber llegado a analizarlo, cuando estaba con ella sentía una

sensación de amistad, de compañerismo que se hallaba completamente ausente cuando estaba con otras mujeres. Ese era el motivo principal por el cual había aceptado al momento cuando la señora Clair sugirió lo de las vacaciones. Las pasaría junto al mar a cambio de unos gastos que no serían superiores que su alojamiento, algo importante, ya que había invertido todos sus ahorros en el coche, pero lo principal es que estaría en la costa con amigos. Ely había pasado vacaciones muy solitarias en el mar y se sintió muy desgraciado todo el tiempo. Las chicas que hablaban fuerte en el paseo y en el muelle no le resultaban nada atractivas.

Marjorie se sorprendió al ver que la decepción de Ely igualaba la suya. Estaba un poco emocionada, un poco conmovida también.

—Mi madre puede venir y quedarse en casa, supongo, si se lo pedimos —dijo, pensando con rapidez—. Esta tarde no va a la iglesia, creo.

—No. Estaba en casa cuando he salido. ¿Quiere que vaya a buscarla?

—Sí, hágalo.

Era maravilloso pensar que con el automóvil podía enviar un mensaje a su madre y traerla de nuevo en menos de diez minutos. Según la experiencia de Marjorie, habría costado al menos tres cuartos de hora a pie, aunque su madre aún caminaba bastante deprisa. Un automóvil significaba libertad en todos los sentidos.

Su madre parecía encantada de venir. Sonrió a Marjorie y al señor Ely, y les despidió con la mano cuando se alejaron por la carretera entre el estrépito de las marchas. La señora Clair volvió a entrar por la verja y se sentó en el destartado salón, con la puerta abierta, para poder oír a los niños si lloraban, y sonriendo aún, pero ahora era una sonrisa sin el menor asomo de amabilidad tras ella. Se trataba de una sonrisa dura, con los labios apretados, y aunque sus ojos tenían una expresión soñadora, no había la menor suavidad en ellos, tampoco. La señora Clair se quedó sentada, con la espalda recta, las manos en el regazo, mirando hacia fuera, al vacío. Veía imágenes en las cuales su yerno recibía el castigo que merecía. Sus planes estaban dando fruto ya. Ni siquiera la fidelidad de su hija sería un precio demasiado alto. Al menos, si Marjorie le era infiel, sería un daño más que se le haría a aquel demonio, un plazo más del pago de su venganza.

Sus rápidos oídos captaron el sonido del coche que se acercaba a la puerta cuando volvieron, y salió a saludarles. Ely ayudó a Marjorie a bajar del asiento, y ambos estaban agradablemente sonrojados y emocionados.

—¿Nos quedamos a cenar contigo, querida, ya que estás sola? —preguntó la señora Clair.

—Ah, pues sí —accedió Marjorie—. Se queda usted también ¿no, señor Ely?

—Gracias —dijo Ely.

La larga velada de verano estaba acabando en aquel momento con la caída de la noche. Él había disfrutado tanto, a pesar de la tensión de conducir entre el tráfico, que

no quería tener que admitir que el día había terminado y volver solo a Dewsbury Road.

Cenaron alegremente todos juntos en la cocina, huevos revueltos con una tostada, restos de bizcocho con crema y frutas y varias tazas del fuerte té que la señora Clair estaba inclinada a beber en exceso: su única debilidad. La señora Clair se mostró adecuadamente impresionada cuando Marjorie le describió la ruta que habían seguido. Habían cubierto treinta kilómetros de carretera principal por el campo al coste de unos quince kilómetros de calles de las afueras.

—Cuando estemos en The Guardhouse —dijo Ely, porque había adquirido la costumbre, junto con los demás, de referirse a la costa de Sussex como The Guardhouse—, entraremos directamente en el campo. No tendremos que atravesar kilómetros de tráfico cada vez que queramos dar una vuelta en el cacharro.

—¡Será estupendo! —exclamó Marjorie.

Lo que Ely acababa de decir era un enorme alivio para ella. Le aseguraba que Ely no tenía intención alguna, durante las vacaciones inminentes, de acogerse a sus derechos como inquilino y salir a disfrutar por ahí él solo todos los días. Se iba a considerar a sí mismo como uno más del grupo, y le pediría que le acompañase al menos algunas veces. Los placeres mundanos de Hastings y Eastbourne quedarían abiertos ante ella, y el mítico interior, al cual se accedía en autobuses turísticos, Bodiam, Herstmonceux y Chanctonbury Ring. Su madre se haría cargo de los niños encantada en semejantes ocasiones. Ella miró a su madre y le sorprendió detectar un brillo de triunfo y placer en sus ojos. Su madre, evidentemente, se alegraba también de que su hija fuese a pasar unas buenas vacaciones aquel año. Parecía más bien una madre casamentera cuya hija acabase de llevar a casa a un pretendiente adecuado. Su madre era una anciana encantadora.

El sábado por la mañana los niños se despertaron temprano, llenos de emoción porque sus vacaciones empezaban aquel día. Incluso Anne, que normalmente era tan serena, se contagió de la emoción de Derrick. Antes de las siete ya corrían por la casa en pijama y llamaron a la puerta del dormitorio de sus padres, cosa que supuso para Ted empezar mal el día, perder media hora de sueño y tener que relacionarse con los niños antes del desayuno, dos cosas muy molestas que le volvían loco. Marjorie se precipitó fuera de la cama y sacó a los niños de la habitación. Se llevó su ropa para vestirse con los niños y así molestar lo menos posible a Ted.

—Es como si fuera Navidad —dijo Anne metiéndose la camiseta sobre su cuerpo agitado: levantarse temprano y visitar a los padres en pijama, saber que van a pasar un montón de cosas maravillosas, ese era el origen de la extraña asociación de ideas.

—Gracias a Dios no hace tanto frío como en Navidad —dijo Marjorie abrochándose las ligas, y mirando hacia un lado, a la ventana, donde el bendito sol ya prometía otro día de calor.

Aquella noche había hecho mucho calor. Ted roncaba y se agitaba, y la despertaba. En parte también se debía a que él la había buscado la noche anterior. Le había puesto encima las manos calientes al meterse en la cama, y le hizo sentir un pánico súbito, porque ella soñaba vagamente que la separación del día siguiente sería permanente, y aquel crudo recordatorio de su obligación presente le había llegado como una conmoción. Llena de pánico, le había dicho a toda prisa la única mentira que se le ocurrió en aquel momento, una que apenas se atrevía a emplear, porque Ted era muy listo. Pero aunque la excusa fuese buena Ted siempre mostraba resentimiento y fastidio.

—Pues qué mala suerte, precisamente —gruñó—. La última noche que vamos a estar juntos durante tres semanas.

Ese fastidio, creía Marjorie, era la verdadera causa de que él hubiese roncado y se hubiese movido toda la noche, impidiéndole dormir. Ella odió su cuerpo caliente, áspero y peludo, aquella última noche.

—¡Navidad! —chillaba Derrick. Había encontrado la enorme lata de *toffee* en

forma de tambor que era uno de sus principales tesoros y lo golpeaba con un palo, armando un escándalo que podría haber molestado a la señora Taylor, y no digamos a Ted.

—Callaos, niños —dijo Marjorie, y luego, desesperadamente—: Salid los dos al jardín. Podéis ir al callejón si queréis, pero tened mucho cuidado y no os subáis a la verja.

Ese era un incentivo suficiente para que los niños se callasen. El callejón era un caminito pequeño que corría entre los jardines traseros de aquel lado de Harrison Way y el ferrocarril. Por lo general, Marjorie prohibía a los niños que pusieran los pies allí porque al haber solo una barandilla no muy alta entre ellos y los raíles, temía que pudieran saltar. De modo que aquel territorio tenía la fascinación de lo prohibido para los niños, con la atracción adicional de que desde el callejón se podían ver, algo que quedaba oculto de su vista en el jardín, los techos de los trenes que subían y bajaban por el hueco poco hondo.

Pero el desayuno, después de que ella hubiese preparado la comida y llamado a los niños, fue muy desagradable. Ted estaba más enfurruñado y hosco de lo habitual, en parte por lo de la noche anterior, y en parte porque ningún hombre con la perspectiva de tres semanas de duro trabajo con los auditores durante una ola de calor puede escuchar con paciencia el prolongado cotorreo sobre unas vacaciones de las que van a disfrutar otras personas. Y Derrick empeoró muchísimo las cosas. Sus vagos recuerdos de otras vacaciones volvían a él en cascada, mezclados con imágenes mentales distorsionadas de ese coche que tanto se había mencionado en las últimas conversaciones de mamá y de la abuela.

—¿Vendrá la tía Dot con nosotros en el coche? —preguntó.

—Calla, Derrick —dijo Marjorie, demasiado tarde.

Ted había dejado caer el cuchillo y le fulminaba a través de la mesa.

—Pequeño gilipollas —dijo.

Nadie le había dicho todavía a Derrick que la tía Dot había muerto. Marjorie había intentado protegerle del conocimiento de la muerte, y esperaba que simplemente se olvidase de ella. Pero, como ahora se decía a sí misma con amargo reproche, nadie puede confiar nunca en que un niño recuerde u olvide algo en concreto. Derrick ahora estaba asustado, y, sin embargo, afirmaba enérgicamente su individualidad.

—No soy un pequeño gilipollas —dijo—, y Ted levantó la mano por encima de la mesa y le dio una torta en un lado de la cabeza. Eso bastó para transformar a Derrick de un niño íntegro en un bebé aullante. Marjorie corrió hacia él. La costumbre de años y años era tan fuerte que le impidió poner en peligro la disciplina cogiéndole en brazos y consolándole y poniéndose de su parte contra su padre. Estuvo a punto de arrojar a un lado toda discreción, de todos modos. Tampoco la ablandó la visión del

rostro blanco de Anne al otro lado de la mesa. Anne, sin que nadie se lo dijese, había adivinado la muerte de la tía Dot, y odiaba que se mencionase su nombre, y odiaba mucho más aún la violencia de su padre.

—¿Por qué no les enseñas algo de sentido común a los niños, Madge? —exigió Ted—. Sois todos unos malditos gilipollas. Demasiado hablar del asunto de las vacaciones, eso es lo que pasa. Me están entrando ganas de deciros que no vais.

Vio el miedo reflejado en la cara de Marjorie y se recreó en él. Quería hacer daño a alguien.

—A todos os estaría muy bien empleado quedaros sin hacer vacaciones después de todo —dijo—. Encontrar allí algo que no podéis tener. ¡Ese idiota de Ely y su coche! ¡Un coche! ¡Diez años menos que yo de experiencia en la oficina y se compra un coche!

Esa fue una digresión afortunada. El resentimiento de Ted se había alborotado con tanta rapidez que le había llevado a mencionar a George Ely, cuando en realidad era a Marjorie y a los niños a los que deseaba atacar. Cuando acabó de refunfuñar contra Ely, tuvo que detenerse y serenarse un poco antes de reemprender su diatriba, y después de parar ya no era tan fácil volver a empezar. Tragó saliva y los aullidos de Derrick presentaron una fuerte oposición y entorpecieron la claridad de pensamiento necesaria para iniciar una nueva ofensiva realmente dañina.

—Ni siquiera puedo acabar de desayunar en paz —dijo intentando encontrar un nuevo agravio, y eso le hizo recordar las costumbres de diecinueve años. Miró el reloj de la cocina—. ¡Vaya por Dios! Voy a llegar tarde a la oficina...

Su violencia ahora se vio dirigida a los zapatos, que se puso a toda prisa. Agarró su sombrero y salió corriendo, maldiciendo por última vez aquel hogar en el que nunca tenía tiempo para tomar una segunda taza de té con el desayuno, y el único comentario a su conducta lo aportó Derrick, que, olvidadas ya las lágrimas, anunció solemnemente:

—Creo que papá es tonto.

—¡Sssh! No debes hablar así de papá —dijo Marjorie instintivamente—. Durante años había intentado, por mor de la disciplina, mantener una actitud leal hacia su marido, y no podía abandonarla ahora.

Había que deshacer las camas, en el piso de arriba, y cerrar las ventanas y bajar las persianas, y completar el equipaje que había empezado a preparar el día anterior. Abajo tenía que cocinar una pieza de carne y algunas verduras para que Ted pudiera hacer al menos una última comida buena antes de dejarle, y para que le quedase algo de carne fría también para el fin de semana. Anne consiguió dominar su emoción lo suficiente para secar los cacharros del desayuno, ayudando a su madre, y preparar la mesa para la comida, pero a pesar de toda su ayuda, Marjorie tuvo tanto trabajo aquella mañana (porque también tenía que procurar que Derrick no hiciera ninguna

travesura) que no paró ni un momento. Había que recordar mil cosas sobre el lechero, el panadero y demás; Marjorie esperaba haberse acordado de todo. Qué calor hacía en la casita... Marjorie subió y bajó las escaleras veinte veces aquella mañana, sofocada y con el pelo despeinado.

Hasta que Ted volvió de la oficina y la comida estuvo en la mesa no tuvo tiempo de sentirse emocionada. Habría asegurado que no se sentía emocionada en absoluto, ni siquiera cuando vio, sentada a la mesa, que el reloj marcaba la una y cuarto, y recordó que el señor Ely iba a pasar a buscarlos a las dos y media. Sin embargo, no pudo probar apenas ni un bocado de la comida que había preparado: buey asado con patatas y guisantes, budín de Yorkshie, pastel de manzana y natillas, una comida de domingo, de hecho, aunque era sábado.

Ted no notó su falta de apetito, ya que nunca se fijaba en esos detalles, pero él sí que comió con hambre, con el mal humor de la mañana ya amortiguado. A Ted le gustaba comer bien, especialmente el buey y el budín de Yorkshire. Después de comer se fue al salón para gran alivio de Marjorie, y puso la radio, de modo que Marjorie pudo volver a sus tareas, lavó los platos, lo arregló todo y subió corriendo las escaleras para quitarse el delantal y ponerse el vestido de verano (con un abrigo ligero encima), y bajar todas las bolsas y paquetes que ya estaban preparados. Había media docena de asuntos domésticos de última hora que quería recordarle a Ted, pero no se arriesgó a hacerlo entonces. Le escribiría diciéndoselo cuando llegasen a The Guardhouse.

Hacía tanto tiempo que su principal deber en la vida era llevar la casa que incluso en aquellos momentos actuaba automáticamente, como si aquel deber tuviese que continuar. Incluso tuvo que apartar su atención, intranquila, del pensamiento de que ya no fuera ese el caso. No pensaba que se estaba mostrando débil. Pensaba que se veía arrastrada por unas circunstancias irresistibles. Con un ligero escalofrío, se desprendió de toda aquella pesadilla. Iba a escapar de allí durante tres semanas, y no tenía que preocuparse por nada durante aquel espacio de tiempo.

Se arregló el pelo, algo revuelto al ponerse el vestido, y se miró en el espejo. Sus experiencias de la mañana, pensó, no habían dejado apenas rastro alguno. El vestido de verano le daba un aspecto fresco y ligero, se había empolvado la cara ligeramente y, algo excepcional en ella, se había pintado un poco los labios para que no estuvieran tan pálidos como ocurría últimamente. Por muy alejado de su naturaleza que pudiera estar el hecho de fingir que era alguien que no era, sin embargo, en el fondo de su mente se alojaba una imagen mental de sí misma más serena, tranquila y *soignée*, caminando con estilo hacia el coche que la llevaría durante tres semanas a la costa.

Oyó el graznido de un claxon en la puerta, y los fuertes chillidos de Anne y Derrick.

—¡Mamá, mamá, ha venido el coche! ¡Mamá, está aquí el señor Reely! ¿Está

también la abuela, mamá? ¿Está preparado el equipaje, mamá? Mamá, ¿has cogido mi barco?

La imagen que ofrecía bajo la luz del sol, caminando hacia la verja con los niños brincando a su lado y una pesada bolsa en cada mano, era realmente mucho más atractiva que la que se había imaginado, porque la idea de ese contraste hizo que enseñara sus blancos dientes en una sonrisa amistosa. Ted vino enfurruñado tras ella con los bultos que quedaban, pero tenía la suficiente sensibilidad y flexibilidad como para no mostrar su mal humor ante el señor Ely y la señora Clair. Se introdujeron todos en el coche con dificultades, porque solo había el espacio justo para todo y para todos, y solo cuando la portezuela se cerró tras ellos Marjorie se dio cuenta de que no había dado un beso de despedida a su marido, y, sin embargo, esa era la primera vez que le dejaba solo desde que nació Derrick. Se alegró de que las cosas hubieran ocurrido así. Le saludó con la mano, y Ely metió la marcha y el coche se movió a sacudidas por la calle. En la esquina, Marjorie miró hacia atrás y se preguntó qué sentiría al volver a ver todo aquello, pero en seguida decidió no dejar que los pensamientos desagradables le estropearan las vacaciones.

Cincuenta yardas más allá se encontraba la esquina donde el callejón que había detrás de las casas salía a Simon Street. La señora Posket estaba allí. Había ido caminando hasta la estación a recibir a su marido. A menudo tomaba el caminito que iba a lo largo de la vía férrea, porque la parte de atrás de las casas suele ser mucho más informativa que la parte delantera. Les saludó con la mano, encantada de ver algo tan importante: la señora Grainger se iba de vacaciones con el joven señor Ely, de la compañía del gas... y no quería insinuar absolutamente nada al decir esto, desde luego.

Las vacaciones no fueron perfectas desde el principio, claro está. George Ely tardó tres horas en recorrer los cien kilómetros que había hasta The Guardhouse por una carretera principal atestada, ya que era sábado por la tarde, y cuando llegaron, todos estaban acalambrados y cansados, hambrientos y sedientos. De hecho Derrick lloró de cansancio antes de que hubiesen recorrido la mitad del camino, y no le consolaron nada las agrias palabras que su alterada madre le arrojó por encima del hombro. Por supuesto, cuando llegaron a The Guardhouse no había provisiones, ni té, ni nada. Incluso hubo que hacer las camas para que pudieran descansar. Marjorie contempló con desesperada fatiga el paseo de un kilómetro hasta las tiendas.

La señora Clair fue quien estuvo a la altura de las circunstancias con una decisión y una energía que habrían sido meritorias en una mujer de la mitad de sus años, igual que fue la señora Clair quien consoló a Derrick hasta conseguir que se callase cuando se echó a llorar en el coche, y quien le convenció para que echara una siesta durante el resto del camino.

—Lo primero que necesitamos son unas bonitas flores —dijo animosamente—. Anne, ¿podéis ir Derrick y tú a coger algunas bien bonitas en el campo que hay ahí cerca?

—Sí, sí, abuela —dijo Anne. Si se le presentaban las cosas de la manera adecuada era una niña muy dócil, y las responsabilidades de la tarea que le habían encargado le parecían encantadoras.

Su entusiasmo contagió a Derrick, y los dos corrieron hacia el campo con la irritabilidad y el hambre olvidados, al menos por el momento, y dispuestos a la tarea de recoger dientes de león y ranúnculos.

—Hay que hacer las camas —dijo la señora Clair animosamente a su hija—, pero primero habrá que hacer té, ¿no? Iré a las tiendas. Necesitaremos pan, leche...

La señora Clair enumeró con los dedos una interminable lista de artículos necesarios para la compra del fin de semana en una casa desprovista de todo lo necesario. El joven Ely, que estiraba las piernas en el jardín, entró a tiempo para oírla. Estaba mareado y cansado por el esfuerzo de conducir, lo más lejos que había ido

conduciendo en un solo día, y en medio de todo el tráfico, que parecía querer chocar con él a unas velocidades elevadas y peligrosas. Pero era un hombre servicial y extrañamente domesticado, a pesar de los años que había pasado en habitaciones alquiladas, o precisamente por ello.

—Bueno, aquí estoy yo, y tenemos el coche —dijo—, ¿qué podemos hacer?

Aquella simple pregunta quitó un enorme peso de la mente de Marjorie de inmediato. No había olvidado la existencia del coche, claro, pero suponiendo que el señor Ely era como Ted en los asuntos domésticos, había dado por sentado que ella y su madre no obtendrían ninguna ayuda para disponerlo todo, y que el señor Ely se iría a comer algo de pan y queso y tomar una cerveza en la posada local y volvería solo cuando todo estuviese hecho. Sonrió agradecida a George.

—Gracias, señor Ely —dijo la señora Clair reformulando sus planes—. Le diré lo que podemos hacer. Lleve con usted a Marjorie a las tiendas, y yo mientras tanto prepararé el té y haré lo que pueda en la casa.

Era maravilloso tener un coche con el que hacer las compras. Un kilómetro no era nada, yendo en coche, y cuando compraran las cosas, tenían el asiento de atrás todo entero para colocarlas en lugar de tener que ir las cargando con un dolor de espalda cada vez más intenso, de tienda en tienda. Todo el cansancio y la súbita desilusión de Marjorie desaparecieron de golpe al apreciar aquella feliz situación. Sonrió y echó atrás la cabeza para aspirar el aroma del mar distante, y su alegría y desenfado contagiaron también a Ely, de modo que disfrutó muchísimo de los quince minutos de rápido ajetreo por las tres tiendas que había en el pueblecito de bungalows.

De vuelta a The Guardhouse, su madre había puesto ya la mesa y la tetera estaba hirviendo, y aunque los niños se habían cansado en seguida de recoger flores, solo les costó un momento colocarlos ante el pan, la mantequilla y el té con leche que disiparon su irritabilidad como por arte de magia. Cada año Marjorie olvidaba el sufrimiento que representaban las llegadas a The Guardhouse, y solo las recordaba con renovada desilusión y amargura la vez siguiente. Pero aquella llegada fue distinta. Apenas eran las seis de la tarde y allí estaban tomando el té, con la mitad del trabajo ya hecho. En los viejos tiempos, incluso Dot, siempre atolondrada y alegre, estaba irascible y taciturna cuando los niños se metían en la cama y la casa estaba ya en orden. Marjorie se reía y hablaba, y la señora Clair sonreía y callaba, y los niños se portaban como angelitos.

—¡Señor Reely! ¡Señor Reely! —decía Derrick sonriendo como un querubín, a pesar de la mancha de mermelada de fresa que tenía en la mejilla—. ¡Señor Reely! ¿Le digo un secreto?

George Ely, obedientemente, inclinó la cabeza. Le resultaba irresistible el contacto de los brazos de Derrick en torno al cuello.

—Señor Reely —dijo Derrick con un susurro tan claramente audible como su

tono de voz normal—. Queremos que nos lleve al mar después del té. A Anne y a mí.

—¿Podemos ir? —preguntó Ely mirando a Marjorie.

—No se moleste —respondió Marjorie.

—No, si me gustaría, de verdad —protestó Ely.

—No hemos visto todavía el mar, en todo el día —suplicó Anne.

—Bueno, muy bien, si el señor Ely quiere llevaros... —accedió Marjorie, y añadió a Ely—: Solo media hora. Ya es casi la hora de irse a dormir. ¿Seguro que no le supone demasiados problemas, señor Ely?

—No, no, qué va, señora Grainger.

Mientras los niños recogían a toda prisa cubos y palas, y Ely se acababa el té, la señora Clair intervino:

—Todo eso de «señora Grainger» y «señor Ely» suena un poco fuera de lugar aquí —dijo—. ¿Le importa que le llamemos «George»? Y los niños podrían llamarle «tío»... es mejor que «señor Reely». ¿No le importa?

—En absoluto, me gustaría mucho.

—Entonces será mejor que diga «Marjorie» en lugar de «señora Grainger». Supongo que yo tendré que seguir siendo la «señora Clair», sin embargo... soy demasiado vieja para el nombre de pila.

—Llámela abuela —sugirió Marjorie.

—Sí, eso haré —dijo George.

En cuanto George hubo salido con los niños que brincaban, la señora Clair se quedó un momento en silencio en la mesa.

—Es un chico muy agradable —dijo, pensativa, como si fuera para sí misma.

—Sí, madre —dijo Marjorie.

El éxito de aquellas vacaciones, que fueron hasta el último día las mejores vacaciones con diferencia que Marjorie o George pudieran recordar, se debió en gran medida al tacto, discreción y energía de la señora Clair. Fue ella quien puso en marcha ese éxito, y después se quedó a un lado para dar un discreto empujón o dos cuando se necesitaba un poquito de movimiento, de modo que el éxito fue creciendo como una bola de nieve, día a día. Le ayudaron en sus designios, por supuesto, algunas circunstancias fortuitas: el tiempo maravilloso, por ejemplo, así como la decisión de Ely de comprar un coche, pero ella consiguió extraer todas las ventajas posibles de ello, sin que nadie lo notase tanto como para atribuirle cualquier otro motivo que su amabilidad general y un deseo de eficiencia.

Seguramente era la tumultuosa amargura de su corazón la que la estimulaba en la sutil conciencia de las reacciones humanas, y lo que le daba fuerzas para procurar que funcionase todo. El domingo por la mañana (el primer domingo) adivinó que George estaba temporalmente saturado de tanto conducir el coche y que se preguntaba, incómodo, qué podría hacer a cambio, y le envió a la playa con Marjorie y los niños

mientras ella se quedaba en casa a preparar la comida.

George disfrutó de aquel domingo, por tanto, después de todo. Estaba encantado de poder quedarse echado tomando el sol y tostándose, y de ayudar a Anne y Derrick a construir emocionados su primer castillo de arena del año. También nadaron. George nunca había sido muy aficionado a nadar antes, porque sin darse cuenta, en el agua fría, sin nadie con quien hablar, se sentía aún más solitario de lo habitual, de alguna manera. Pero era muy distinto bañarse con Marjorie, que se reía a cada momento. Marjorie tenía buen tipo, solo un poquito más pronunciado de lo que exigía la moda del momento, y nadaba bien. George se dio cuenta de lo bien que nadaba, aunque las cosas entre ellos no habían progresado todavía lo suficiente para que él se fijase en su tipo. Se le ocurrió, sin embargo, que su gorro de baño blanco, abrochado bajo la barbilla, resaltaba más aún su belleza morena y la hacía parecer más joven y más aniñada y accesible.

Era tan feliz que no le preocupó la incomodidad de tener que vestirse y desnudarse sin más abrigo ante el ojo público que el proporcionado por una hondonada muy inadecuada en la playa de piedrecillas. George la habría sentido en seguida en unas circunstancias menos afortunadas, porque era muy joven y tímido, y se había acostumbrado a sentirse violento por tener que cambiarse en una playa abierta, aunque todos los demás bañistas tuvieran que hacer lo mismo.

El ejercicio desacostumbrado y el sol le cansaron un poco, y pasó la tarde vagueando ociosamente, hojeando las páginas de un libro de aventuras que se había traído como lectura veraniega. Marjorie, siguiendo las sugerencias de su madre, se fue a la cama sin vergüenza alguna para recuperarse del cansancio de los últimos días, mientras la señora Clair mantenía a los niños entretenidos en el campo cercano, que estaba al lado. Por la noche, los tres se sentaban juntos en la profunda galería de The Guardhouse y contemplaban el sol que lentamente se iba poniendo detrás de las colinas. Levantaban los pies y los apoyaban en la barandilla, fumaban y parloteaban con ligereza y con una creciente intimidad. Marjorie era secretamente consciente de la diferencia que representaba para ella tener a un hombre a su lado que contemplase con ecuanimidad el paso de una velada entera sin beber cerveza. Durante años, sus relaciones con el único hombre con el que había estado estuvieron coloreadas e influidas por el hecho de que cada noche, no importa dónde estuvieran o lo que estuvieran haciendo, había que beber cerveza o si no expresar violentas quejas. Una secuencia de tres mil días, cada uno sujeto a esa condición especial, habían creado en ella un hábito tan fuerte de ansiedad mental que el alivio que sentía ahora era intenso.

Tampoco era aquel el único factor, ni el principal, que determinaba la actitud mental de Marjorie aquella noche. Era libre durante tres semanas de la acuciante necesidad de decidir qué hacer con respecto a su marido. Tres semanas de tranquilidad para ella, después de la espantosa inseguridad de los días precedentes a

las vacaciones, parecía algo interminable. No había que preocuparse por nada. Y había disfrutado de un descanso largo y satisfactorio aquella tarde. No era de extrañar que se mostrara vivaz y alegre, parlotease con libertad y mantuviese a los otros dos divertidos todo el rato.

George Ely se sentía irresistiblemente atraído hacia la alegría reinante. Sentía que nunca había vivido antes de aquellas vacaciones... lo sentía, aunque naturalmente nunca habría expresado la sensación que tenía con tales palabras, porque George era un joven a quien le costaba expresarse, y que nunca había adquirido, ni en la escuela ni en el mundo, la habilidad de pensar de una manera ordenada. Como tantos otros semejantes a él, George dirigía sus asuntos con la única guía del instinto y el impulso. En aquel momento solo era consciente de una sensación de bienestar y superioridad, y no hacía el menor intento de descubrir por qué.

Aquella noche, cuando se fueron a dormir (Marjorie compartía con su madre la habitación que en anteriores vacaciones había compartido con Ted, mientras que George tenía la habitación que Dot había compartido con la señora Clair), Marjorie dijo:

—Ha sido un día muy bonito. Creo que voy a disfrutar de estas vacaciones mucho más que de las vacaciones de años anteriores.

—Espero que sea así, cariño —dijo la señora Clair—. Seguro que sí.

La señora Clair se quitó la ropa interior por debajo del camisón, y se sacó del cuello del camisón la pequeña coleta de pelo gris. Se arrodilló al lado de la cama para rezar, pero como Marjorie compartía habitación con ella lo hizo solo interiormente, y no con el susurro reverente que solía emplear. Cuando se metió en la cama vio a Marjorie que se aplicaba la crema limpiadora en la cara, ante el espejo. El camisón de Marjorie tenía un corte frívolo, y sus brazos desnudos resultaban encantadores con aquella luz amortiguada. La larga trenza oscura de pelo oscilaba con sus movimientos, y la curva de su pecho, insinuada por el camisón, era exquisita. Su madre la vio como un bonito pájaro enjaulado, que pronto iba a volar en libertad... y al pensar en su marido lo comparaba con algún reptil asqueroso, exudando veneno, a quien iba a aplastar bajo su pie.

Marjorie acabó sus preparativos y se dirigió hacia su lado de la cama. Durante un momento dudó, porque había abandonado hacía mucho tiempo la práctica que su madre tan estrictamente le había inculcado durante la niñez de rezar un poco. Pero como deferencia hacia la presencia de su madre se arrodilló y enterró la cara entre las manos. Unos pensamientos tumultuosos, todos vagos y nebulosos, llenaron su mente al instante. Imágenes borrosas de George Ely en algunas de las actitudes en que ella le había visto durante el día pasaron momentáneamente ante sus ojos. Luego apagó la luz y se subió a la cama junto a su madre.

Hubo días, muchos días de felicidad y compañerismo que ni Marjorie ni Ely habían conocido antes. El coche se usaba con frecuencia; comieron helados en los paseos de media docena de lugares turísticos junto a la playa, donde podían mirar con superioridad complaciente a la multitud de jóvenes paletos y chicas escandalosas que no vivían en agradables casitas de piedra fuera de las ciudades ruidosas y que no disfrutaban del orgulloso privilegio de poseer un coche. Contemplaron, sorprendidos, la belleza gris del castillo de Bodiam, su foso con patos y nenúfares, y el fino hilillo de agua del Rother que serpenteaba a través de su valle.

El coche iba pasando por los tranquilos caminos entre los bosques de Hawkhurst. Marjorie, mediante una dedicación ansiosa, aprendió en seguida a leer mapas para hacer de copiloto a Ely, que estaba todavía demasiado enfrascado en la tarea de cambiar de marchas y dar la vuelta a las esquinas para aprenderse de memoria ninguna ruta, más allá de los primeros cruces. Ciertamente, el coche fue quien les proporcionó el primer nexo de unión. Cuando, resoplando pesadamente, conseguía trepar por alguna cuesta poco pronunciada a toda marcha, Marjorie asentía rápidamente, apreciativa. Pronto se contagió del entusiasmo de Ely por aquel primer coche suyo. La primera vez que pincharon una rueda fue todo un acontecimiento; sintieron que habían conseguido algo fuera de lo corriente cuando, sin ayuda de ningún experto, consiguieron levantar con el gato el cochecito y cambiar la rueda, y vieron que después el coche seguía funcionando tan bien como siempre.

Marjorie sentía que su madre se había comportado de una forma maravillosa durante aquel tiempo; siempre estaba dispuesta a asumir la responsabilidad de los niños para dejarlos libres a ellos, y también se mostraba deseosa de hacer todo el trabajo de la casa, de modo que las tareas domésticas consumían poco tiempo o energía a Marjorie. Y las pequeñas expresiones amistosas que pronunciaba su madre fueron las que ayudaron a establecer la atmósfera amistosa y cálida de aquellas vacaciones. Otras vacaciones las estropeaban las peleas con Ted, e incluso de vez en cuando con Dot. Estas, en cambio, fueron un período de absoluta felicidad.

Ely sentía también lo mismo. Casi se le podía considerar un joven amargado, en

el sentido de que la experiencia le había enseñado siempre a esperar la decepción. Resultaba para él deliciosamente sorprendente encontrar que la posesión de un coche, que tanto había deseado, le proporcionaba todo el placer que había esperado, lleno de reservas. Y todavía resultaba más sorprendente descubrir que la señora Grainger, la esposa de su superior, era tan simpática y accesible, y se contagiaba en seguida con un entusiasmo intenso. Ninguna otra mujer había encontrado jamás mérito alguno ni utilidad alguna en George Ely, y aquella era la mujer más hermosa a la que había conocido jamás, y también la más lista. Largas horas de viaje en el coche los dos juntos marcaron indeleblemente en la mente de Ely una imagen de su perfil (una imagen compuesta, formada a base de muchas miradas apresuradas cuando la carretera despejada le permitía relajar por un segundo su concentración en la conducción), alerta y, sin embargo, receptiva y tranquila.

Y además de aquellos deliciosos paseos en coche estaban las felices horas pasadas en la playa, calentándose al sol, con el parloteo de los niños para mantenerle despierto. George Ely no tenía la experiencia suficiente para darse cuenta de que el tacto de Marjorie y sus rápidas intervenciones evitaban que los niños le molestasen, de modo que tenía todo el placer de su compañía sin tener que sufrir molestias ni responsabilidades. George era amante de los niños por naturaleza, y llegó a deleitarse mucho con el contacto de las suaves manos de Anne y la picara amistad de Derrick. No es de extrañar que tanto para Marjorie como para George aquellas semanas transcurrieran con tanta rapidez.

Al final de uno de aquellos días dorados, Marjorie salió a la veranda después de meter en la cama a los dos niños cansados y felices. George se estaba lavando las manos ahora que el baño estaba libre. Una de las cosas en las que más diferían George y Ted era la frecuencia con que el primero se lavaba las manos. Su madre estaba sentada haciendo punto en una hamaca.

—¿Qué tal, cariño? —dijo cuando salió Marjorie.

—Derrick se había dormido ya antes de que pudiera acostar a Anne —se rió Marjorie sentándose en su silla. Echó la cabeza hacia atrás e irguió el pecho como para recibir el beso del sol de la tarde, que la inundó toda.

—Estas vacaciones nos están haciendo mucho bien, desde luego —dijo su madre.

Quizá hubiese algo de irrevocable en el tono de su voz, algo que indicase el fin de un capítulo en su forma de hablar. Marjorie se tensó un poco, y le pareció que la luz del sol perdía parte de su dulzura, y el paisaje dorado y verde asumía un matiz gris. Por primera vez en aquellas deliciosas semanas, Marjorie recordó que aquello debía terminar, y pronto.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Marjorie apresurada.

—Miércoles —dijo su madre—. Nos volvemos a casa el sábado. Estaba pensando cuando has salido que tendremos que empezar a acabarnos la comida que tenemos

aquí, cariño. Y lo que yo haría, aunque no quiero interferir en tus cosas, cariño, pero me gustaría recordártelo, es empezar a hacer una lista de las compras que tendrás que hacer cuando vuelvas a casa. Necesitarás prácticamente de todo, y solo tendrás la tarde del sábado para comprarlo.

Marjorie no dijo nada como respuesta a aquel feo discurso, porque solo escuchaba a medias. Quedaban dos días enteros entre ella y Ted, o entre ella y la decisión que debía tomar. Se horrorizó al darse cuenta, como un manirroto al recibir una nueva e inesperada notificación del banco diciéndole que su cuenta tiene un descubierto. Su madre siguió haciendo punto tranquilamente. Por supuesto, no existía la menor posibilidad de que sospechase la desdicha que sentía Marjorie, a pesar de los ojos agudos que levantaba de sus atareadas agujas.

Marjorie se puso a pensar desesperadamente, pero una y otra vez su mente se desviaba del problema. Estaba aterrorizada. Incluso tuvo que emplear un poco de voluntad para evitar huir físicamente.

—Ah, aquí está George —dijo su madre mientras hacía su aparición Ely—. ¿Se va a sentar un rato?

George ocupó la tercera hamaca, y las agujas de su madre siguieron entrechocando mientras el sol se hundía más y más al oeste.

—Hoy no ha salido a pasear en el coche —dijo su madre intentando entablar conversación.

—No —dijo George—. Estaba demasiado ocupado haciendo un castillo con Derrick y Anne.

—Qué tarde más bonita —dijo la abuela—. ¿Por qué no sale ahora?

Era una sugerencia estupenda, según la opinión de George. Este miró a Marjorie.

—Ah, sí —dijo Marjorie. Y luego, con un pinchazo de culpabilidad—: ¿No vienes, madre?

—No, aquí estoy muy bien —dijo su madre—. Quiero acabar este talón antes de tener que encender la luz.

El pánico físico que había sentido Marjorie todavía era muy acusado. Quería entrar en el coche y alejarse, como si el vehículo pudiese apartarla de la crisis que temía.

—Vámonos —dijo levantándose de su asiento.

George hizo pasar el coche por la estrecha cancela con una facilidad adquirida penosamente, y Marjorie, que le había estado dirigiendo, subió a su lado.

—¿Adónde vamos? —preguntó George.

—Ah, no sé. A cualquier sitio, no importa —dijo Marjorie desesperada.

—Yo me iré a la cama si tardáis —dijo su madre desde la veranda—. Podéis volver cuando queráis.

El coche se dirigió hacia el dorado crepúsculo. Llegó a la carretera principal, con

mucho movimiento debido al tráfico de la tarde veraniega, doblaron por una carretera secundaria que George recordaba, descendieron por un valle boscoso y ascendieron por una colina arbolada, subiendo por unas curvas muy cerradas. En la sombra prematura que proyectaban los árboles saltaban los conejos, que correteaban luego por el prado. El coche subió traqueteando valerosamente hasta la cima, donde de repente los árboles se separaban a ambos lados. Muy lejos, por encima del horizonte herboso, vieron el mar azul, con un sol enorme y rojo suspendido encima de él.

—¡Oooh! —exclamó Marjorie, y George detuvo el coche instintivamente y apagó el ruidoso motor.

Contemplan el sol que se hundía en el mar. Todo estaba silencioso a su alrededor, solo se oía el canto de las aves distantes. George no había dedicado nunca demasiada atención a los paisajes, pero aquella noche era demasiado bonita para no fijarse. Marjorie sintió un dolor estremecedor en el pecho cuando el sol bajó todavía más. Aquel lugar, absolutamente maravilloso, la tristeza de la tarde, el dolor al saber que aquel tiempo tan feliz estaba concluyendo, todo aquello pesaba sobre ella mientras luchaba por tomar una decisión sobre Ted. La cabeza le daba vueltas, no podía pensar con claridad.

George notó que se removía a su lado.

—Vamos a andar un poco hacia allí —dijo Marjorie—. Quiero ver el sol hundirse en el mar.

Unos pocos pasos los llevaron de nuevo al borde de los bosques, y se elevó el horizonte del mar por encima de la loma herbosa. Allí se encontraba el tocón de un árbol, que parecía haber crecido especialmente para proporcionar un asiento, y se sentaron los dos juntos (por pura necesidad) y contemplaron la única nube que se encontraba encima del sol, y que fue cambiando su color del naranja al rojo sangre cuando el disco del sol estaba a punto de tocar el mar. Aquella tarde perfecta de agosto, clara y tranquila, casi pareció que se podía oír un chisporroteo cuando la orgullosa bola de fuego tocó el agua. Luego se fue hundiendo cada vez más hasta que durante un segundo solo quedó una manchita roja en el horizonte, una manchita de color más cálido, entre el rojo y el dorado que la rodeaban. Luego desapareció, y el ojo entonces fue súbitamente consciente de la luna de tres cuartos que estaba presente, sin ser vista, al otro lado del cielo.

—Oh, se ha ido, se ha ido... —dijo Marjorie. Al ponerse el sol sus pensamientos la asaltaron con más intensidad que antes, y el cielo rojo y la luna de plata todavía seguían allí, atormentando su pecho con su belleza.

George, al mirarla, vio que ella tenía los ojos húmedos.

—¡Marjorie! —exclamó—. ¿Qué pasa, Marjorie?

Y Marjorie se volvió hacia él y se agarró a él, como una niña, y él la sujetó, torpemente, con el cerebro en un torbellino. Durante un momento el simple contacto

les satisfizo.

Luego Marjorie se movió entre los brazos de él mientras un torrente entero de reacciones la abrumaba. Temor al futuro, horror ante la simple idea de volver con Ted, miedo a abandonar aquella isla de paz que había encontrado tan inesperadamente en medio de su vida, por una parte le asaltaba todo aquello, y por otra, estaba la idea de que allí podía tener un protector, alguien de carácter amable y dulce. Quizás hubiese allí también atisbos de su fatal debilidad: encontrarse en los brazos de Ely significaba un nuevo problema que la distraía del otro que exigía una solución, y le daba una excusa para posponerlo. Además de todo aquello, estaba la urgencia de su cuerpo. Tres semanas de vacaciones despreocupadas, de sol y ocio, habían tenido efectos sobre ella. El aroma masculino del tabaco de George se mezclaba agradablemente con los delicados aromas subyacentes de pasta de dientes y jabón de afeitar. Toda la pasión que Ted había sabido despertar tan bien seguía todavía allí, dispuesta a despertarse. George era más limpio, más fino. Ella se movió entre sus brazos y sin saber lo que hacía levantó la cara hacia él, y George la besó, y ella le devolvió el beso, y se agarró a él. La pasión se los llevó a los dos muy lejos durante cinco minutos de locura.

Aquellos besos eran como un vino raro para Ely. Los besos que había conocido antes eran pocos y nada sofisticados, y Marjorie besaba tal y como Ted le había enseñado: con los labios separados para que él penetrase, con calor y con ansiedad, y apretando su suave pecho contra el de él. Fue su primer atisbo, el primero de verdad, de la pasión adulta. La cabeza le daba vueltas y le temblaban los brazos mientras sujetaba aquel cuerpo encantador entre ellos, aunque no se daba ni cuenta. El chico estaba embriagado de amor y de deseo. Todo el respeto y el afecto y la admiración que había sentido hacia Marjorie se habían visto transmutados por aquellos besos. Se ponía cada vez más excitado y más ansioso; quizá fue solo su torpeza y su inexperiencia lo que evitó la consumación de la aventura en aquel preciso instante.

A medida que él insistía más, Marjorie se salvó mediante un último esfuerzo de control. Se tensó un poco entre los brazos de él, abandonó la rendición laxa de su ser que le había vuelto loco. Ella ahora sentía hambre de él, y su corazón se había entregado a aquel chico tan dulce, que de repente le parecía mucho más joven y más inexperto que ella misma. Pero su experiencia le advertía de que no había oscurecido mucho y podían aparecer otras personas en cualquier momento. Se dijo eso a sí misma, poniéndose excusas para posponer el tema y sin intentar discernir sus auténticos motivos. Se mostraba maternal con él, permaneciendo entre sus brazos y sin deseo alguno de dejarlos. Con las manos ella le acarició la fina mejilla y el cuello, que le parecían suaves y lisas acostumbrada como estaba a la tendencia de Ted a tener barba hirsuta y espinillas. Le sonrió mirándole a los ojos, pero ahora el contacto de ella le calmaba, y su aire maternal y su actitud algo rígida habían eliminado la

ansiedad que él sentía.

—George, querido —dijo ella, y le besó con ternura.

—Cariño —respondió él, encantador. Nunca había llamado con términos amorosos a ninguna mujer.

—Debemos ser sensatos —dijo Marjorie escabullándose de su abrazo y sentándose muy erguida en el tocón—. Mira, nos hemos perdido la puesta de sol...

George consiguió controlarse. Estaba algo tembloroso y un poco avergonzado de sí mismo. No debía besar a ninguna mujer casada, especialmente a la mujer de su superior en el despacho. Le asustaba un poco recordar el insospechado abismo de pasión que se había abierto a sus pies, porque nunca había soñado con algo semejante, igual que nunca había soñado con el tipo de besos que Marjorie sabía dar. Por el momento, reaccionando ante su descubrimiento, se contentaba con sentarse allí callado, mirando el mar y el cielo, con la luna brillante por encima de ellos, Marjorie parlotando a su lado y ambos fingiendo que no había ocurrido nada.

Luego, al cabo de un rato, Marjorie se puso a temblar.

—Está haciendo un poco de frío —dijo.

—Estas noches claras son más frías —accedió George.

—Será mejor que volvamos a casa —dijo Marjorie.

Se metieron de nuevo en el coche sin un beso más, sin cogerse de nuevo las manos siquiera, y George puso en marcha el motor. Fue conduciendo con cautela porque todavía no estaba acostumbrado a conducir de noche, y mientras avanzaban por las carreteras boscosas, los faros iban captando la extraña belleza de los setos y el follaje. Saltaban conejos ante ellos, sorprendiéndolos. Una vez vieron los ojos verdes de lo que Marjorie supuso que debía de ser un zorro, pero George sospechaba que era simplemente un gato que merodeaba. Bajaron por el puente, pasaron junto a las casitas antiguas y se dirigieron a la carretera principal, iluminada por los faros, y por la cual el deslumbrado George solo pudo ir a paso de tortuga.

Todavía eran solo buenos amigos y no amantes cuando dieron la vuelta por la carretera secundaria hacia el mar y metieron el coche por la cancela en el jardín de The Guardhouse. Fue allí, después de apagar las luces y avanzar a tientas hacia la puerta de la casa, donde el equilibrio se inclinó una vez más y en esta ocasión fue irrevocable.

Sus manos tendidas se tocaron en el momento en que Marjorie volvía a ser consciente de nuevo de todos sus problemas, y de que no había tomado ninguna decisión, de que era miércoles por la noche y el sábado volvería a estar en la cama con Ted de nuevo, de que su madre estaría dentro, esperándoles, tan tranquila como siempre.

Darse cuenta de todo eso más el contacto volvió a romper de nuevo la frágil barrera que ella había ido elevando entre sí misma y George, o quizá entre sí misma y

su yo más interno.

—¡Ay, George! —susurró—. ¡George!

Cayeron uno en brazos del otro en la oscuridad, y se besaron de nuevo, y ella se apretó contra él, y él fue consciente de la preciosa piel que tenía bajo las manos. Era una locura, un delirio que solo se pudo disipar cuando un grupo de veraneantes parlanchines pasó por la carretera, a su lado. Entonces ella se liberó de él.

—Mi madre habrá oído el coche —dijo—. Pensará que es raro que no entremos. ¡Bésame, cariño! Ah, debemos entrar. Mañana...

Ella se volvió hacia la puerta.

—No puedo entrar aún —dijo Ely con voz sorda—. Entra. Yo iré también dentro de un minuto.

Su madre casi había terminado el calcetín de Derrick, aunque nadie podía asegurar si era el odio o la esperanza lo que había entretejido también con él.

—¿Habéis dado un buen paseo, cariño? —preguntó.

—¡Encantador! —exclamó Marjorie—. Hemos visto la puesta de sol. ¿La has visto tú?

—Sí, la he visto. ¿Dónde está George?

—Está arreglando no sé qué de ese viejo coche suyo —se rió Marjorie—. Se preocupa más por él que nosotras por Anne y Derrick.

Marjorie atravesó la habitación y se quitó el sombrero y el abrigo. Pensaba que su talento femenino para la intriga había evitado que su madre adivinase lo que había ocurrido. Es posible que fuera así, pero la señora Clair tenía los ojos muy agudos, y probablemente lo supusiera. Desde luego, tuvo que adivinarlo más tarde, cuando entró George, porque el cigarrillo que había inhalado frenéticamente fuera no le había calmado del todo los nervios. Estaba pálido, con los ojos brillantes, y sin embargo ausente, como si hubiese bebido. Se excusó de inmediato y se fue a la cama.

Parece una teoría plausible que fuese el último cambio de opinión de Marjorie en la oscuridad del jardín el que lo precipitó todo e hizo posible el desastre. Los besos que ella había dado a George al anochecer, incluso aquellos besos en concreto, podían haberse olvidado y George podía haber recordado aquel incidente como un fallo incomprensible por parte de Marjorie que no se podía esperar nunca más. Pero ella había cambiado de opinión en el jardín, y si cambiaba de opinión una vez, se podía esperar que volviese a hacerlo. Y luego estaba esa palabra fatídica, «mañana», que había pronunciado ella. Marjorie había querido decir, si es que quería decir algo, simplemente que deseaba posponer todo pensamiento sobre aquel asunto a una fecha indefinida, pero para la mente sencilla de George aquella palabra significaba literalmente que al día siguiente podría volver a besarla de nuevo, y fue esa idea la que le ayudó a pasar una noche inquieta durante la cual, como cualquier joven amante, daba vueltas en su mente a cualquier acto inconsciente por parte de ella, y analizaba todas y cada una de sus palabras, viendo significados y extrayendo conclusiones que muy probablemente no tenían ningún fundamento.

En lo más profundo de su ser, Marjorie había despertado un volcán de pasión que quizá hubiese parecido poco probable en alguien tan insignificante y retraído como George Ely. Él había alcanzado una relativa madurez con poco o ningún contacto con mujeres. Ahora que la chispa se había prendido, se mostraba tan ardiente como cualquier chico. Las últimas semanas había ido acumulando ingredientes explosivos en su interior a un ritmo mucho más elevado que durante los años precedentes, y Marjorie, la noche anterior, los había hecho estallar. Estaba locamente enamorado, con el primer amor de un hombre. Adoraba la belleza morena y lo que consideraba elegancia, tacto y habilidad en ella. Fue dando vueltas y agitándose toda la noche, conjurando imágenes de ella ante su imaginación, y esperando expectante que llegase la mañana. Sería difícil decir exactamente qué era lo que esperaba de la mañana, pero esperaba algo.

Ni que decir tiene que la mañana no le aportó demasiado consuelo. Su mirada iba siguiendo a Marjorie por toda la habitación mientras la devoraba con los ojos, pero

ella intentó evitar el contacto ocular y parecía estar un poco más preocupada de lo habitual atendiendo a los niños y sirviendo el desayuno. Accedió a la petición de Derrick, mientras todos debatían cómo pasarían el día, de que les acompañase a él y a Anne a la playa aquella mañana, y solo tras responder a una pregunta directa de Anne accedió a que el «tío» les acompañara también, si quería. Él quería. Aceptó la invitación ansiosamente.

Sin embargo, de camino hacia la playa, Marjorie tenía a Anne a un lado y a Derrick al otro, y cuando eligieron el lugar para pasar el día, a sotavento de una escollera, ella se mostró muy ocupada discutiendo con los niños a qué podían jugar. George estaba ya a punto de enfurruñarse cuando al fin consiguió un momento de atención por parte de ella y con los niños ausentes. Le cogió la mano.

—¡Marjorie! —dijo con urgencia inclinándose hacia ella y obligándola a mirarle—. ¡Marjorie! ¿Qué te pasa esta mañana?

El contacto de él y la ansiedad que vio en su rostro rompieron la indiferencia que ella luchaba por asumir.

—Ay, no, por favor —dijo lastimosamente—. Espera. Espera hasta la noche.

Eso bastó para George. Era lo único que quería. Se maldijo por ser un idiota tan ciego y carente de tacto... Por supuesto, ella no podía arriesgarse a una palabra o un gesto hacia él que pudieran observar los niños. Eso sería horrible, desde luego, aunque (como George daba ya por hecho, sin pensar por un momento en el coste) le verían como un padre al cabo de unos pocos meses. Mientras Marjorie le amase todavía, no le importaba pasar todo el día en la playa, jugando con los niños, bañándose con ella y fingiendo la camaradería sincera que había sentido hacia ella cuando empezaron aquellas vacaciones, y tratarla en presencia de su madre con lo que quiso que fuera una respetuosa indiferencia, y que no engañó a la señora Clair ni por un solo instante, ni cuando acudieron a comer ni cuando, una vez los niños cansados y soñolientos, finalmente dejaron la playa y llegaron a tomar el té.

A la hora del té, la señora Clair hizo un anuncio sorprendente.

—Quiero ir a ver a ese chico que me gusta esta noche —dijo maliciosamente.

—¿Qué dices, madre? —preguntó Marjorie un poco sobresaltada.

—Sí, ese chico que me gusta. Gary Cooper. En el Majestic ponen *El secreto de vivir*. No te voy a pedir que vengas conmigo, claro. Ya la viste con Ted. Además, alguien tiene que quedarse en casa, y creo que ya me toca a mí salir una noche. ¿No le parece, George?

—Sí —dijo George intentando contener la ansiedad de su voz.

La señora Clair era astuta. Era absolutamente cierto que alguien tenía que quedarse en casa cuando dormían los niños. Pero también era cierto que Ely era un realquilado y era dueño de sus actos. Resultaba impensable que se le pidiera a él que se quedase mientras las dos mujeres salían. A él había que permitirle que hiciera lo

que quisiera.

—¿Te va a llevar George en el coche? —preguntó Marjorie. Eso podía suponer un aplazamiento.

—Ah, no. No quiero molestarle. El autobús de las seis y media me irá perfectamente. Ya lo he cogido bastantes veces. Y luego puedo volver en el de las diez y media.

—Ah —dijo Marjorie sin inflexión alguna en la exclamación.

—Sé que no se lo tomará mal, George —dijo la señora Clair—. Es que quiero ver esa película. Todo el mundo dice que es muy buena, y a mí me gusta muchísimo Gary Cooper. Es una oportunidad estupenda que la pongan ahora aquí precisamente, después de habérmela perdido en Londres. Y mañana por la noche estaremos muy ocupados haciendo las maletas.

—Claro —dijo George.

—¿Me bañas, tío? —dijo Derrick a toda prisa. Había permanecido fuera de la conversación durante tanto tiempo como se podía esperar de un niño pequeño.

—Los niños pequeños no tienen que molestar al tío —dijo Marjorie más por instinto que por razonamiento.

—Al tío le gustan los niños pequeños —dijo Anne—. Me lo ha dicho. Pero le gustan más las niñas.

Derrick era una criatura muy sociable a la hora del baño, y parecía que en su caso se manifestaba un temprano instinto de coleccionista, a juzgar por la forma en que intentaba añadir nuevos nombres a la larga lista de personas que le habían bañado. Se salió con la suya, y mientras la señora Clair se ponía el sombrero y el abrigo, fue Ely quien, un poco nervioso, le enjabonó, le aclaró y le secó, y abrochó hasta arriba el pijama azul y blanco que Derrick había demostrado trabajosamente que era capaz de ponerse solo, tal y como alardeaba. Derrick cabalgó triunfante en el hombro de Ely, despidiéndose de su madre, que con la ayuda de Anne había acabado ya de lavar las tazas del té.

—¡Buenas noches, mami! —chilló el niño, retorciéndose en su elevada posición mientras Ely le sujetaba, ansioso—. Buenas noches, Anne.

Ely se lo llevó y lo depositó en su cama. Se quedó allí echado como un ángel con el pelo recién cepillado y el rostro de bebé recién lavado.

—Buenas noches, tío —dijo—. Ya estaba medio dormido, con el habitual contraste entre el sueño y su buen humor de hacía un momento. Se acurrucó en su almohada.

—Buenas noches, chico —dijo Ely—. La ternura desbordaba de su interior. Era tan poco habitual para él encariñarse con un niño como con una mujer, pero como no se detuvo a analizar los sentimientos no se sorprendió.

Su mente era un torbellino cuando se sentó en el salón y escuchó las salpicaduras

en el piso de arriba que indicaban que Anne estaba también en el baño bajo la supervisión de Marjorie. Sin embargo, el torbellino no se había calmado cuando Anne salió correteando en camisón y se sentó a sus pies, comiéndose las dos galletas que constituían su cena.

—Quiero que el tío me lleve a la cama también —dijo Anne con decisión cuando Marjorie apareció para llevársela.

—No seas tonta —dijo Marjorie—. El tío no puede llevar a la cama a las niñas.

—Sí que puede. Puedes, ¿verdad, tío?

—Bueno, igual sí —respondió Ely, mirando a Marjorie.

—Si no le importa, a mí tampoco —dijo Marjorie.

Ely recogió a la pequeña y flaca criatura entre sus brazos y se la llevó. El contacto del brazo de la niña en torno a su cuello era extrañamente placentero, igual que ver a Derrick que ya se había dormido en la otra cama.

—Primero a rezar —dijo Anne—. Se agachó junto a la cama y susurró muy seria para sí. Luego, agitando sus miembros delgados, trepó a la cama y se metió bajo la ropa.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó, ansiosamente.

—No.

—No tenías que oírlo porque le he dicho a Dios algo bonito de ti —dijo Anne. Se acurrucó igual que Derrick—. Buenas noches, tío.

—Buenas noches, cariño —dijo Ely.

Salió de la habitación y cerró la puerta despacio tras él, con la mente todavía como un torbellino. Marjorie estaría en el piso de abajo.

Cuando se dirigió hacia la escalera oyó un ligero ruido al otro lado de la puerta del dormitorio de las mujeres que estaba detrás de él, un ligero repiqueteo, como si alguien hubiese dejado una horquilla o un broche en una bandeja de cristal, en el tocador. Marjorie no estaba abajo, sino allí. Él no era demasiado consciente de lo que hacía cuando puso la mano en el picaporte y abrió la puerta. Marjorie estaba de pie junto al espejo, detrás de él, muy cerca. Se había quitado el vestido e iba solo con las enaguas, con el cuello y los brazos desnudos, y llevaba el pelo suelto. Estaba claro que había huido a su santuario para poner algo de orden en su arreglo después de bañar a Anne; en realidad, porque había encontrado los segundos de espera, mientras George no estaba, demasiado difíciles de soportar, y había subido para ocupar su mente en la única tarea que se le ocurrió en aquel momento. Ayudaría a posponer el inevitable *tête-à-tête* con George, a quien ella no sabía lo que quería decir, ni lo que debía decir.

Marjorie se volvió a mirar cuando se abrió la puerta. Era como si la fatalidad hubiese descendido sobre ella. Notó que las rodillas se le debilitaban al ver a George. Había algo parecido a las lágrimas en su voz.

—¡George! —fue lo único que pudo decir. No tenía preparado ningún otro discurso. Sacó una mano y la movió hacia él, como para apartarle, pero fue un gesto enormemente débil.

—¡George! Yo... tú...

George no tenía nada que decir, en absoluto. Los últimos restos de duda por su parte se borraron al ver a Marjorie al borde de las lágrimas. Se adelantó a consolarla, y luego el contacto de su piel puso fin a aquella idea. Marjorie se cobijó entre sus brazos; de un desierto de indecisión pasó al dulce oasis de la sumisión irresponsable. Tenían la cama al lado. Por un segundo, como un relámpago que atravesara un cielo oscuro, pasó por la mente de Marjorie la idea de que su marido era un asesino. Cuando hubo pasado, lo único que quedó fue la ansiedad por anticiparse a todos los deseos de su nuevo amante. Ely era un amante inexperto, amable pero torpe, infinitamente tierno cuando la pasión le desgarraba. Marjorie sintió que todo su corazón y toda su alma iban hacia él, llenos de amor.

—Cariño —decía ella—, cariño, cariño...

La señora Clair estuvo segura a la mañana siguiente de que eran amantes. La noche anterior ya estaba bastante segura también, cuando al regresar del cine encontró a Marjorie dormida en la cama deshecha, con el pelo en desorden y la ropa abandonada con un descuido que nunca había permitido a Marjorie cuando era niña. La señora Clair entró a hurtadillas en la habitación, no queriendo encender la luz, e hizo uso de la luz protegida de una vela en el tocador. Marjorie dormía pacíficamente y respiraba con regularidad. La señora Clair, al mirarla, observó la relajación de su actitud y el rubor de sus mejillas. Sonrió al andar de puntillas por la habitación, preparándose para dormir.

Y a la mañana siguiente, aquellos dos solo tenían ojos el uno para el otro y no prestaban atención a nadie más. Hicieron caso omiso al parloteo de los niños, aunque Ely dio una palmadita en el hombro a Anne y perdió algo de tiempo haciendo cosquillas en el cuello gordezuelo a Derrick. La señora Clair interceptó una breve y significativa sonrisa que se transmitió entre Ely y Marjorie, y recordó que una vez interceptó una sonrisa semejante entre Ted y Dot. En su inocencia de aquellos tiempos no había dado importancia alguna a aquel hecho. Se guardó aquella comparación para sí. Le parecía casi una lástima tener que malograr su felicidad, pero la señora Clair tenía otros objetivos a la vista que los cuernos de Ted (una expresión inaudita). Tenía que haber un castigo para él mucho peor que aquel, y al final, ellos serían mucho, mucho más felices que si se limitaran a ser amantes culpables. Dio unos golpecitos en la mesa durante el desayuno para reclamar la atención y miró a su alrededor con aire autoritario.

—¡Señoras y señores! —dijo—. Nadie parece recordarlo excepto yo. Este es nuestro último día. ¿Qué quiere hacer cada uno en nuestro último día?

Ciertamente, nadie parecía haberse acordado. Tanto George como Marjorie revelaron en su rostro la conmoción que aquello les provocó. Anne también se mostró pesarosa. Solo Derrick permaneció sereno: la perspectiva de un día entero más junto al mar hacía que el regreso, al día siguiente, le pareciese muy remoto.

—Bueno, ¿qué quiere hacer cada uno? —repitió la señora Clair.

—Vamos a la playa —dijo Anne.

—Vamos a la playa —hizo eco Derrick.

—Algunas personas parecen saber ya lo que quieren, pase lo que pase —comentó la señora Clair. Ni George ni Marjorie tenían nada que decir.

—Más tarde tendremos que hacer el equipaje —dijo la señora Clair—. Entonces estarás muy ocupada, Marjorie. Supongo que George y tú podéis llevar a los niños a la playa mientras yo me ocupo de la casa esta mañana.

Ambos asintieron ansiosamente.

Aquella mañana fue distinta a la del día anterior. En lugar de alargar el proceso de instalarse detrás de la escollera, Marjorie lo apresuró. En lugar de dejar que pasara mucho rato mientras los niños jugaban, abrevió todo el asunto. Hizo una oferta fantástica: un helado para cada uno, pero no para comérselos por la calle, sino sentados en una mesa en un café de verdad si conseguían construir aquella mañana un castillo de arena que valiese una recompensa tan estupenda. Eso hizo que los niños se pusieran a trabajar de inmediato: Derrick con su pala de madera levantó una montaña lo suficientemente alta para que el talento de su hermana trabajase con ella, soñando con sueños arquitectónicos. Luego Marjorie pudo acudir junto a George, que estaba detrás de la escollera. Pudo apretar su mano y sonreírle, y él le devolvió la sonrisa, y durante un rato se olvidaron del mundo que estaba a su alrededor.

Pero no por mucho rato. De repente, apareció en la mente de Marjorie un torrente de pensamientos desagradables: el recordatorio de su madre de que aquel era el último día había sido realmente astuto. Al día siguiente, tenía que volver adonde Ted la esperaba. Estaría la casa en Harrison Way, por supuesto, de la cual en tiempos se sintió tan orgullosa. Era una digresión, pero muy relevante, pensar lo sucia y descuidada que estaría la casa después de que Ted hubiese vivido en ella solo durante tres semanas, y lo mucho que tendría que limpiar el lunes. Estaba el salón raído, cuya idea no podía soportar Marjorie, y el baño, y el dormitorio, y Ted con sus labios y sus manos bestiales. Las mismas que habían manoseado antes a Dot; las mismas que estaban teñidas de rojo con su sangre. Marjorie se puso a temblar convulsivamente.

—Cariño —dijo George—. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes, querida?

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Marjorie. Apretó las manos de él con las suyas a medida que se iba dando cuenta de más cosas. Hablaba como una demente—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

—¿Hacer? —dijo George vigorosamente. No estaba tan perturbado como antes. Vagamente tenía la sensación de que había una vía de escape para las dificultades obvias que se encontraban ante ellos; su felicidad presente era demasiado intensa para pensar en detalles—. Ah, todo irá bien, cariño. Hoy en día no es tan grave. Tú puedes...

«Divorciarte» era la palabra que él iba a pronunciar, pero no lo hizo. En cuanto él

se acercó a aquella realidad, vio con mucha mayor claridad las objeciones a aquel camino. Marjorie las expresó en voz alta.

—¿Divorciarme? ¿De Ted? George, querido, no podemos. Piensa... ¿Y tu trabajo?

Durante tres semanas George no había dedicado un solo pensamiento a su trabajo. Era subordinado de Grainger en las salas de ventas de su sucursal. Su futuro estaba prácticamente a merced de Grainger. Y no solo eso, sino que luego estaba el director gerente de la enorme empresa, mucho más arriba que Grainger, que era muy conocido por ser un puritano, y por despedir sin dudar un segundo a cualquier miembro del personal que se desviara lo más mínimo de lo que él consideraba el camino de la rectitud. La desilusión de George se dibujó en su rostro, e involuntariamente pronunció el nombre del director gerente.

—Está el señor Hill...

—Sí —dijo Marjorie—. He pensado en él también.

Ella conocía la reputación de Hill... y, sin embargo, hasta aquella mañana no se había dado cuenta de repente de que la reputación del señor Hill era precisamente lo que más debió de asustar a Ted el junio pasado, por lo que hizo... una prueba más de peso entre las pocas personas que conocían íntimamente las circunstancias.

De pronto, Marjorie se dio cuenta de la expresión de disgusto de George y sintió ansiedad y contricción.

—George, cariño —dijo tendiendo la mano hacia él—. No te preocupes. Todo se arreglará.

Le sonrió valientemente. Estaba mucho más profunda y apasionadamente enamorada de él ahora de lo que había estado antes de entregarse a él... Era muy típico de ella. Pero sus problemas eran muchos. Volvían a aparecer, a pesar de sí misma.

—Y están los niños —dijo abatida—. Ya sabes cómo es Ted. Odia a los niños, pero si intento dejarle, se quedará con Derrick y Anne solo para mortificarme. Y se portaría fatal con ellos. Sé que lo haría. Yo no podría ni querría dejarles con él.

Le temblaban los labios, pero George no encontró una palabra de consuelo para ella en aquellos momentos.

—Es verdad —dijo tristemente—. Conocía bastante la ley como para estar seguro de que cualquier mujer que abandonase voluntariamente a su marido se vería obligada a entregarle los hijos al marido que tenía el hogar abierto para ella de forma ostensible. Y odiaba la simple idea de que Derrick y Anne estuviesen a merced de Grainger. Apretó la mandíbula e intentó pensar con claridad en el futuro. La idea del divorcio le parecía menos atractiva cuanto más la pensaba. Grainger tenía mal carácter y era vengativo, como sabía muy bien. George preveía no solo perder su trabajo, sino verse enfrentado también a costes legales; y tenía la vaga idea de que un

marido ofendido podía reclamar no solo los costes, sino también daños al demandado. Si se podía hacer, seguro que Grainger lo haría. No descansaría hasta que Ely quedase completamente arruinado, hasta que tuviese que mendigar por las calles, y Marjorie también, y ambos atormentados por la idea de lo que les podía estar pasando a los niños.

—Solo tenemos hasta mañana —dijo Marjorie, a su lado—. Tendré que volver con él mañana. ¡Ay, no, no puedo, no quiero!

La simple idea le volvía medio loco.

—Yo tampoco quiero que lo hagas —dijo desesperado—. No quiero que lo hagas.

Marjorie era la más práctica de los dos, al menos de momento. Su mente buscaba una solución a sus dificultades.

—Querido —dijo. Existía la débil posibilidad de que pudiera haber una respuesta adecuada—. ¿Tienes dinero?

—No —dijo George amargamente—. Saqué todo lo que tenía para pagar el coche. Sacaré veinte libras, sin embargo, cuando lo vuelva a vender.

—Veinte libras no es mucho —dijo Marjorie—. Y yo no tengo nada. El dinero de la casa está casi gastado. Tendré que dejar algunas facturas sin pagar durante una semana, cuando vuelva.

Era extraño cómo salieron las últimas palabras de su boca, inesperadamente. Para la mayoría de las personas (no para George) habrían constituido una prueba de que Marjorie se estaba resignando a la idea de volver a casa. En realidad, la explicación se encontraba en que dejar a su marido era un paso tan tremendo que Marjorie no podía pensar en nada sin suponer que no lo había hecho.

Se quedaron sentados el uno junto al otro a la luz del sol, con la escollera a su espalda. A su alrededor había muchos veraneantes, el grupo más cercano a menos de cinco metros. Los niños corrían, reían y gritaban. Muy lejos, donde el mar distante, en el punto más bajo de la marea, rompía débilmente en los bajíos, se encontraban grupos de bañistas que chillaban. Una gaviota dio la vuelta por encima de sus cabezas, magnífica y blanca, recortada contra el cielo azul. Para un observador casual, George, con la camisa abierta y pantalones de franela gris, y Marjorie, con su vestido de verano, no parecían distintos de los centenares de veraneantes que formaban pareja, quizá discutiendo el precio del pescado, o la película que habían visto la noche anterior. La vida y la muerte dependían de sus palabras.

Marjorie estaba sentada con la mano en el corazón. Para ella, el azul y oro de sus alrededores era monótono y estaba teñido de gris. El primero de sus problemas volvía a su conciencia ahora con fuerza renovada. Durante un tiempo casi se había olvidado, con la emoción de tener un amante. Su marido era un asesino, el asesino y seductor de su propia hermana. Ese hecho atroz era mucho más atroz ahora, si cabe. Se erguía ante ella como un iceberg ante un transatlántico. El terror más absoluto se apoderó de

ella. Se encogía ante unas circunstancias demasiado poderosas para que ella se enfrentase durante un solo momento, como Gulliver en garras de los gigantes. El terror y la autocompasión la vencieron. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y bajaron a raudales por sus mejillas. La sacudían los sollozos, sentada allí con la espalda contra la escollera. Cualquier observador podría suponer ahora que estaba presenciando una pelea entre enamorados.

Los sollozos trajeron de nuevo a Ely a la conciencia, sentado como estaba mirando tristemente hacia la playa.

—¡Pero cariño! —dijo volviéndose hacia ella—. No llores, corazón. No llores. Todo se arreglará al final. De verdad que sí. Te lo juro. Cariño, es que no puedo soportar verte llorar...

Tendió los brazos y ella se apretó contra él, y él la besó rápida y furtivamente en los labios y en las mejillas húmedas. Las lágrimas de ella le supieron saladas... incluso en aquellos momentos lo notó.

—Dime que me quieres, cariño —gemía Marjorie.

—Te quiero, amor mío. Más que a nada en el mundo.

—Pase lo que pase, ¿me seguirás queriendo?

—Pues claro, claro que sí. Pase lo que pase.

Se besaron otra vez, precipitadamente, y luego se separaron al recordar que el lugar en el que se encontraban era público. Cualquiera podía suponer ahora que los amantes se habían reconciliado de nuevo, pero si esa hubiese sido la hipótesis que sostenían, se habrían sentido muy sorprendidos al ver la relación que Derrick tenía con ellos, cuando el pequeño se les acercó corriendo.

—¡Mamá! ¡Tío! ¡Venid a ver lo que ha hecho Anne! ¡Venid a ver! ¿Podremos tomarnos el helado ahora?

Le siguieron por la playa mientras el niño iba retozando y correteando ante ellos. Anne estaba dando los últimos toques a un enorme palacio rococó, muy sofisticado, con almenas, rampas y alas. Algas, conchas y guijarros habían contribuido a su decoración. Incluso había una banderita de papel ondeando tiesamente en un asta, en la torre. Anne contemplaba el efecto conjunto con una mirada ausente, la mirada de una artista creativa que acaba de salir de sus sueños.

—¡Precioso! —dijo Marjorie. Ya era como una segunda naturaleza para ella, después de ocho años de maternidad, adoptar aquel tono alegre cuando hablaba con los niños, por mucho que estuviera sufriendo—. ¿Lo habéis hecho todo vosotros solos?

—¡Sí! —chilló Derrick.

—Claro que sí —dijo Anne—. Bueno, Derrick en realidad no ha hecho mucho.

—¡He hecho el montón! —se quejó Derrick.

—Creo que es increíble y maravilloso —afirmó Marjorie—. Qué bonitas quedan

esas conchas a los lados...

—Las ha encontrado Derrick —dijo Anne con toda honradez.

—¿Podemos tomarnos el helado ahora? —gritó Derrick brincando salvajemente y agitando su pala.

—¿Podemos, mami? —preguntó Anne.

La ansiedad de su tono se debía al deseo de obtener aquella clara prueba de su talento más que a la glotonería.

—Pues supongo que sí —dijo Marjorie, impotente, con una mirada de soslayo a George.

—Ah, sí, por supuesto —dijo George. No tenía tanta práctica como Marjorie a la hora de dominar sus emociones en presencia de los niños, pero lo hizo por ella, y apreciando bien sus motivos—. Vamos, niños. ¿A qué café vamos, al Beach o al Willow Pattern?

Se dirigieron de nuevo a la playa atestada y se abrieron camino entre los grupos de gente sentada. Marjorie miraba a los niños que corrían por delante de ellos, Derrick gordezuelo y macizo con su traje de baño, Anne, etérea, más que delgada, bajo la luz de aquel sol, graciosa con su vestidito corto, brazos y piernas bronceados con un tono dorado. Durante un momento Marjorie volvió a la discusión que la llegada de Derrick había interrumpido.

—No podría dejarlos, ¿verdad? —dijo, suplicante, mientras levantaba los ojos hacia el rostro de George y le ponía la mano en el brazo.

George negó con la cabeza.

—No —dijo—. No puedes dejarlos, cariño. No lo consentiría. Ya pensaremos en algo, cariño.

Sin embargo, durante el resto de aquel día de pesadilla, la pregunta ¿qué vamos a hacer?, surgía de vez en cuando. Marjorie se la hizo a sí misma otra vez frenéticamente, por la tarde. Se había encontrado sin saber cómo sola en la cocina con Ely, y se habían besado los dos como locos, casi hasta el desmayo, pero cuando pasaron aquellos segundos de locura, Marjorie se apartó de Ely medio metro y dijo:

—¿Qué vamos a hacer?

El pánico se reflejaba en sus ojos y su voz. Era consciente ahora del paso de las horas, como un criminal condenado. Al día siguiente debía volver con Ted; las manecillas del reloj parecían viajar más rápido de lo habitual.

Aquella misma tarde se le ocurrió otra idea.

—Llévate a los niños por la carretera —susurró con urgencia a Ely—. Cómprales algún dulce... cualquier cosa. Por favor, cariño.

Entonces, cuando se quedó a solas con su madre, le pidió ayuda. Era como un animal atrapado en un cobertizo, corriendo a cada esquina por turno, en una vana búsqueda de una oportunidad de escapar.

—Madre —dijo, sin aliento—, no quiero volver a casa mañana.

Su madre había elegido el rincón más sombreado de la veranda, y estaba sacando la labor de punto de su bolsa. Necesariamente tuvo que apartar la cara mientras lo hacía. Pasaron unos segundos antes de que se volviera a incorporar de nuevo, y dispuso sus agujas con lo que a Marjorie le pareció una lentitud enloquecedora antes de hablar.

—No me sorprende —dijo con tranquilidad—. Estas son las mejores vacaciones que hemos pasado jamás, creo. Pero todo el mundo tiene que trabajar, ya lo sabes, querida. La vida no puede ser unas largas vacaciones.

Era exasperante que la malinterpretaran a una de esa manera.

—No quería decir eso —dijo Marjorie—. Me importan un rábano las vacaciones. Lo que quiero decir es que no quiero volver a vivir con Ted. Nunca más.

El rostro que la señora Clair levantó de su labor de punto adoptó convincentemente la expresión de sorpresa que estaba preparada para adoptar desde que George se llevó a los niños.

—¡Pero querida! —exclamó—. ¿Qué quieres decir?

—Lo que digo, madre. No quiero volver con Ted. No puedo. Ayúdame, madre.

La señora Clair ya estaba preparada para aquello. Los días y noches solitarios que había pasado aquellas vacaciones le habían ayudado a decidirse y sabía ya lo que quería. Privar a Ted de Marjorie, privarle de la posesión de los niños, no bastaría.

—Marjorie, cariño —dijo—. Me sorprendes mucho. ¿Dejar a tu marido? ¿Para qué? No veo cómo puedo ayudarte yo en eso.

—Por Dot, madre. Y ya sabes todo lo demás. Pero no puedes esperar que vuelva con él después de lo que le hizo a Dot.

—Verdaderamente, querida, no sé de qué me estás hablando. ¿Qué tiene que ver la pobrecita Dot con todo esto? ¿Y qué es «todo lo demás»?

Marjorie fue consciente con enorme conmoción entonces de que había malinterpretado a su madre aquel día, cuando Derrick dijo lo que dijo. Su madre no sospechaba lo de Ted y Dot, después de todo. No le resultaba especialmente sorprendente, ahora que lo pensaba. Su pobre e inocente madre, a cobijo del mundo, era incapaz de suponer la maldad que la rodeaba. Marjorie sintió que no podía explicárselo... que en realidad sería una tarea inútil intentarlo. Ella era la única que había captado el secreto. En ese caso, sería también inútil buscar la ayuda de su madre para dejar a Ted... Su madre sería la última persona de toda la tierra que animase a una esposa a separarse de su marido. La cabeza le daba vueltas a Marjorie. Estaba exhausta por la tensión emocional.

—Pero madre... —dijo con creciente desesperación—. No lo entiendes.

—Desde luego que no lo entiendo —dijo su madre, muy remilgada—. Intento no tener unas ideas demasiado anticuadas, pero creo que el lugar de una mujer está al

lado de su marido, a menos que haya una buena razón que aconseje lo contrario. Querida, espero que no hayas dejado que tus ideas con respecto al señor Ely hayan ido demasiado lejos... Es un joven muy agradable. No habrás hecho nada malo ni alocado, ¿no?

—No, madre —dijo Marjorie con auténtico pánico. Admitir algo semejante, lo veía ahora claramente, sería perder la esperanza de toda posible ayuda por parte de su madre. Tenía que haberlo supuesto antes... y, sin embargo, contra todo juicio, había anhelado que su madre sintiera simpatía hacia ella y George—. ¡Cómo iba a hacer algo semejante!

—Ya sabía que tú no serías capaz, querida —dijo su madre—. Pero has hablado de una forma tan alocada que he sentido miedo, no fuera que... pero no debemos hablar de ello. Espero que no me vuelvas a hablar de esa locura de no volver con Ted. Espero que sea porque no quieres que acaben estas vacaciones. En cuanto vuelvas y empieces de nuevo a llevar la casa serás mucho más feliz. Inténtalo, querida, y verás.

—Sí, madre —dijo Marjorie.

—Todos los hombres son un poco difíciles a veces —dijo su madre, como si aquella observación proviniera del núcleo más profundo de su sabiduría—. Hasta tu querido padre lo fue en alguna ocasión.

—Sí, madre —dijo Marjorie.

Otra de las pocas y fugaces horas que le quedaban había pasado ya. Miró incrédula el reloj, y su madre siguió su mirada.

—El tiempo pasa —dijo su madre—. Creo que deberíamos empezar a hacer las maletas antes de que vuelvan los niños.

Las circunstancias parecían empujar a Marjorie hacia delante, como un reo que se ve empujado hacia el cadalso desde la celda de los condenados por los guardias que le rodean. Hacer el equipaje, preparar el té, lavarse, bañar a los niños... otra enorme parte del día corría hacia su fin para desesperación de Marjorie.

—¿Vais a salir los dos para dar un último paseo esta noche? —preguntó su madre—. Yo lo haría, en vuestro lugar.

Salieron en el coche hacia los bosques donde se habían besado por primera vez, pero cuando llegaron a aquel lugar no se quedaron en el coche, ni se sentaron en el tocón donde habían contemplado la puesta de sol. Sin hablar siquiera, ambos se adentraron mucho más en el bosque, fuera de la vista del camino, y allí Marjorie se volvió y se arrojó, medio sollozando, en brazos de Ely, y él la agarró con ansia.

Ely, como se podía sospechar por la forma esperanzada en la que había hablado del divorcio, no era del tipo de jóvenes que consiguen los favores de una mujer casada agradecidos por haber encontrado esa solución al eterno dilema de evitar tanto el celibato como el matrimonio. Estaba perdidamente enamorado de ella. Nunca se le había ocurrido que pudiera mantener una intriga conveniente con Marjorie en el

futuro. No había pensado en nada salvo en su loca pasión por ella. Había pasado todo el día con ella sin que se le concediera nada más que un apretón de manos. El recuerdo de la noche anterior le ponía frenético; estaba enfermo y loco de deseo, y el bosque parecía girar a su alrededor mientras la sujetaba contra sí, con mucha vehemencia. Todos los planes que había hecho Marjorie mientras estaba sentada a su lado en el coche para que pudieran discutir realmente el futuro con cordura se fueron por la borda. Se besaron y susurraron hasta que la penumbra dio paso casi a la noche, antes de que Marjorie fuese capaz de hacerse la pregunta que ya había hecho otra vez aquel mismo día:

—Cariño, ¿qué vamos a hacer?

La pregunta pinchó la burbuja del éxtasis de Ely, ya tensa hasta el punto de ruptura por lo que acababa de ocurrir.

—Pues no lo sé —dijo melancólico. Las ramas entrelazadas por encima de sus cabezas destacaban negras contra el cielo pálido.

—Dime que me quieres, cariño —dijo Marjorie con urgencia. La melancolía que se reflejaba en su voz había despertado un nuevo temor dentro de ella.

—Sí, te quiero, te quiero, amor mío —dijo Ely.

—Temía que no fuera así. Pensaba que podías estar... enfadado conmigo —se quejó Marjorie.

—¡Pues claro que no! —dijo Ely horrorizado—. ¿Cómo iba a estarlo, cariño?

—Ah...

Entonces apareció un nuevo temor.

—Prométeme, cariño —dijo Marjorie—, que si un día te das cuenta de que ya no me quieres, me lo dirás. ¿De acuerdo, cariño? No fingirás, ¿verdad?

—Amor mío —dijo Ely—. Te querré siempre.

Pasaron dos o tres minutos más antes de que volviera a surgir la pregunta.

—¿Qué vamos a hacer?

—No sé qué podemos hacer ahora mismo —dijo Ely.

—Mi madre parece que da por sentado que voy a volver a casa mañana. Y... y... no puedo ir a ningún otro sitio, a ninguno.

—Eso es verdad —dijo Ely.

—¿Tú quieres que yo vuelva con Ted? —preguntó Marjorie.

Era la primera vez que ante Ely, con su sencillez, se presentaba aquel aspecto de la cuestión con claridad. No se le había ocurrido antes pensar en el día siguiente por la noche, pero ahora se sentía horrorizado. Años de contacto cercano con Grainger en el despacho le habían mostrado muy bien lo que ocurriría con toda seguridad al día siguiente, cuando Grainger recibiera a su mujer en casa después de una ausencia de tres semanas. Notó que los celos le envolvían como una llamarada.

—Querrá que duerma con él —dijo Marjorie luchando desesperadamente ahora

por decir todo lo que tenía que decir.

Ely la agarró con fuerza hasta casi hacerle daño, como si mediante la simple fuerza física pudiera mantenerla lejos de los asaltos de Grainger.

—No puedes —tartamudeó—. ¡No debes!

Marjorie veía la angustia en su rostro con aquella débil iluminación. Incluso en medio de la intensidad de aquel momento, sintió un leve pinchazo de placer. Ted nunca había sido así. Ted era dominante, posesivo, autoritario. Años atrás le quiso, aunque no era capaz de admitir ese hecho ante ella misma ahora, pero incluso en los tiempos en que le quería era consciente de que ella significaba menos para él que él para ella. Quizá alguna vez pudo irritarle, pero nunca le hizo daño, no como a este pobre chico de mirada torturada que temblaba entre sus brazos.

También a ella le dolía, insoportablemente, verle de aquella manera. Sentía que podía hacer cualquier cosa, prometerle cualquier cosa con tal de consolarle. Su amor y su ternura se redoblaron; estaba en su naturaleza devolver amor por amor.

—Cariño —dijo—, no te preocupes tanto, por favor, querido.

Pero la imaginación sobreexcitada de Ely todavía estaba representándose a Marjorie en los brazos de Grainger. No hubo relajación alguna en el crudo sufrimiento de su expresión.

—¡Cariño! —gimió Marjorie de nuevo—. No, por favor, no te preocupes. Todo irá bien. Yo me ocuparé de que todo salga bien, cariño.

Para concluir la tensión le prometería algo. Y entre los brazos de Ely, en aquella oscuridad cómoda, con los árboles susurrando solemnemente por encima de ellos, era fácil hacer promesas sin tener en cuenta si podría cumplirlas algún día o no.

—No dormiré con él. No le dejaré —dijo.

A ella, en aquel momento, le pareció bastante fácil. Sería capaz de apartar a Ted durante un tiempo. Estaría dentro de sus posibilidades hacerlo, al menos durante unos días. Después tendría que ser capaz de inducir a Ted a escucharle y razonar. En cualquier caso, tendría unos pocos días de tiempo, y en la urgencia de aquella crisis ganar unos pocos días significaba mucho para ella. «Mañana» era algo inminente. «La semana que viene», no. Se sintió gratificada al ver que la expresión de George se animaba.

—¿De verdad? —dijo él—. ¿Crees que todo irá bien?

—Pues claro que sí —dijo ella, decidida.

—No quiero que te haga infeliz, cariño.

—No lo conseguirá. No mientras tú me quieras.

Si Ely pensó en algo fue en el sentido de que Marjorie y su marido llevaban casados casi diez años, y habían llegado por consecuencia a una fase de su relación casi incomprensible para él, que había perdido la virginidad hacía solo veinticuatro horas. Estaba dispuesto a creer cualquier cosa que le contase Marjorie en ese sentido.

La atrajo de nuevo hacia él y la besó otra vez, y ella desgranó un montón de absurdas y exaltadas promesas.

Nunca permitiría que Ted le pusiese ni un dedo encima. En lo referente a ella, Ted podía ser célibe a partir de entonces, aunque a ella no le importaba lo que hiciera fuera de casa... cuantas más aventuras tuviese, más contenta estaría ella. Iba a mantenerse pura para George. Era toda suya, y solo suya. Todo aquello no parecía solo posible, sino fácil, en aquel momento absurdo.

Y en Marjorie residía la iniciativa, la dirección del asunto... si se podía decir que aquello llevaba alguna dirección. Ella había pensado hablarle a George de sus sospechas con respecto a Ted y a Dot, pero ahora evitaba hacerlo. No haría ningún bien, porque habían acordado que no se podía hacer nada, y decírselo a George no alteraría ese hecho. Y podía hacer mucho daño: George se sentiría terriblemente preocupado al pensar que ella pudiera vivir con un asesino. No podría soportar que él se preocupara. Prefería continuar soportando ella sola la carga de su conocimiento, sin compartirla. Peor aún: George podía negarse a creerla, pensar que estaba loca, incluso posiblemente dejar de amarla, y por nada del mundo quería arriesgarse a semejante cosa. Disponía de cuatro o cinco días. Al menos podía evitar decírselo hasta entonces, y así lo haría.

Volvieron por las oscuras carreteras que conducían a The Guardhouse más tranquilos y más felices de lo que habían estado durante el día. La señora Clair, mirándoles con intensidad cuando entraron y parpadeando con la luz, se sintió muy extrañada al ver la expresión de sus caras. No conseguía adivinar qué decisión habían tomado, si es que lo habían hecho. Pero podía permitirse esperar y ver cuál era el resultado del asunto.

En todos los aspectos, excepto el buen tiempo ininterrumpido, el sábado fue un día horrible. A primera hora de la mañana, Marjorie y la señora Clair tuvieron que levantarse y completar el equipaje, y luego dejar la casa en buen orden. Otra familia se trasladaría allí aquella misma tarde, y el resultado de sus esfuerzos recibiría la inspección detallada de otra ama de casa que podía criticarles sin verse restringida por su presencia. Aunque nunca oyeran lo que pensaban de ellas los recién llegados, no podían soportar la idea de que las considerasen unas desaliñadas. Había que limpiarlo todo, quitar el polvo, pulirlo, había que tomar decisiones con respecto a la colada que quedaba por hacer, había que abordar al lechero y pagarle, había que hacer inventario con el conserje y llegar a un acuerdo con respecto a las roturas y devolverle las llaves, y el equipaje (que, incomprensiblemente, parecía haber doblado su volumen desde que llegaron) había que embarcarlo en el coche.

Cuando llegó el momento en que Marjorie tomó asiento junto a George, ya estaba muy fatigada. El viaje hasta Londres no supuso ningún descanso para ella, puesto que Derrick, con una falta de consideración absoluta, eligió precisamente aquel día para marearse en el coche. Casi consiguió que Marjorie se marease también. Ted estaba de pie ante la cancela, bajo el cálido sol de mediodía, cuando al final el coche aparcó junto al número 77 de Harrison Way. Marjorie salió del coche muy tiesa y dejó a Derrick, que llevaba la última parte del viaje sentado en sus rodillas, en el suelo. Intentó saludar a Ted de una manera que le satisficiera a él y no despertara los celos de George.

El sol calentaba con fuerza, la carretera estaba polvorienta, el pequeño jardín delantero, con sus pocas plantas sin ambiciones, parecía descuidado y abandonado. La casa también tenía un aspecto abandonado y raído, y la pintura se descascarillaba en la cancela en la que se apoyaba Ted.

—Hola, chicote —dijo Ted a Derrick.

A Marjorie le pareció que oía su voz por primera vez; le sonaba extraña y poco armoniosa. Derrick se echó atrás tímidamente. Habían pasado semanas desde la última vez que vio a su padre, y nadie se había tomado la molestia de que siguiera

familiarizado con su recuerdo. Los otros se esforzaron por bajar del coche y se aproximaron a la cancela, cargados de paquetes. Marjorie vio moverse la cortina delantera del número 69 y supo que la señora Posket estaba observando su llegada.

—Buenos días, señor Grainger —dijo Ely. Hizo todo lo posible por hablar con naturalidad, pero era consciente de la extrañeza del momento.

—Buenas tardes —dijo Ted.

Eso le dijo a Marjorie que Ted esperaba que se le sirviese la comida de inmediato, que estaba hambriento y que consideraba que habían llegado demasiado tarde.

—¿Hay algo de comer en casa, Ted? —le preguntó ella apresuradamente.

—Un poquito de pan de hace tres días —dijo Ted—. Nada más.

—Tendré que ir corriendo a la tienda y comprar algo, entonces —dijo Marjorie.

—Sí, creo que sí —afirmó Ted.

—Yo puedo llevarla en el coche, Marjorie —intervino Ely, volviendo después de haber apilado el equipaje ante la puerta de entrada—. A la señora Clair no le importará.

—Quizás a ella no, pero a mí sí —dijo Ted—. La «señora Grainger» es perfectamente capaz de ir sola. Yo preferiría que los propietarios de la tienda no la vieran llegar en un coche con un hombre joven.

El hincapié que hizo en las palabras «señora Grainger» demostraban que Ted se había dado cuenta y desaprobaba el uso del nombre de pila de su mujer por parte de Ely.

—Ah, no, ya iré andando, no me importa —dijo Marjorie—. No me costará ni un minuto. Será mejor que se vaya usted a casa con mi madre, señor Ely.

Intentaba parecer animosa, a pesar de la melancolía que se estaba abatiendo sobre ella, y despreocupada, a pesar de la evidente tensión, intentando transmitir a George que no debía ofenderse por lo que dijera Ted, diciéndole con su tono que ella todavía le amaba, aunque la prudencia dictaba que le llamase «señor Ely», y haciéndole pensar al mismo tiempo a Ted que George no la trataba con más confianza ahora que al principio de las vacaciones. George dudó un poco aún, pero Marjorie le tendió la mano y puso fin a la escena.

—Adiós, señor Ely —dijo—. Muchas gracias por todo lo que ha hecho por nosotros. No sé cómo nos las habríamos arreglado sin usted. Espero que haya disfrutado también de sus vacaciones.

—Adiós —dijo George, y al meterse en el coche, cerró la portezuela un poco demasiado fuerte.

—Adiós, madre. Nos veremos pronto —dijo Marjorie intentando mostrarse alegre.

El coche arrancó raspando las marchas como de costumbre. Marjorie no tuvo tiempo para mirarlo con nostalgia.

—Chicos, venid conmigo a las tiendas —siguió diciendo—. Os sentará bien después de estar tanto rato sentados en el coche.

—No quiero —gimió Derrick.

—Ven inmediatamente —ordenó Marjorie. Cogió la mano de Derrick y la de Anne y salieron corriendo. Ambos estaban hambrientos y enfadados, y las apresuradas compras de Marjorie en Simon Street resultaron una fatigosa prueba. Cuando volvieron a casa de nuevo, el equipaje estaba todavía amontonado en la entrada. Al parecer, Ted había entrado sin molestarse en meterlo. Marjorie abrió la puerta con su llave a toda prisa y puso a trabajar a los niños, que metieron los paquetes en el vestíbulo mientras ella corría a la cocina a preparar la comida. Desde el salón llegaba el sonido del altavoz. Ted estaba escuchando Radio Normandie como era su costumbre los sábados.

La cocina ofrecía un aspecto horripilante; la pequeña habitación anexa estaba todavía peor. Había suciedad y objetos revueltos por todas partes, vajilla sucia, platos sucios. Marjorie echó un vistazo al aparador, que tan ordenado había dejado tres semanas antes. Ahora estaba completamente vacío: todas y cada una de las piezas de vajilla de la casa estaban sucias y amontonadas en el fregadero de la cocina. Había colillas de cigarrillo en el suelo, el fregadero apestaba y una rápida investigación le reveló que el desagüe estaba obstruido.

Marjorie casi se echó a llorar. Luego, con un esfuerzo decidido, se rehízo y se enfrentó a la tarea que le esperaba. Recordó su atrevida promesa a George. No iba a permitir que la vuelta a su antigua vida la preocupara en absoluto.

La tetera pequeña estaba sucia (parecía que habían cocinado algo en ella) pero la grande estaba limpia. La llenó y encendió el gas debajo de ella. El horno tenía incrustaciones de porquería negra, pero eso podía esperar. Luego ella se atareó por la cocina, arreglando el desorden. En la mesa había un mantel que una vez fue blanco, pero ahora ostentaba unos aros negros por haber colocado encima ollas y sartenes, y un lago amarillo de huevo derramado. Lo quitó, puso uno limpio, lavó los platos suficientes para la comida y puso la mesa. Pasaron solo veinte minutos hasta que la cocina estuvo lo suficientemente respetable en la superficie, y la comida estuvo ya preparada y lista.

—¡Huevos! —dijo Derrick con satisfacción. En aquel momento prefería los huevos pasados por agua a cualquier otro alimento, consumiéndolos mediante el procedimiento de meter en su interior «dedos» de pan y mantequilla.

—¿Huevos pasados por agua? —dijo Ted con evidente descontento—. Maldita sea, Madge, juraría también que esta cabeza de jabalí es de Marshall. ¿No se te ha ocurrido pensar que llevo las tres últimas semanas subsistiendo a base de cabeza de jabalí de Marshall y huevos?

—No he tenido tiempo para preparar nada más —dijo Marjorie—. Son las dos y

media.

—Vaya comida de sábado para un hombre —dijo Ted.

Marjorie se mantuvo peligrosamente calmada. Miró a Ted, que golpeaba con desagrado su huevo con la superficie convexa de su cucharilla, y experimentó una oleada de pura satisfacción cuando pensó en los besos de George de la noche anterior. Era una venganza muy agradable; nada de lo que Ted dijese o hiciese podía afligirla teniendo aquellos pensamientos para consolarse.

En el momento en que se acabó la comida y Ted se hubo retirado con su última taza de té fuerte al salón para seguir escuchando la radio, las actividades de Marjorie empezaron de nuevo. Tuvo que empezar por fregar toda la cocina (no podía soportar dejarla así ni un momento más) y luego completar el lavado de los platos, y frotar las sartenes (había al menos dos completamente estropeadas, sin remedio posible), antes de empezar con el resto de la casa. Trabajaba como una esclava con aquel calor asfixiante. Vestíbulo, comedor, dormitorio, todo se encontraba en un estado de gran suciedad y abandono. No miró en el salón donde se encontraba Ted; ya podía adivinar que se encontraría en un estado peor que cualquier otra habitación, y no tenía tiempo para ocuparse de él ni el deseo de arriesgarse a tener problemas al hacer que Ted se levantara de su butaca.

Para mantener a los niños tranquilos y que no molestaran tuvo que hacer la concesión que siempre dudaba en hacer: darles permiso para jugar en el callejón que se encontraba entre el final del jardín y el ferrocarril, desde el cual podían ver pasar los trenes por la zanja poco honda. Afortunadamente, los niños no causaban problemas; estaban felices y ocupados en la inspección de su antiguo territorio de juegos, y comprobando los cambios que habían ocurrido durante su ausencia. Y Anne ayudó muchísimo cuando llegó la hora de tomar el té, dejándolo todo casi preparado para comer.

A las seis y media Marjorie se daba casi por satisfecha. Tenía el dormitorio ya preparado para dormir, y las camas dispuestas para echarse en ellas. Llamó a los niños para acostarlos, y en el vestíbulo se encontró a Ted que cogía el sombrero de su percha.

—No irás a salir, ¿verdad, Ted? —se aventuró a preguntar.

—Claro. Es sábado por la noche. Llegaré tarde.

Los sábados por la noche los pasaba siempre en el bar con un grupo de amigos.

—Pero tengo que salir... —dijo Marjorie, sin comprender—. Tengo que hacer todas las compras del fin de semana. No hay nada para comer en casa. Ni una sola cosa.

—En eso no puedo ayudarte —dijo Ted—. No pienso quedarme en casa un sábado por la noche, ni por ti ni por nadie. Tendrías que haber ido a comprar esta tarde.

—Pero Ted...

—Todo el día trasteando por la casa, dejándolo todo para el último minuto. Típico de una mujer. No puedo quedarme aquí discutiendo contigo toda la noche.

Y se fue, dejando a Marjorie contemplando con consternación la perspectiva de recorrer las tiendas atestadas el sábado por la noche con dos niños enfadados, mucho después de su hora de dormir. La salvaron unos golpecitos suaves en la puerta.

—¡Madre! —exclamó con auténtico deleite mientras abría.

—He pensado pasarme un momento para ver si estabas bien —dijo su madre.

Atravesó el salón y se detuvo abruptamente al ver el desorden que reinaba allí.

—No he tenido tiempo de hacer esta habitación —dijo Marjorie a toda prisa.

—Es normal. ¿Has ido a comprar?

—No he podido tampoco.

Los labios de Marjorie temblaban.

—Bueno, ponte el sombrero y corre a comprar. Yo acostaré a los niños.

Fue de gran ayuda. Cuando Marjorie volvió, ya oscureciendo, cargada con los innumerables paquetes necesarios para equipar la casa con todos los artículos necesarios, encontró que su madre también había trabajado mucho. No solo había metido a los niños en la cama, sino que también había arreglado el salón. Había limpiado y quitado el polvo, había sacado y sacudido la alfombra y un agradable olor a pulimento de muebles flotaba en el aire.

—Se me ha ocurrido hacerlo —dijo su madre como disculpándose—. No tenía nada más que hacer, una vez metidos los niños en la cama.

Marjorie intentó darle las gracias, pero no fue fácil. Estaba demasiado cansada.

—Bien —dijo su madre—. Me voy a casa otra vez. El señor Ely me ha dicho que no sabía si se quedaría a cenar o no.

Esas últimas palabras descompusieron a Marjorie. Se preguntaba qué estaría haciendo George. Con un pequeño pinchazo de celos, se encontró pasando lista mentalmente a los posibles lugares donde George podía haber ido a cenar. Eso la intranquilizó. Se despidió de su madre abruptamente, siendo consciente de que lo hacía y lamentándolo al mismo tiempo, y cuando volvió al salón y se derrumbó en una silla no experimentó el delicioso descanso que había previsto, sino que se quedó sentada muy tiesa, con los nervios de punta y al borde de las lágrimas. Luego algo se introdujo someramente en su conciencia, como un sonido que se oye cuando uno dormita. Se puso tensa un momento, y volvió a oírlo. Alguien estaba silbando, de eso no quedaba la menor duda, en el callejón que se encontraba al final del jardín. Era una llamada de tres notas que hacía silbar a George en la playa cuando intentaba atraer la atención de Anne. Su fatiga y su infelicidad quedaron olvidadas. Encendió la luz del salón, abrió las puertas ventana y se escabulló hacia la cancela de madera del jardín. Era George, sí. Abrió torpemente la cancela y cayó entre sus brazos.

Más tarde tuvo un momento de prudencia.

—Entra en el jardín —susurró—. Puede venir alguien.

Se besaron de nuevo en el jardín, en la oscuridad, bajo el saúco.

—Cariño —susurró ella—. No pensaba que vendrías esta noche.

Él se mostraba más dominante aquella noche, más experto como amante. Buscó en la oscuridad la barbilla de ella, levantó su cara hacia la de él, y volvió a besarla.

—¿Dónde está Grainger? —preguntó.

—¿Ted? Ah, ha salido. Siempre sale los sábados por la noche.

Los brazos de George eran muy fuertes y muy firmes en torno a ella.

—¿Se ha portado bien contigo?

—Oh, George, ha sido horrible. Asqueroso.

Notó que los brazos de George se ponían rígidos, y una ansiedad aguda en su siguiente pregunta.

—¿Qué ha hecho?

—Ah, ha dejado la casa muy sucia, no ha hecho nada para ayudarme y encima se ha quejado. Si mi madre no hubiese venido no sé cómo habría podido siquiera salir a comprar.

Marjorie notó que los brazos de George se relajaban otra vez. Los problemas que resultaban tan grandes en su mente no parecían tan importantes en la de él, aunque se mostraba comprensivo.

—¿Nada más? —le preguntó.

—Oh, no. Nada de eso. Claro que no. No se lo permitiría.

—¿Estás segura?

Durante aquella tarde de soledad y reacción habían atormentado a Ely todo tipo de dudas y temores.

—Sí, claro que sí, cariño.

Los labios de ella buscaron los de él en la oscuridad. Ella no quería que siguiera con aquel interrogatorio.

—Entremos —dijo él, más tarde.

—¡Oh!

Ella no había pensado en aquello; quizá nunca se le hubiese ocurrido, de no sugerirlo él. A la orilla del mar era una cosa, pero allí, en la casa donde vivía con Ted, era algo muy distinto. Momentáneamente le pareció que estaba mal. Le pareció peligroso. Sin embargo, era seguro... Ted nunca volvía a casa los sábados por la noche hasta que cerraban los bares, y para eso faltaba al menos una hora y media.

—No me lo pidas, cariño —dijo ella débilmente—. No. No.

Ely no se lo volvió a pedir, al menos no con palabras, ni tampoco fue lo bastante sutil como para planear o prever el hecho que no hubiera necesidad alguna de pedirlo. Estaba de nuevo ebrio de deseo por la dulzura complaciente de ella, y ella se apretó

contra él, ofreciéndosele... Ted le había enseñado a besar de aquella manera, hacía años, y ahora para ella era completamente natural. Sus pechos, con los que había amamantado a Derrick y Anne, estaban extrañamente sensibles aquella noche bajo el contacto de George. Notaba las rodillas flojas, mientras iba añadiendo fuego a la pasión de él. Desfalleció entre sus brazos. George tuvo que llevarla medio a rastras cuando fueron recorriendo el sendero del jardín. La puerta ventana estaba abierta para recibirles cuando se abrieron camino hacia la gran oscuridad del salón. Sin embargo, en el silencio, algún torbellino disperso de la atención de Marjorie captó el tictac del reloj que estaba sobre la chimenea, y se dijo a sí misma que su madre debió de haberle dado cuerda de nuevo cuando arregló la habitación. El tictac desapareció abruptamente de nuevo de la conciencia de Marjorie, junto con el olor a pulimento de muebles, junto con el temor de un regreso temprano de Ted, mientras las manos de George la buscaban de nuevo en la oscuridad.

El tictac del reloj la despertó de nuevo mucho después.

—Cariño —susurró ella—. Debes irte ya. Ted volverá pronto.

George era un amante dulce, no como Ted, que no se preocupaba por ella ni la atendía después de haberse hartado. George todavía tenía besos para ella, y palabras amorosas.

—Te quiero tanto, cariño. Dime que me quieres.

—Te quiero, amor mío. Pero tienes que irte ahora. De verdad.

—No quiero dejarte.

—Y yo no quiero que te vayas. Pero se está haciendo tarde. Dame un beso de despedida, cariño.

Ella le condujo, reticente, hacia la puerta ventana, y casi le empujó hacia afuera, asustada, ahora que todo había terminado, porque en cualquier momento podía oír la llave de Ted en la puerta delantera. George notó el miedo que ella sentía y un gran resentimiento hacia Grainger creció en su interior. Se detuvo junto a la puerta y se volvió hacia ella.

—Querida —susurró ásperamente—, prométeme...

—Ah, vete, por favor, cariño —susurró ella—. Alguien podría oírnos.

El miedo espoleaba su precaución. Ella le dictó más instrucciones entre susurros.

—Cierra la cancela después de salir, despacio. Y procura que nadie te vea salir del jardín. Buenas noches, querido.

Ely salió de puntillas por el sendero del jardín. La cabeza le daba vueltas. Dos veces tropezó y le costó mucho no hacer ningún ruido. Al salir al callejón, una leve y fresca brisa sopló junto a sus oídos, pero no consiguió enfriar lo más mínimo la oscura rabia que sentía hacia Grainger, que pronto volvería a casa y pasaría toda la noche en la cama junto a Marjorie.

Marjorie estaba tan cansada cuando George se fue que apenas sabía lo que estaba haciendo. Hizo un esfuerzo y encendió la luz del salón, y gradualmente sus ojos se acostumbraron a su brillo. Se arregló el pelo mirándose en el espejo que colgaba de la pared (Dot se lo había regalado cuando se casó) y movió los muebles hasta colocarlos bien ordenados. Se dirigió a la cocina, débil, y sacó algo de pan, mantequilla y queso, por si Ted quería cenar algo a su vuelta. A veces lo hacía. Entonces se sentó en el sillón de Ted a esperar su regreso. Se le caían los párpados y se durmió en seguida.

El golpe de la puerta de la calle la despertó de repente. Perpleja y atontada, al principio no se dio cuenta de dónde estaba ni lo que estaba haciendo, porque hacía una docena de años que no se había dormido en un sillón. Vio a Ted de pie, mirándola, e hizo un esfuerzo por ponerse de pie, llena de pánico. En aquel estado de estupidez que la invadía, sentía como si hubiese ocurrido algo que revelase su infidelidad. Se sentía asustada y desprevenida.

—¡La Bella Durmiente! —exclamó Ted, cordialmente, y luego, observando que el color de ella iba y venía, añadió, preocupado—: Eh, ¿qué te pasa, nena?

—Tienes la cena en la cocina —dijo Marjorie, que al final encontró algo que decir.

—No quiero, gracias. Lang y yo hemos comido unas galletas y queso en el Crown. Pero hay algo que sí que quiero.

Y pasó un brazo por detrás de ella antes de que ella pudiera escaparse, y la sujetó junto a él mientras seguía hablando.

—¿Sabes que no me has besado aún? Llevas tres semanas fuera y todavía no has dado ni un solo beso a tu pobre maridito...

Marjorie olía la cerveza en su aliento. Sus sentidos, que se iban recuperando, observaron la expresión de él. Se daba cuenta de que aquella noche él estaba de un humor poco habitual, pero que ya conocía. Se iba a poner sentimental y lacrimógeno.

—Bueno, no te has portado demasiado bien conmigo al llegar a casa —respondió Marjorie con ligereza, apartándose de él—. Has estado muy desagradable.

—Estaba harto —protestó Ted—. Lo he pasado fatal, con los auditores, el trabajo

de casa, y comprar y todo. Creía que estarías ya en casa cuando volviera de la oficina, con la comida lista y todo eso. Como no estabas, me he cansado de esperarte. Y cuando has llegado, me ha cabreado mucho ver a ese jovencuelo de Ely con su coche llamándote «Marjorie». Por eso ha sido. Démonos un beso, mujer.

Intentó atraerla hacia él, pero ella se retorció y se libró de su presa, buscando desesperadamente hacer tiempo.

—No creo que te lo merezcas —dijo.

—Ah, sí, claro que sí, guapa. De verdad que sí. Me he portado de maravilla todo el tiempo que habéis estado fuera.

La butaca que ella tenía detrás le impedía la retirada, y él pudo agarrarla de nuevo. Cuando sus brazos la rodearon ella pensó momentáneamente en los brazos de George a su alrededor, y tembló un poco entre los brazos de su marido. Otro pensamiento de una claridad terrible llegó hasta ella. Aquellos eran los brazos que habían arrastrado el cuerpo desmayado de Dot hacia el horno de gas, y la mano peluda que le acariciaba la mejilla había abierto los grifos del gas y la había matado. Aquello aclaró su cerebro como una ducha fría.

—¡Tesoro! —exclamó Ted—. ¡Mi niña preciosa! Me he sentido muy solo sin ti.

La besó antes de que ella tuviese tiempo de impedirlo, pero en la mejilla, no en los labios, que estaban consagrados a George Ely. Cuando Ted estaba de aquel humor ella podía manejarle mucho más fácilmente que en cualquier otro caso, afortunadamente. Las manos peludas empezaron a acariciarla, aquí y allá. Ella se armó de valor y le miró suplicante.

—Estoy cansadísima —dijo, lastimera—. Había mucho que hacer hoy...

No tuvo que fingir para obtener el efecto que deseaba, porque estaba mortalmente cansada. Su cara exhausta habría fundido un corazón de piedra.

—¿Cansada, cariño? —repitió Ted.

—Muy, muy cansada...;

Se obligó a levantar la mano y acariciarle la cara; en los primeros días de su matrimonio, se había esforzado de una manera similar para tocar la carne cruda, cuando tenía que cortarla para el estofado. Le acarició la cara, apelando con todas las libras de su ser a su lado indulgente y sentimental.

—Vete directamente a la cama, cariño —dijo—. Estaré mejor mañana.

Ted la soltó y ella respiró aliviada.

—Sí, tienes razón, cariño —dijo paciente y magnánimo—. ¿Vienes ya?

—Subiré dentro de un minuto. Aún tengo que hacer un par de cosas.

Ted era como Derrick, en el sentido de que se dormía en cuanto se metía en la cama... a menos que esperase algo de ella. Marjorie perdió un poco de tiempo en el piso de abajo, preparando el desayuno, y cuando subió las escaleras vio que su suposición era correcta. Ted se había dormido ya; ella podía desnudarse y meterse en

la cama a su lado sin despertarle. Mientras acomodaba la almohada a hurtadillas, se le ocurrió que los acontecimientos de aquel día (la limpieza de The Guardhouse, el viaje en coche a Londres) parecía que habían ocurrido hacía semanas. Se quedó pensativa antes de dormirse también, completamente exhausta.

El domingo por la mañana amaneció lluvioso, el primer chaparrón fuerte desde hacía tres semanas y media. Fue muy bienvenido en Londres, después de los días asfixiantes que lo habían precedido. El agradable olor de las calles lavadas de polvo llegó a través de las ventanas del dormitorio mientras Marjorie se vestía. Oía a Derrick y Anne parloteando en la habitación de Anne cuando bajó las escaleras a encender el gas bajo la tetera. A Marjorie, por alguna razón desconocida de su temperamento, o quizá por antigua coincidencia de circunstancias, quizá simplemente a causa de sus nueve horas de sueño profundo y sin sueños, la mañana le pareció estar llena de promesas de felicidad, y los grises cielos y la lluvia que caía constante contribuían a ello de alguna manera. No le preocupaba el futuro mientras emprendía su trabajo matutino. Las cosas iban a salir bien, de eso estaba segura; ni siquiera tenía que decírselo a sí misma: aquel conocimiento formaba una parte intrínseca de su ser.

Llevó a Ted una bandeja de desayuno bien servida, y él se quedó en la cama hasta tarde, como le gustaba los domingos por la mañana. La lluvia era lo bastante fuerte, realmente, para mantenerle en casa todo el resto de la mañana, ocupado con el periódico y el programa de Radio Luxemburgo. Los domingos por la mañana él solía bajar al Crown a reunirse con sus compañeros de juergas del sábado por la noche, pero para Ted aquel no era un compromiso tan desesperadamente importante como los sábados por la noche. En realidad no le importaba perderselo, especialmente, dado que por algún motivo u otro tenía por costumbre, si bajaba al Crown el domingo por la mañana, beber ginebra con angostura, tres o cuatro, en lugar de su cerveza habitual. Y la ginebra le sentaba mal, y lo sabía perfectamente mientras se la bebía. Se ponía muy nervioso e irritable después de comer si había bebido ginebra antes. De modo que, cuando la lluvia le mantenía encerrado en casa, sentía toda la virtud de aquel que valientemente ha resistido la tentación.

Le quedaba poco dinero después de las tres semanas de soltería, y era bueno pensar que tenía tres o cuatro chelines más gracias a haberse negado algo a sí mismo inteligentemente. La rubia que había conocido con Riddell la semana anterior parecía muy guapa. La próxima vez que la viera intentaría tener unas palabritas con ella cuando Riddell estuviese ocupado, y citarse con ella para ir al cine. Las chicas con una risa tan aguda como aquella, normalmente, estaban muy bien, si podías cogerlas a solas.

Ted tenía una expresión con la cual describía la existencia ideal. La llamaba «la vida de lord». Aquel domingo en particular parecía aproximarse mucho a ello. Lo primero y esencial era la ausencia total de cualquier cosa que hacer, ningún trabajo

que hacer, ninguna ocupación extraña. Tenía que hallarse ausente también la necesidad de hacer algo, que con raros intervalos, a veces le afligía y estropeaba un día que de otro modo hubiera resultado prometedor. Nada que hacer y todo el día para hacerlo, hasta la noche. Desayunar en la cama, regodearse un buen rato, como había hecho aquella mañana. Una ociosidad tan completa que no se sintiera tentado a romperla ni siquiera saliendo a tomar una bebida. Una buena comida... ese era otro ingrediente esencial de la vida de un lord. Luego más ociosidad, que durase tanto y tanto que llegase casi hasta el punto de empezar a aburrirse. No tanto como para llegar a aburrirse de verdad, pero que uno tuviera el placer de saber que podía llegar, y evitarlo, y que el deseo de una bebida llegase en el momento exacto en que seguir sin hacer nada pudiera convertirse en algo tedioso.

La cerveza iba bien entonces. Combinaba perfectamente con los demás factores que formaban parte de la vida de un lord, como si unos músicos fuesen creando un acorde soberbio añadiendo nota a nota, y cada una de ellas le otorgase mucha más riqueza y armonía, no extraña ni desconocida, sino cada una a su manera anticipada, esperada y satisfactoria. No estaba Riddell con su rubia, pero Ted no había esperado verlos... Riddell solo aparecía por allí el día que las tiendas cerraban más temprano. Pero no importaba. La rubia podía esperar un tiempo, desde luego. Tenía a Madge en casa.

Solo a veces era necesaria una mujer nueva en la vida de un lord. Según la experiencia de Ted, una mujer se volvía a colocar muy alta en su estima tras unas pocas semanas de ausencia o de privación de ella. Recuperaba parte del encanto de la novedad, y no necesitaba tediosas sesiones de doma. Él esperaba aquella noche con gran ansiedad. No quería obsesionarse con el fiasco de la noche anterior. Aquello estaba pasado y enterrado. El día anterior había experimentado un enervante ataque de terror, el primero desde hacía mucho tiempo, que le había puesto de muy mal humor. Era un terror sin motivo alguno, ya lo sabía, pero el terror era incompatible con la vida de un lord. Le había conducido tanto a esperar con ansiedad el regreso de su familia como a comportarse como un cafre cuando llegaron un poco más tarde de lo esperado.

Aquel día había eliminado por completo toda memoria del anterior. Su tercera jarra de cerveza satisfizo la sed y la sensación de que le faltaba algo. Se bebió una cuarta en parte porque Lang le había dado mucho la tabarra, y en parte porque aquel lujo innecesario casaba muy bien con su estado de ánimo, y luego se fue a casa a medida que iba oscureciendo y entre la multitud que salía el domingo por la tarde, mucho mayor de lo habitual aquella noche porque tras un día de lluvia había quedado una tarde muy bonita.

Marjorie estaba en el salón, cosiendo. Había que lavar casi toda la ropa de la familia, una tarea que emprendería al día siguiente, y estaba remendando algunas

ropas de repuesto a toda prisa para mantener el suministro hasta que el tendido y la plancha volvieran a poner en uso la pila de ropa que se había acumulado en la habitación auxiliar. Ted le acarició la nuca al pasar por detrás de ella, y luego se hundió, satisfecho, en el otro sillón.

—Bueno —dijo amistoso—. No me has contado mucho todavía de las vacaciones. ¿Te lo has pasado bien?

—Estupendamente —dijo Marjorie inspeccionando el zurcido que completaba ya en un par de pantalones de Derrick.

—Habréis tenido buen tiempo, supongo. ¡Dios mío, qué calor hacía aquí en Londres! Y esos malditos auditores han liado una buena, te lo aseguro.

—¿Ah, sí?

—¿Qué tal se ha portado el joven Ely contigo y con tu madre? ¿Bien?

—Sí.

—Un par de veces estuve a punto de llamarlo para que volviera. Los auditores hacían preguntas sobre sus libros. Yo las respondí bien, pero me costó sudores y lágrimas. Pero pensé que si hacía que volviese, luego vosotras habríais tenido que pagar los billetes de tren ayer, así que me aguanté.

Ted esperó que ella le diera las gracias, pero no obtuvo nada. Marjorie cosía febrilmente. Ted probó a hacerle la pregunta directamente.

—¿Iba bien el coche?

—Sí. No. Tuvo un pinchazo una vez.

Ted veía que Marjorie estaba tan preocupada con su costura que apenas le prestaba atención.

—¿Solo uno? No creo que sea tan malo.

—Espera un minuto... —dijo Marjorie dejando su costura—. Me he dejado una cosa en el horno. Volveré dentro de un momento.

Ted la oyó cruzar el salón y dirigirse hacia la cocina, después de cerrar la puerta del salón. Se tomaba con filosofía las preocupaciones de ella. Recordaba un tiempo, al principio de su vida de casados, en que ella habría dejado la labor en cuanto él hubiese aparecido, y habría escuchado con simpatía y atención lo que él le contaba de los auditores. Pero llevaban casados mucho tiempo. Con la casa y los niños ella tenía mucho en que pensar. Miró el reloj. Le daría media hora más para la costura y demás trabajos. Luego tendría que dejarlos a un lado y atenderle a él.

Mientras tanto, Marjorie había dejado abierta de par en par la puerta de la cocina hacia el jardín, junto al cubo de la basura, y recorría tan silenciosamente como podía el sendero que conducía hasta la cancela. A mitad del camino volvió a sonar el silbido que ya había oído cinco o seis veces desde que volvió Ted, más fuerte e imperioso que nunca. Asustada, ella hizo un gran esfuerzo por caminar rápido y, sin embargo, no hacer ruido. Justo en la parte interior de la puerta, a la sombra del saúco, se

encontró en brazos de George.

—Querido —le susurró—. No debes silbar tan fuerte. Te he oído la primera vez.

—¿Entonces por qué no has venido?

Resultaba difícil para George mantener la voz baja como un susurro, estaba fuera de sí por la ansiedad y la impaciencia.

—No podía. Ted acaba de llegar. Habría resultado raro que hubiera salido en cuanto él entró en la habitación.

—¿Ted? ¿Está en casa?

—Sí. Acaba de llegar, como te he dicho.

—¿Y qué quería?

—Nada. Solo estábamos hablando de las vacaciones. Bésame, cariño.

Ella anhelaba los besos de George. Además, sabía que si él la besaba, se disiparía parte de la dolorosa ansiedad que estaba mostrando. Ella notó que la tensión iba disminuyendo a medida que le acariciaba. Pero había que decir algo más, de inmediato. Un tren traqueteó al pasar por la zanja, recordándole el paso del tiempo.

—No puedo quedarme —susurró con su boca contra la de él—. Ted pensará que es muy raro que me vaya tanto rato.

—Ted esto, Ted lo otro... —dijo George duramente en la oscuridad—. ¿Por qué todo este jaleo con Ted?

—Nada, querido, pero no quiero que sospeche.

—¿No hay nada? ¿Estás segura?

—Pues claro que sí, amor.

—¡Tú dormiste con él anoche!

—Sí, cariño. Pero solo dormimos. Nada más. Ya sabes que estaba decidida.

—Sí.

Eso formaba parte de la angustia de George, la idea de aquella cama, de Marjorie en camisón y de Grainger codiciándola.

—¿Ha intentado hacerte el amor desde que has vuelto? —le preguntó. Quería saber lo peor.

—Solo un poquito, cariño. Anoche, cuando vino. Pero lo dejé porque yo se lo pedí. Te lo juro, cariño.

—¿Y hoy?

—No. Nada en absoluto. Nada.

Después de decir aquello, con total sinceridad, Marjorie recordó temblando la caricia en la nuca que le había hecho Ted al entrar. Conocía a Ted lo suficientemente bien para saber lo que auguraba aquello.

—¿No le dejarás?

—No, no lo haré. Por supuesto que no. No podría, cariño.

Para tranquilizarle, ella de buena gana le habría contado entonces lo de Dot, pero

como Ted la esperaba impaciente en el salón, no había tiempo en aquel momento.

—¡Bésame! —dijo él con dureza.

Ella le besó, con el corazón entregado a él, como siempre. Era embriagador ser amado de aquella manera, y terrorífico también.

—Ay, tengo que irme, cariño —dijo ella. Se apartó de su abrazo con el mismo esfuerzo de voluntad con el que dominaba la pasión que ardía en su interior.

—¡Prométemelo! —exclamó él—. ¡Júralo!

—Te lo prometo, claro, amor mío. De verdad. Adiós, amor.

Ella se echó a correr de puntillas y subió de nuevo el caminito. Se introdujo a hurtadillas en la cocina y con precauciones infinitas cerró la puerta de la cocina sin hacer ruido. Tuvo que quedarse quieta un momento, con la mano en el pecho, esperando que su respiración se hiciese más fácil y el tumulto de su corazón se acallase. Había un espejo en la habitación auxiliar ante el cual pudo arreglarse el pelo. Luego se propuso andar con su paso firme de costumbre hasta el salón. Intentó deslizarse sin hacer ruido en su sillón y volver a coser de nuevo, pero era difícil resultar discreta cuando Ted estaba allí sin nada que hacer excepto mirarla. Cuando Ted la miraba así de seguido ella sabía muy bien lo que significaba.

—Estás muy ocupada esta noche —dijo Ted.

—Hay muchas cosas que hacer para tenerlo todo ordenado otra vez —respondió ella.

Intentó hablar con indiferencia. No quería que se notase ninguna queja en su voz, porque eso pondría furioso a Ted, y ella le tenía mucho miedo cuando se enfurecía. Al mismo tiempo, se daba cuenta de que había estado mucho más tiempo del que debía en el jardín. Ted quizá hubiese salido y la hubiese encontrado ausente de la cocina, o no hubiese encontrado nada en el horno. Quizá hubiese imaginado lo de George. Aquel miedo sin fundamento alguno la hizo temblar. Se apuñaló a través de la tela en el índice izquierdo con la aguja, cruelmente, bajo la uña, y tuvo que soportar el dolor sin moverse por miedo a atraer la atención sobre su torpeza. Estaba aterrorizada. Mientras mantenía los ojos clavados en la labor tuvo la curiosa sensación de que Ted, que estaba apenas a dos metros de distancia, se estaba hinchando y aumentaba de tamaño hasta que llenaba casi toda la habitación, asfixiándola. Era la misma sensación que si tuviera una horrenda pesadilla. Experimentó una gran repulsión y una sensación de mareo. El odio, el temor y el desprecio la inundaban. Si hubiera estado sola habría estallado en un ataque de sollozos, pero como Ted la estaba mirando, tuvo que permanecer calmada e indiferente, inclinada sobre su costura, luchando con todas sus fuerzas por recuperar la fuerza y la cordura.

—Bueno —dijo Ted—, será mejor que te des prisa y acabes lo que estás haciendo porque quiero que me atiendas dentro de un momento.

Solo tenía una posible excusa. Había pensado en los pros y los contras de aquella excusa antes, aquel mismo día. No quería usarla; habría preferido establecer el asunto de una manera más definitiva y satisfactoria, según las elevadas decisiones que había tomado en brazos de George tres días antes. La excusa traería consigo simplemente un aplazamiento sin ningún tipo de permanencia, y ella era lo bastante lista para saber que siempre hay peligro en las excusas y el aplazamiento; y más peligro todavía (mucho más) cuando la excusa no solamente es falsa, sino que su falsedad se revelará con toda certeza con el transcurso del tiempo.

Pero sus nervios alterados la obligaron a usarla; no podía soportar contemplar una acción más heroica. Le contó la mentira tan valientemente como pudo.

—Qué rabia, ¿verdad? —añadió con ligereza.

—Sí —exclamó Ted furioso y decepcionado. Sentía que aquello le estaba bien empleado por su moderación sentimental del día anterior.

La señora Clair no parecía dormir nunca. No había duda de que dormía, pero era durante breves períodos que después no recordaba, alternando con intervalos de vigilia por la noche durante los cuales yacía en la cama observando los cuadrados débilmente iluminados de la ventana que primero se iban oscureciendo paulatinamente, y luego, a medida que se aproximaba el amanecer, se volvían cada vez más luminosos. Esos intervalos de vigilia nunca le parecían demasiado largos. No le preocupaba su insomnio, más bien lo agradecía. Sentía que empleaba su tiempo con provecho, pensando en sus planes y odiando a Ted... Tenía la sospecha de que simplemente yaciendo en la cama y vertiendo su veneno en pensamientos le estaba haciendo algún daño, no tanto como se merecía, desde luego, pero sí lo suficiente para constituir una especie de retribución hasta que llegase el pago final.

El lunes por la mañana no se contentó con yacer en la cama hasta el momento habitual de levantarse; tenía muchas cosas que hacer aquel día. Se levantó temprano y bajó al piso de abajo sin hacer ruido para no molestar al señor Ely. Escuchando ante su puerta con atención oyó su respiración regular. Al final se había dormido; ella sabía que él también pasaba gran parte de la noche sin dormir porque había oído el interruptor de la luz encenderse y apagarse, y luego le había oído dar vueltas inquieto en la cama. Sabía qué era lo que le preocupaba, había visto su cara cuando volvió a casa la última noche. Resultaba muy satisfactorio para ella saber que antes de que pasara mucho tiempo todo iría bien y él sería tan feliz como largo era el día, con su querida Marjorie y con Derrick y Anne salvados para siempre de las garras de aquella bestia de Ted, ese demonio de Ted.

Al levantarse temprano, pudo trabajar dos horas enteras lavando la ropa que se había acumulado; se alegraba mucho de quitarse aquello de encima para poder estar libre para las actividades que preveía. Frotó y aclaró. Salió al pequeño jardín y preparó la cuerda de tender. Estaban ya a mediados de agosto, y aquella hora temprana de la mañana traía consigo el débil atisbo del otoño que se aproximaba, que se notaba apenas y, sin embargo, era amplio y extenso, trayéndole a la memoria todo el otoño con una sola exhalación: la niebla de la mañana, los colores cambiantes, las

hojas que caían, las hogueras de los jardineros, los sábados por la tarde; preparar las primeras chimeneas para las primeras tardes frías, budín de sebo en lugar de tapioca para comer, y sacar el abrigo de invierno para ver si realmente podía durar otro invierno más.

Aquel invierno, pensó la señora Clair mientras tendía la ropa con las pinzas en la cuerda industriosamente, sería muy feliz. Aunque la querida Dot se había ido, Marjorie y los niños serían ya libres y felices. La señora Clair, con el pálido sol de la mañana brillando en sus ojos mientras levantaba los brazos hacia el tendedor, pensó que cuando todo estuviese arreglado, cuando ese animal de Ted hubiese tenido al fin el destino que se merecía, ella podría permitirse envejecer por fin y contemplar su final con ecuanimidad. Mientras tanto, era hora de dejar ya la colada e ir a llamar al señor Ely, y procurar que fuese al despacho a tiempo. Sería la primera mañana desde hacía tres semanas; era mejor que procurase que todo estuviese listo.

La cara del señor Ely a la hora de desayunar aparecía tensa y pálida a pesar del bronceado que había conseguido aquellas vacaciones. Ella sabía muy bien lo que estaba sufriendo el pobre muchacho. No importaba, no duraría mucho. Le animó a comerse los huevos revueltos (ya sabía cuáles eran sus platos favoritos) y le vio salir por la puerta a las nueve menos veinte, con mucho tiempo para llegar puntual al despacho. Luego, diligentemente, ella se dedicó a las tareas rutinarias del día, barrer y limpiar, lavar los platos del desayuno y pelar las patatas para la comida. Ya era hora de inspeccionar las cosas que había tendido. Las cosas de lana las dejaba, pero lo blanco y lo de color ya estaba listo para la plancha, y las sábanas para escurrirlas con el rodillo.

A las once en punto tuvo un rato libre; miró el reloj como había hecho ya una docena de veces e hizo un nuevo cálculo. A la una y media comía Ely (él salía a comer cuando volvía Ted), y tenía una hora libre. Se puso el sombrero y los guantes, y con el bolso y su bolsa de cuero para llevar cosas se dirigió hacia las tiendas de High Street. Estaba decidida a no perder tiempo alguno para prepararlo todo en anticipación de sus planes.

La fortuna la favoreció de inmediato: un claro ejemplo de la recompensa que aguarda a las personas que se ponen en el camino de la buena suerte.

La señora Taylor estaba acercándose justamente al Mountain's Café cuando se la encontró la señora Clair.

—Buenos días —saludó la señora Clair.

—Buenos días —respondió la señora Taylor—. Qué morena está usted. ¿Ha tenido unas buenas vacaciones?

—Sí, gracias. Las hemos disfrutado todos, aunque por supuesto hemos echado mucho de menos a mi yerno.

—Claro —dijo la señora Taylor.

La conversación se detuvo, como si las dos mujeres se estuvieran preguntando qué decir a continuación.

—¿Dónde está la señora Posket? —preguntó la señora Clair. La señora Taylor y la señora Posket eran tan inseparables que aquella era una pregunta inevitable, en el improbable caso de que la señora Taylor se encontrase sola.

—Se ha ido —dijo la señora Taylor—. Se fue de vacaciones ayer, el día después de que llegaran ustedes.

—Supongo que la echará de menos —dijo la señora Clair.

—Pues sí, un poco —replicó la señora Taylor con pesar.

—¿Ha visto hoy a Marjorie?

—Pues estaba sacando la colada a tender cuando yo he vuelto —dijo la señora Taylor—. Parecía mucha ropa.

—Claro, después de unas vacaciones de tres semanas... Intentaré ir un rato hoy y ayudarla un poco. Bueno, supongo que las dos tenemos que hacer nuestras compras. Adiós, señora Taylor.

La señora Clair, caminando muy decidida a lo largo de la acera de High Street, se sentía muy contenta con la información que había recibido. Le preocupaba un poco la señora Posket. Nunca se sabe el daño que puede hacer una mujer así, tan chismosa y entrometida. Especialmente con aquel callejón que iba a lo largo de la vía del ferrocarril, en la parte de atrás de la casa, y sabiendo que George Ely salía por las noches y volvía agobiado y preocupado. Le encantó oír que la señora Posket estaría fuera y no podría hacer daño alguno durante diez días, más o menos. Y era natural que Marjorie tuviese mucha colada que hacer aquel día. A la señora Clair le habría gustado acercarse y ayudarla a planchar. Quizá, si todo iba bien, tendría una oportunidad más tarde. De otro modo, Marjorie tendría que arreglárselas sola lo mejor que pudiera. La señora Clair no pensaba desviarse de sus designios por una consideración tan nimia como la comodidad de Marjorie durante un solo día. Pronto Marjorie sería libre y feliz.

El banco de High Street estaba atestado de gente, como siempre el lunes por la mañana. Los comerciantes locales ingresaban su recaudación del fin de semana. Normalmente, la señora Clair tenía el tacto suficiente para no soñar siquiera con molestar a los atareados cajeros en un momento semejante, pero aquel día era distinto. Quería tenerlo todo preparado.

Esperó pacientemente su turno hasta que un cajero quedó libre.

—Buenos días, señora Clair.

—Buenos días. ¿Le importaría decirme cuál es mi saldo?

Ella conocía la cantidad, por supuesto, libra más o menos, pero quería estar segura. El cajero se metió en las oficinas del banco y luego volvió con un trocito de papel doblado que le pasó por encima del mostrador. La señora Clair lo leyó: 52

libras, 10 chelines y 11 peniques. Con mucho cuidado escribió un cheque por cincuenta libras a pagar en efectivo, eliminó el cruzado del cheque y se lo pasó al cajero.

—En billetes de una libra, por favor —dijo en voz baja.

Las cejas del cajero se elevaron un poco al leer el cheque. Con ligera reluctancia le tendió el sobre lleno de dinero.

—Es mucho dinero, señora Clair —dijo—. Procure ir con cuidado.

—Sí, sí, tendré cuidado. Mucho cuidado —dijo la señora Clair muy tranquila.

Se guardó el dinero en el monedero y salió del banco. Aquel era el primer paso que daba. Pasara lo que pasara ahora, tenía cincuenta libras en billetes que no se podrían rastrear. Era solo una medida preventiva. Pensó que era muy poco probable que tuviera que usarlos alguna vez. Probablemente al cabo de una semana o dos, cuando todo estuviese arreglado, devolvería el dinero a su cuenta y se entregaría con mansedumbre a la sonrisa divertida del cajero, como mujer que, obviamente, no sabe manejar sus asuntos financieros. Valía la pena sufrir aquello a cambio de encontrarse a salvo.

En su recorrido por High Street había llegado ya a la ferretería Cáster, y entró. El señor Cáster en persona vino a atenderla.

—Buenos días —dijo la señora Clair—. Quiero un hacha. Para cortar leña y esas cosas.

—¿Un hacha, señora? Desde luego. Tenemos esta pequeña, a seis con nueve. Y un tamaño más grande a ocho con nueve. Y aquí tenemos otra forma, bastante recomendable también. El borde es de acero cromado, garantizado que no se oxida ni se mancha. Un artículo excelente por ocho con seis, señora.

La señora Clair miró todos aquellos objetos mortíferos que yacían en el mostrador donde los había colocado el señor Cáster, con sus bordes brillantes y sus mangos hábilmente curvados. Era extraño lo fácilmente que se podían comprar. La repelían tanto que no quería ni tocarlos, pero hizo un esfuerzo y levantó la mano y cogió una de las hachas del mostrador. La balanceó con cuidado en la mano. En años posteriores, este sería uno de los recuerdos más vivos del señor Cáster, ver a aquella encantadora dama anciana de pie en su tienda, sopesando cuidadosamente el equilibrio del hacha.

—Gracias —dijo—. Me llevaré esta.

—¿La de ocho con seis, señora? Ciertamente. ¿Quiere que se la envíe?

—No, gracias. Me la llevaré yo misma.

El hacha, envuelta en papel marrón con todo el anticuado cuidado que ponía habitualmente el señor Cáster, pesaba mucho en la bolsa que colgaba de su muñeca cuando salió una vez más a High Street. El reloj de Tomlin's le dijo que todavía tenía veinte minutos antes de volver a prepararle el almuerzo al señor Ely. Pasó esos veinte

minutos caminando rápidamente por las calles de las afueras, completando sus compras. Bajó por Marvel Lane y pasó ante la comisaría de policía. Subió por Simon Street, y sus ojos rápidos y amables miraron a ambos lados, buscando al sargento Hale. No le vio.

Por supuesto, se dio cuenta de que era de un optimismo exagerado pensar en encontrárselo en un simple paseo de veinte minutos. Podían pasar días antes de que se encontrase con él aparentemente por casualidad en la calle. No importaba, ella seguiría intentándolo. Probablemente, se dijo, tuviera días suficientes, y si no los tenía, si las cosas llegaban a una crisis antes de encontrarse con él, no tenía demasiada importancia. Aquel encuentro era una simple precaución, un adorno adicional, como sacar el dinero del banco... no como la compra del hacha, que formaba parte integral y esencial de su plan.

Cuando George Ely volvió a casa encontró una agradable comida esperándole, carne fría, patatas y ensalada, y un budín de leche, y también un buen trozo de queso. En la mesa auxiliar del comedor se encontraba la bolsa de cuero de la señora Clair y un par de paquetes.

—¡Dios mío! —dijo la señora Clair cuando sus ojos descansaron en ellos—. No tendría que haber dejado aquí estas cosas. He debido de dejarlas aquí y se me ha olvidado llevármelas a la cocina. Pero es que he tenido muchas cosas que hacer hoy, justo después de volver de las vacaciones...

—Claro —dijo Ely.

La señora Clair empezó a reunir todos los paquetes. De la bolsa sacó el hacha, descubierta (porque había quitado el papel con el que el señor Cáster la había envuelto tan cuidadosamente).

—Esa cosa da un poco de miedo —dijo Ely.

—¿A que sí? —accedió la señora Clair—. Quería tener una desde hace tiempo, porque hay que cortar muchas cosas en el jardín. Creo que es buena, ¿verdad?

Le pasó el objeto y Ely la sopesó en la mano, igual que acababa de hacer la señora Clair en la tienda.

—Parece que es buena —dijo Ely, despreocupado, y se la devolvió.

Él no volvió a pensar deliberadamente en aquel objeto después de que la señora Clair hubiese conseguido su objetivo. En el futuro, Ely siempre sería consciente de la existencia de aquella hacha; su súbita aparición no le sorprendería, ni haría que se detuviera a pensar por un momento. La señora Clair, en la exaltación de espíritu resultante del odio que la consumía, era una psicóloga astuta y clarividente.

Cuando hubo lavado los platos de la comida y vio que Ely se iba de nuevo a la oficina, y finalmente hubo acabado la colada, se puso de nuevo el sombrero y la chaqueta. Le habría gustado mucho ir a ayudar a Marjorie, pero en aquel momento había algo más urgente que hacer para adelantar sus planes: solo una medida de

precaución, como la retirada del dinero del banco, pero juzgaba que era preferible llevarla a cabo en lugar de facilitarle las cosas un poco a Marjorie. Al cabo de unos pocos días nada más, Marjorie tendría las cosas mucho más fáciles; podría soportarlo hasta entonces.

Pulcramente calzada y con los guantes puestos, con su discreto sombrero, blusa y falda, la señora Clair se dedicó a recorrer de nuevo las calles de las afueras. Subía por una de las empinadas calles y bajaba por otra, recorrió High Street, bajó por Marvel Lane y pasó junto a la comisaría de policía; volvió a subir de nuevo por High Street, luego por Simon Street, casi hasta la esquina de Harrison Way, y pasó la tarde caminando recatadamente en constantes y amplios círculos por el distrito. A los ojos de cualquier viandante podía estar ocupada haciendo diversos recados: comprar, visitar a alguna amiga o confirmar las referencias de una criada. Hacia las cinco ya estaba desconsolada y cansadísima, y cometió la extravagancia de entrar en el Mountain's Café para tomar un té, pero a las cinco y cuarto ya había salido de nuevo y caminaba otra vez rápidamente, examinando con sus ojos agudos todas las calles laterales cuando pasaba por las esquinas.

Al final le vio, cuando solo le quedaban diez minutos antes de dirigirse a casa de nuevo, dispuesta para el regreso del señor Ely. Era el sargento Hale, que caminaba con su imponente robustez por Cameron Road. Le vio justo a tiempo para poder dar la vuelta con toda naturalidad hacia aquella dirección, como si hubiese sido esa su intención antes de verle. Cruzó la calle en diagonal con un rumbo que le pondría necesariamente en su camino.

El sargento Hale la vio acercarse. Había pasado un mes o más desde la última vez que la vio, pero gracias a su memoria policial, la reconoció de nuevo. Al ver que andaba hacia él pudo asegurar que ella estaba deseando hablar con él: alguna sutil indicación en su porte lo demostraba. También estaba deseando hablar con él la última vez que se encontraron. El sargento Hale cambió a la señora Clair de una casilla a otra en su mente. Ahora la ponía junto con los pesados y los que hacen perder un tiempo inútil, en un lugar bastante bajo de su lista, eso es cierto, pero aun así, formando parte de ella. No estaba tan arriba como para evitarla con cuidado, sin embargo. Era solo una de esas personas con las cuales siempre hay que intercambiar unas pocas palabras, sin provecho alguno, y que simplemente consumen tiempo en una cantidad considerable que podría ser empleado de otra manera cualquiera.

—Buenas tardes, señora —dijo con resignada cortesía.

—Buenas tardes, sargento. Espero que se encuentre usted bien.

—Sí, muy bien, gracias, señora. ¿Y usted?

—Muy bien, gracias. Acabo de volver de unas bonitas vacaciones junto al mar.

—Qué bien —comentó el sargento Hale.

Con eso habría terminado, pero la señora Clair se mantenía en una postura tal que

si seguía andando junto a ella parecería una gran descortesía.

—Mi hija venía conmigo —dijo la señora Clair en plan chismoso—. La que prestó declaración cuando la investigación.

—Ya me acuerdo de ella, señora.

—Me alegro de que pudiera irse de vacaciones —siguió la señora Clair—. Aquel asunto tan espantoso la deprimió muchísimo.

—No me sorprende oírlo, señora.

—Pero me habría gustado —dijo la señora Clair tajante— que hubiese venido también mi yerno. No pudo hacerlo porque tenía muchísimo trabajo en la oficina. Me preocupa mucho.

—¿Sí, señora?

—Sí, a veces se porta de una manera un poco rara. Me temo que todo ese trabajo le está afectando los nervios, especialmente tan pronto después de la investigación. Pero no sé por qué le cuento todo esto. Tendría que contárselo a un doctor, en todo caso. Adiós, sargento.

—Buenas tardes, señora.

El sargento Hale siguió andando con robusta dignidad. Mentalmente desplazó varios lugares más abajo a la señora Clair en su lista de pesados y personas que hacen perder el tiempo. Era capaz de dejar de hablar por voluntad propia, cosa que en sí misma bastaba para eliminarla de la clasificación por completo. Y lo que había dicho, al menos tenía un poco de interés para un oficial de policía. Siempre convenía saber que había personas que se comportaban «de una manera rara» y cuyo trabajo «le está afectando a los nervios», aunque al mismo tiempo tuviese que escuchar también comentarios irrelevantes sobre las vacaciones, y aunque (como le habían demostrado muchos años de experiencia) ni una sola vez entre mil aquello tuviera consecuencias interesantes para la policía. Ese pequeño cotilleo entre mil del mismo tipo podía tener su utilidad.

El lunes por la noche, la señora Clair estaba sentada en el salón de su hija. La cara de Marjorie estaba arrugada por la fatiga y la preocupación, y el corazón de la señora Clair estaba desgarrado por ello.

—Ted ha salido, supongo —dijo.

—Sí —respondió Marjorie con desgana.

—¿Has acabado la colada del todo?

—He tenido que dejar la plancha para mañana —replicó Marjorie.

Era un aplazamiento bastante excusable, a ojos de la buena ama de casa, si la colada había sido difícil o las condiciones eran poco favorables. Aquel día había habido buen tiempo, sin embargo. Marjorie seguramente habría tenido un día muy atareado.

—¿Se han portado bien los niños?

—Ah, sí.

—Notarás una gran diferencia cuando el pequeño Derrick sea lo bastante mayor para ir al colegio también —dijo la señora Clair consoladora.

—Supongo que sí —dijo Marjorie.

—Recuerdo que fue así cuando la pequeña Dot pudo ir también al colegio —siguió la señora Clair—. Fue justo cuando empezó la guerra, y tu querido padre se unió a su regimiento.

Marjorie no respondió durante un momento. Tenía la cabeza levantada, como si se esforzara por oír algo.

—Sí, claro —dijo a toda prisa, al final.

Alguien silbaba en el callejón que corría junto a la vía del ferrocarril. La señora Clair lo oyó, y, sin embargo, aunque era muy astuta, no supo a qué se debía.

—¿Has oído a los niños, cariño? —preguntó solícita.

—No. Sí. No —dijo Marjorie.

—Yo no he oído nada —dijo la señora Clair.

Se repitió el silbido, y Marjorie se removió inquieta en la silla. No se le ocurría cómo hacer frente a aquella nueva situación. Solo entonces su madre se dio cuenta de

la conexión entre la abstracción de su hija y el silbido en el callejón. Hizo un gesto acomodándose mejor en su silla, como indicación a Marjorie de que no tenía la menor intención de irse, de momento. Marjorie la miró incómoda.

—Las tardes se están acortando ya —dijo la señora Clair con un tono coloquial—. Esa semana oscurece mucho antes.

—Sí —dijo Marjorie.

—Supongo que se están empezando a notar las prisas del otoño en la oficina —siguió la señora Clair—. ¿Ya lo ha notado Ted? El señor Ely no me ha dicho nada al respecto.

—Yo... supongo que sí —dijo Marjorie, desesperada.

—Es por la gente previsora —dijo la señora Clair—, que pide el gas temprano. Yo no tengo paciencia con esos que lo dejan todo para el último momento, ¿y tú?

—Tampoco —dijo Marjorie.

Los silbidos del callejón se estaban volviendo más imperativos e impacientes. Ella se retorció en su silla, decididamente. La conversación languideció debido al obvio disgusto que ella sentía.

—Estoy terriblemente cansada —dijo Marjorie, al final, desesperada—. Creo que me voy a la cama.

—Sí, ciertamente, yo lo haría, querida —dijo la señora Clair solícita—. ¿Vas a tomar un baño primero? ¿Subo contigo y te acompaño?

—No, no. No hace falta —dijo Marjorie. Se puso de pie, como para obligar a su madre a levantarse también. El silbido fuera parecía cada vez más frenético.

—Sí, la verdad es que pareces cansada, querida —dijo la señora Clair preparándose con enloquecedora lentitud para su partida—. Debes cuidarte mucho.

—Sí, eso haré, madre —dijo Marjorie corriendo hacia la puerta.

—¡Pobre corderita! —dijo su madre besándola en la mejilla.

Fuera, en la calle, murmuró «¡pobre corderita!», otra vez para sí mientras bajaba hacia Dewsbury Road. Su corazón estaba lleno de dolor por su hija. La había herido mucho quedándose allí de una manera tan enloquecedora, cuando los nervios de Marjorie estaban tensos, pero lo había hecho deliberadamente y todo era por el bien de su hija, al final. Se dio cuenta con certeza de que debía llevar a los dos amantes a la total exasperación, calentarlos hasta el punto de ebullición, costase lo que costase. Era una lástima tener que tratar así a su hija y al pobre señor Ely, pero todo era por su bien.

Mientras tanto, en la oscuridad del jardín, junto al saúco, había explicaciones y casi recriminaciones.

—Querida, ¡cuánto has tardado! ¿Por qué no venías, cariño? Me habrás oído silbar...

—No podía, amor mío. Mi madre estaba aquí.

—Podías haber dicho que tenías algo que hacer en la cocina.

—Habría venido conmigo, si hubiese dicho semejante cosa. Además, ella sabe perfectamente que no tengo nada que hacer en la cocina a esta hora de la noche. No podía venir, cariño. Al final, he tenido que decirle que me iba a la cama para que se fuera. Lo siento muchísimo, querido.

—¿Y Grainger dónde está?

—Ha salido. Pero no sé cuándo volverá. No puedo parar ni un solo minuto, cariño. Ay, amor mío...

No bastaba con besarse y abrazarse allí en la oscuridad. La sensación de frustración y exasperación persistía, intensificada si cabe. Marjorie notaba la irritación de su amante, y el temor se añadía a su amargura.

—Dime que me amas, querido —susurró—. Dime que siempre me querrás.

—Ah... te quiero, cariño —dijo él quizá por centésima vez desde que la había rescatado, pero aquella vez había algo en su voz que parecía querer añadir un «pero» después de esa declaración.

—Esto es horrible —dijo al cabo de un momento refiriéndose a ese «pero» no pronunciado. Y planteó la pregunta que había formulado Marjorie por primera vez—: ¿Qué vamos a hacer?

Marjorie hizo lo que pudo para tranquilizarle.

—No te preocupes, cariño —susurró apresurada—. Todo irá bien. Te juro que todo saldrá bien.

Inconscientemente estaba repitiendo las mismas palabras que su amante le había dicho a ella. Exactamente igual que él había repetido la pregunta que ella le hizo. Si ella le perdía, se quedaría sin un solo amigo en el mundo, pensó. Todo sería sufrimiento y dudas, peligros y dificultades, y un enorme vacío en su vida, y solo con pensar en aquello se quedó consternada. No podía prever ningún tipo de futuro ni siquiera con George como amante, pero si George la abandonaba, si la paciencia de George llegaba a su fin, sería el fin de todo. Le pareció que se moriría, en tal caso.

Le apretó contra su pecho, y la pasividad de él, que casi era resistencia, la advirtió de nuevo de su descontento.

—Te amo, cariño —susurró ella.

Quiso consolarle, reconciliarle un poco más con sus circunstancias. Lo único que sabía de los hombres, casi, lo único que sabía de cómo complacerles y gratificarles se lo había enseñado Ted... Ted, el posesivo, el ávido de gratificaciones, el egoísta, el lujurioso, el de mente sucia.

—Te amo, cariño —dijo de nuevo—. Te amo por entero. Y soy tuya también. Puedes hacer lo que quieras conmigo. Pégame, si quieres. Mátame, si quieres. Te pertenezco, cariño, absolutamente, hasta el último trocito de mi ser.

Sus susurros eran enloquecedores, eran como la bebida para un chico (porque

temperamentalmente eso es lo que era él) que se halla enfrascado en su primer amor. Y halagaban su sentido de la posesividad, también, tal y como pretendían.

—¡Odio a Grainger! —susurró furioso.

—Él no significa nada para mí. Nunca ha sido nada y nunca lo será, cariño, te lo juro —susurró ella a su vez. No mentía deliberadamente—. No sé por qué me casé con él. Es odioso. Supongo que quería tener hijos, algo así. O nunca pensé que conocería a alguien como tú, querido. Es a ti a quien quiero. Él nunca me pondrá ni un dedo encima, nunca más, cariño. Nunca.

Tenía al menos tres días ante ella antes de que volviera a surgir el problema con Ted. Podía hacer promesas libremente cuando la crisis estaba todavía tan lejos en el futuro, y tenía intención de cumplirlas, desde luego. No hacía aquellas promesas simplemente para calmar a George. Las estaba haciendo para sí misma también, preparándose con energía para la lucha que iba a seguir. Nunca volvería a ser débil... Sentía náuseas cuando recordaba cómo se había prostituido con Ted en el pasado, simplemente por el temor a tener problemas. Nunca más volvería a hacer aquello. Con loca exaltación, se lo prometió, susurrando febril.

Y mientras lo hacía, hubo un súbito cambio en la iluminación del jardín: alguien había encendido la luz del salón y esta salía por la puerta ventana.

—¡Ted ha vuelto! —dijo Marjorie llena de pánico.

Se desligó de los brazos de George, consumida por el loco terror al descubrimiento.

—Adiós, cariño —susurró. Solo tuvo tiempo para aquello... y corrió de puntillas por el sendero del jardín. Abrió la puerta de la cocina con precaución, pero mientras lo hacía, oyó que alguien encendía el interruptor de la luz eléctrica. Se encontró con Ted en la cocina; él había entrado por una puerta mientras ella entraba por la otra.

—¿Dónde demonios estabas? —exigió Ted enfadado—. Pensaba que no había nadie en casa.

La mente divagante de Marjorie se aferró a un recuerdo antiguo de la única ocasión en que tuvo que salir al jardín de noche.

—Unos gatos —dijo, y en cuanto empezó a desgranar la mentira, el resto salió con mucha mayor facilidad—. Maullaban horriblemente... y me ha dado miedo que despertaran a Derrick. He salido a espantarlos.

—Ah —dijo Ted, y luego, de mala gana, añadió—: Vale.

El corazón de Marjorie latía con desesperación mientras entraba tranquilamente en el salón. Solo quería dejarse caer en su sillón, pero con un esfuerzo se controló y se esforzó por sentarse con toda tranquilidad y normalidad. Tenía un miedo terrible de que los latidos de su corazón la traicionaran en la palidez de sus mejillas. Quería apartarse de Ted para ocultárselo, pero no se atrevía. Tuvo que mirarle a los ojos.

—¿Ha estado aquí tu madre esta noche? —preguntó Ted.

—Sí —respondió Marjorie. Aquello al menos era verdad.

—Ya me lo imaginaba. Ella siempre cierra la cancela cuando se va.

Era una prueba de lo perspicaz que era Ted, de que se había librado por muy poco. Marjorie sabía que aquella noche había apurado todo su margen de seguridad. Un descubrimiento de circunstancias sospechosas por parte de Ted podía pasar, pero dos, nunca. Y se estremeció mentalmente al pensar con sangre fría en lo que podía ocurrir si Ted llegaba a descubrir su intriga. Ted se pondría loco de furor, eso lo sabía... y no en el sentido habitual de enfurecerse, sin más. Sería cruel, despiadado, brutal. De todas las afrentas que podían hacersele, la infidelidad de su esposa sería la más insoportable, la que vengaría de una manera más implacable. Para ella, el divorcio y la separación de los niños; para George, el despido y la ruina... Esas serían las menores de las penas que les aplicaría. Quizá le pegase. Se vio por un momento chillando de dolor bajo sus manos. Dos veces ya en su vida de casada le había pegado con la intención de hacerle daño, pero eso sería muchísimo peor, cien veces.

Se le metió en la cabeza otra idea que hizo que se pusiera tensa y rígida en su sillón. Podía matarla. Ya había matado antes, sin piedad ni misericordia. Era lo bastante listo, desesperado y violento. Si ella intentaba defenderse alguna vez de él revelándole que conocía su crimen, y amenazándole con recurrir a la ley, él sin duda la mataría cuando se viera en peligro. Ella se hallaba en un peligro mortal, peligro que podía hacerse inminente, en cualquier momento.

—¿Pero qué demonios te pasa? —le preguntó Ted, de repente.

Marjorie salió trabajosamente de los malos sueños que la invadían y miró a su alrededor, con tanta amabilidad como pudo.

—Estás ahí sentada bufando y resoplando —dijo Ted—. Te has puesto blanca como el papel.

Le quedaba la misma mentira de viejecita a la que podía recurrir de nuevo, gracias a Dios.

—Es que me dolía —dijo—. Este asunto mío... he lavado demasiada ropa hoy.

—Supongo que es culpa mía —dijo Ted—. Cualquiera pensaría que no has tenido tres semanas de vacaciones. Ojalá no te hubiese dejado ir, para volver así. Supongo que ahora tardarás meses en volver a tener la casa en condiciones. Pero claro, eso no me importa en absoluto.

Ted se sentía ofendido, posiblemente incluso con justificación, aunque él mismo no estaba seguro de por qué. A medida que iban pasando los años la actitud del uno con el otro había ido cambiando tan lentamente que el cambio resultaba imperceptible. Pero siete años antes, por ejemplo, si Marjorie se hubiese visto obligada a dejarle solo durante tres semanas, a su regreso se habría volcado en su afecto y ternura hacia él. Se lo habría contado todo, buscando su atención, y le habría seguido con los ojos. Sin comparar de una manera clara, Ted era muy consciente del

lento cambio que había experimentado ella aquella noche. Quería que su mirada le halagase, quería que ella dependiese moralmente de él. Le irritaba inconscientemente que ella fuese capaz de arreglárselas sin él.

Él no era lo bastante avisado, o bien Marjorie se había mostrado demasiado reservada, o la ocasión no había resultado propicia para que él notase un cambio decidido desde la muerte de Dot, o desde las vacaciones de Marjorie. Por el momento, de una manera muy indefinida, él esperaba con impaciencia el momento en que pudiera sujetarla de nuevo, que estaba ya próximo. Sabía por experiencia que aquella era una buena manera de reducirla por completo a la dependencia hacia él. Y alternativamente decidía, de una manera vaga e inconsciente, administrarle si era necesario algún tipo de lección que le enseñara cuál es la obligación de una mujer y lo que debe al marido que gana el sustento para ella. Empezaba a necesitarla, pensó. Se aseguraría de que fuera así el jueves siguiente. Esa fue su decisión final, que llegó después de contar los días con los dedos.

—¿Va a jugar al tenis esta tarde? —preguntó la señora Clair como intentando entablar conversación, mientras George Ely se tomaba el té de regreso de la oficina, el martes.

—No —dijo George. Miró por la ventana mientras hablaba. Aquella pregunta había puesto a funcionar su mente de inmediato, debatiendo para sí cuándo estaría lo bastante oscuro para poder ir al callejón detrás de la vía del ferrocarril.

Ir allí cada noche se había convertido ya en una costumbre para él, aunque era una costumbre que le irritaba. Otros hombres podían reunirse con sus novias a plena luz del día, podían hacer ostentación de la amistad de la que se sentían tan orgullosos, pero él no podía. Ni siquiera podía recibir llamadas telefónicas en el despacho por miedo a que respondiera Grainger. Para cuando llegaba la noche, estaba lleno de deseo de ver a Marjorie, lleno de ansiedad al pensar que podía haberle ocurrido cualquier accidente. Una hora antes de que llegase la oscuridad, ya anticipaba con ansiedad el momento de que ella acudiese a él.

Y, sin embargo, por aquel entonces ya tenía la experiencia suficiente para anticipar amargamente la desilusión que traería consigo la noche. Preveía ya los minutos de nerviosa espera, consumido por la ansiedad, pensando que Ted podía haberla retenido. Luego tendrían cinco minutos a la sombra del saúco... cinco minutos de susurros para que la señora Taylor no los oyese, cinco minutos de preocupación pensando que Grainger podía estar acechándolos, cinco minutos con la lluvia empapándoles, si daba la casualidad de que llovía. Entonces Marjorie tendría que volver con Ted, y él tendría que volver a su alojamiento, nervioso, irritable y preocupado, con otra noche y otro día por delante, y luego se repetiría el mismo suplicio. Ya estaba mostrando señales de cansancio, como la señora Clair, leyendo su rostro, observó rápidamente.

También mostró esas señales cuando Marjorie se acercó a él al fondo del jardín.

—¿Dónde está Grainger? —preguntó.

—Está escuchando la radio. Por ahora va bien... hay noche de variedades, y le gusta.

—¿Entonces no puedo entrar?

—No, cariño... y... y no podré quedarme mucho rato.

—¿Cuándo crees que podrás?

—No lo sé, querido, no puedo decir de antemano lo que va a hacer Ted.

Ella le besó, hizo todo lo posible por gratificarle durante aquellos segundos fugaces. A él se le ocurrió otra idea en aquel preciso momento.

—¿No podríamos salir una noche fuera? —preguntó—. ¿Ir a algún sitio en el West Side? ¿Al cine o algo?

—Ay, sí, qué bonito sería —dijo Marjorie. Hacía años que no iba al West Side con ningún hombre. La idea de hacerlo de nuevo era seductora.

—Entonces, ¿podremos ir? —insistió George.

—Sí, supongo que podríamos ir —dijo Marjorie dubitativa—. Ya lo había pensado antes. Podría llamar a mi madre para que se quedara por la noche. Entonces no importaría lo que quisiera hacer Ted.

Entonces se detuvo repentinamente. La última vez que había ido a la ciudad fue cuando visitó a Millicent Dunne. Entonces fue Dot la que acudió a cuidar a los niños, y Dot estaba muerta cuando ella volvió.

—Pues lo hacemos, entonces. Vamos... vamos mañana mismo —dijo George.

Así fue como Marjorie se fue al centro el miércoles por la noche en el tren de las 7,50. Lo cogió por los pelos, bajó las escaleras corriendo como loca cuando ya llegaba el tren, y George estaba que echaba chispas en el andén. Iba jadeando tanto que no pudo ni hablar ni besar a George hasta que hubieron pasado dos estaciones en el camino de subida... solo pudo sonreírle débilmente mientras recuperaba el aliento. Tuvo que decirle a Ted que iba a ver a Millicent Dunne y obtener su consentimiento a regañadientes, y tuvo que contarle a su madre la misma historia. Durante la mañana había telefoneado a Millicent a la fábrica donde era supervisora de asistencia social.

—Hola, Mill —dijo—. Soy Marjorie. Marjorie Grainger.

—Hola, Marjorie. ¿Qué tal han ido las vacaciones?

—Muy bien, gracias —Marjorie tenía tantas cosas en la cabeza que tuvo que pararse a pensar a qué vacaciones se estaba refiriendo Millicent—. Lo que quería decirte es que voy a salir esta noche, y he tenido que decirles a mi madre y a Ted que iba a verte. ¿No te importa, Mill?

—Bueno, supongo que no —dijo Millicent después de una pausa—. ¿Qué estás tramando, chica?

—Nada, Mill. Nada especial. Solo que quería salir por una vez. Eso es todo.

—Bueno, pues sigue el consejo de una solterona y no lo hagas demasiado a menudo.

Aquella noche Marjorie tuvo que preparar el té a Ted y acostar a los niños, y Ted se mostró hosco y puso todo tipo de dificultades como siempre hacía en las raras ocasiones en que Marjorie salía para divertirse sola, y Derrick se portó fatal, como

hacía siempre en esas mismas ocasiones. Su madre llegó cuando Marjorie se vestía frenéticamente con la falda y la blusa azules y un par de medias de seda, y la llegada de su madre significaba que ya había preparado el té a George y que George estaría esperándola en la estación.

—No puedo entretenerme ni un minuto más si quiero coger el tren —dijo Marjorie luchando con las ligas. No se había parado a ponerse los guantes, sino que corrió por Harrison Way a toda prisa hacia la estación. No era raro que estuviera sin aliento cuando se dejó caer en el vagón vacío cuya puerta George mantenía abierta para que ella entrase, mientras bajaba las escaleras a toda velocidad.

Sin embargo, a pesar de un comienzo tan poco prometedor, el resto de la velada fue un éxito decidido. Marjorie sugirió que cenaran en el pequeño restaurante italiano al que la había llevado Millicent, y George (que apenas era capaz de distinguir un restaurante de otro) accedió. Ella le sonrió encantada en la mesa, cuando el camarero, hablando románticamente en un inglés chapurreado, les sugirió lo que podían tomar. Era mucho más emocionante comer en el West End con un joven guapo que con Millicent Dunne, que había ido al colegio con ella. Siguiendo la sugerencia de Marjorie tomaron Chianti; Marjorie no conocía más vinos que el Chianti, el oporto y el champán, y sabía que este último era muy caro, mientras que el oporto era lo que bebían los abstemios en público en los bares. Tanto la lógica como la experiencia le dijeron que lo que debían beber en la cena en ese restaurante era el Chianti, y eso era lo que bebía todo el mundo.

Era maravillosamente romántico beber vino tinto y comer entremeses, tener una selección de una docena de platos distintos a la vez. La emoción particular que producía todo aquello habría sido difícil de analizar aunque Marjorie lo hubiese intentado, cosa que naturalmente no hizo. Luego tomaron un filete de platija, un poco de pollo y un helado, una taza de café y un cigarrillo de los de George... Por primera vez en su vida Marjorie se encontró disfrutando de verdad de un cigarrillo, ya que no había fumado más de una docena de veces antes. Se agarró al brazo de George, extasiada, cuando iban caminando por la acera atestada. Aquello era romántico, era la vida tal y como había que vivirla, y George era un hombre maravillosamente listo por haber pensado en hacerlo. Ocuparon unas butacas de tres chelines y seis peniques en un cine y vieron una película que Marjorie quería ver; le daba una satisfacción muy especial pensar que los ignorantes vecinos de las afueras tendrían que esperar dos o tres meses antes de verla en los cines locales.

Todo parecía ir bien. Incluso en el tren de vuelta a casa los dejaron solos en un compartimento antes de haber recorrido la mitad del camino, y Marjorie pudo arrojarle en brazos de George y decirle una vez más cuánto había disfrutado, y cómo le quería, y pudieron besarse, loca y apasionadamente. Mientras estaban absortos el uno en el otro, labios con labios, la alegría de la velada empezó a desvanecerse.

Fueron aquellos besos enloquecedores y delirantes los que empezaron a causar problemas otra vez. Dos veces tuvieron que apartarse cuando el tren se detuvo en sendas estaciones, y cada vez Marjorie volvió a él de nuevo, con su esbelto cuerpo rendido entre sus brazos y las rodillas contra las de él.

Estaban borrachos de pasión cuando salieron del tren y fueron andando por Simon Street. George la atrajo hacia la oscuridad del callejón que había junto a las vías del ferrocarril.

—¡Alguien puede vernos! —protestó débilmente Marjorie, pero al momento siguiente ya estaba de nuevo entre sus brazos.

—Ah, no quiero dejarte, cariño —susurró ella—. No quiero tener que volver a casa.

Añadió más combustible a las llamas por lo que le dijo. Ted le había enseñado en su luna de miel, hacía muchos años, a despertar la pasión de un hombre. Ahora lo hacía instintivamente, la elocuencia de sus labios ayudada por su irresistible cuerpo insinuando lo que no se podía decir con palabras.

—¿No sería maravilloso, cariño, que no tuviera que dejarte? —dijo—. Que pudiéramos pasar la noche juntos. ¿No te gustaría, cariño? ¿Te gustaría dormir conmigo?

—Sí... oh, sí —dijo George.

—No hemos pasado nunca una noche juntos —dijo Marjorie—. Ah, cómo me gustaría levantarme por la mañana y ver tu cara junto a la mía en la almohada. Estás tan guapo con el pelo alborotado, cariño...

—Ojalá pudiéramos —dijo George—. Por Dios que deseo...

Deseaba tantas cosas que no podía ni empezar a hacer una lista. Tampoco le ayudaba el tren de ida, que pasó diez minutos después del tren de vuelta, traqueteando por la zanja por debajo de ellos.

—Tengo que irme cuando pase el próximo tren —dijo Marjorie—. Ted es muy listo. Solo diez minutos más, cariño. Ah, amor mío...

—Tengo que verte pronto —dijo George, un momento después, apartándose de sus besos, con la cabeza dándole vueltas—. Tengo que verte. ¿Qué hace Grainger mañana?

—¿Mañana? ¿Qué día es? ¡Ah, jueves! —un recuerdo súbito alteró su tono mientras repetía—: Jueves...

Hizo el mismo cálculo que había hecho Ted. Sabía que el jueves llegaría la crisis.

—¿Qué pasa el jueves? —preguntó George. Sus celos temerosos habían captado la alteración del tono de ella.

—Nada —dijo Marjorie—. Nada, cariño. Pero no creo que Ted salga mañana. No tiene nunca nada especial que hacer los jueves por la noche.

Su tono no era absolutamente convincente cuando mentía. Pero no podía decirle a

su amante que la ruptura entre ella y su marido estaba a punto de ponerse de manifiesto, cuando ella le hiciera comprender que existía desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué es lo que te preocupa, cariño? —le preguntó George—. Algo te inquieta.

—No, no es nada. En realidad no es nada. Es que no quiero dejarte, cariño. No quiero irme, y, sin embargo, tengo que irme. ¡Escucha! Ya viene el tren.

El siguiente tren se detuvo con un chillido de frenos en la estación que estaba a doscientos metros de distancia. De mala gana él la fue soltando; ella no sentía tanto dejarle, en aquel momento. Temía que él le presionase para que le contara por qué la alarmaba tanto la perspectiva del jueves por la noche.

—Volvamos a Simon Street, cariño —le dijo—. Cuando vuelvo de la estación por la noche siempre voy andando por la carretera, si voy sola, nunca por el callejón.

En la esquina del callejón ella levantó de nuevo la cara hacia él.

—Será mejor que no vengas más allá, cariño —dijo—. Buenas noches. Que duermas bien.

Se volvió y bajó corriendo la cuesta de Simon Street y dio la vuelta a la esquina de Harrison Way. La luz en la ventana del primer piso del número 77 mostraba que Ted todavía no estaba dormido. No se había metido aún en la cama, pero ya estaba medio desvestido cuando Marjorie entró en la habitación.

—Llegas muy tarde —dijo. Eso resultaba consolador. Significaba que el azar no le había revelado cómo había pasado aquella velada.

—Siempre llego tarde cuando voy a ver a Mill —dijo Marjorie.

—Menuda pájara está hecha esa —dijo Ted—. No sé qué tenéis que deciros la una a la otra. Siempre parece que tenéis mucho de qué hablar.

Se puso la chaqueta del pijama encima del pecho peludo y se metió en la cama mientras Marjorie colgaba sus mejores prendas, la falda y la blusa azul marino, de unas perchas.

—Apaga ya la luz —dijo él—. Quiero dormir.

George la había seguido a distancia por Harrison Way. También había visto la luz en la ventana delantera del primer piso, y supuso que Grainger esperaba allí a su mujer. Se le pasó por la imaginación que debía quedarse por allí, por si Grainger había descubierto algo y Marjorie necesitaba su ayuda. Pero la visión de esa luz en el piso de arriba le disuadió. Vio que la luz del vestíbulo se apagaba cuando Marjorie subía al piso de arriba, y supo que ahora ya estaría en el dormitorio con Grainger. La imaginación que ella había estimulado le atormentaba con vivas imágenes mientras permanecía de pie allí, mirando hacia la luz. Grainger estaba contemplando el bello y esbelto cuerpo que a él se le negaba. Ely estaba loco de celos, de pie en la calle silenciosa. La luz estaba apagada, y ella se había metido ya en la cama junto a Grainger. Quizá él pusiera sus ásperas manos en el cuerpo de ella.

Ely casi se queja en voz alta al ocurrírsele aquella idea. Al final se dio la vuelta y

se alejó, y anduvo enloquecido por las calles desiertas, de vuelta a Dewsbury Road. Y en la esquina de Cameron Road un nuevo pensamiento, irrumpiendo entre los tormentos de su locura, hizo que dudase en su rítmico paso. Había algo raro en la voz de Marjorie cuando habló del jueves por la noche. ¿Qué había en perspectiva el jueves por la noche que pudiera preocuparla? En la cama, George Ely no encontraba paz. En cuanto podía controlar las imágenes azuzadas por los celos, se despertaba de pronto otra vez, preguntándose qué ocurriría el jueves por la noche.

La noche del jueves fue oscura y llovió un poco. El ligero viento que soplaba era frío y triste. El tiempo no ayudaba precisamente a George Ely a tener paciencia, mientras esperaba junto al saúco. Silbó de nuevo, impaciente, y miró a través de la oscuridad hacia la casa que le ocultaba a Marjorie. Había luz en el salón, que se filtraba a través de las cortinas de la puerta ventana. Detrás de aquellas cortinas estaba Marjorie, y como no podía acudir a su llamada de inmediato, presumió que Grainger se encontraba también allí, disfrutando de la luz, el calor y la presencia de Marjorie. Solo Dios sabía lo que podía estar ocurriendo en aquel salón detrás del velo de las cortinas. Ely estaba amargado, locamente celoso. Apretó los puños en la oscuridad. No podía dejar de confiar en Marjorie, ni de creer sus juramentos y sus protestas. Marjorie estaba de su lado, contra Grainger, que era su enemigo común. Necesitaba con desesperación que Marjorie le asegurase que todo iba bien. Silbó una vez más, ardiendo de impaciencia y ansiedad.

Y ella vino entonces a él, deslizándose por el camino como un fantasma.

—No, no me beses, querido. No puedo quedarme más que un minuto. Ted se preguntaría qué estoy haciendo.

Él luchó para atraerla hacia sí, pero ella se resistió.

—No, de verdad, querido, no puedo. He venido solo a pedirte que esta noche te vayas. No tiene sentido que me esperes. De verdad que no. Ted está muy desagradable.

No habría querido decir esas últimas palabras. Se le escaparon durante sus apresuradas explicaciones mientras luchaba por imponerse a George y que la dejara ir en seguida.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué está haciendo? —fue un gruñido más que un susurro.

—Nada, nada, cariño, no quería decir eso. Solo quería decir que debes irte, ahora mismo. No puedo quedarme.

Ted estaba muy desagradable, desde luego, pero ella no quería contarle nada de aquello a George. No se lo habría contado aunque hubiese tenido tiempo. Marjorie había decidido luchar aquella batalla particular sola. Era el momento de crisis para el

que llevaba todo el día preparándose. No podía decirle a George que había engatusado a Ted con excusas desde el sábado anterior, porque desvelaría entonces el corolario necesario de que junto con las excusas había una promesa implícita para aquella noche. Y Ted estaba en el salón esperando su regreso... sería solo cuestión de unos segundos que fuese a buscarla y descubriese lo que estaba haciendo.

—¿Pero qué pasa, cariño? ¿Qué ocurre? —la voz de Ely sonaba agónica, al notar la agitación de ella.

—Es que temo que Ted salga a ver qué pasa. Déjame, de verdad, cariño. Adiós. Adiós. Nos veremos mañana.

Ya se había ido, dejando a Ely en la oscuridad, mirándola. Él apretó los puños hasta que le dolieron. El cuello de la camisa le oprimía demasiado, pero esas incomodidades eran asuntos sin importancia ante la avalancha de sufrimiento que le estaba devorando. Su indefensión le causó una conmoción.

—¿Qué podemos hacer? —se dijo a sí mismo—. ¿Qué podemos hacer?

Se quedó en el jardín, irritado por su impotencia, durante un rato, y luego salió corriendo por el callejón del ferrocarril. Un tren pasó traqueteando antes de que llegase a la esquina de Simon Street. Luego fue andando lleno de sufrimiento a lo largo de las calles húmedas, a la luz de los faroles, de vuelta a Dewsbury Road.

En el salón de Harrison Way, Ted intentaba rodear con sus brazos a Marjorie, como todos los detalles de su conducta de aquella noche habían pronosticado que haría.

—¿Tienes tiempo ahora para darme un beso, mujer? —preguntó.

Marjorie miró en torno a la habitación como un animal acorralado. No había refugio ni socorro allí. Ni en el papel de la pared desvaído, ni en la alfombra deshilachada, ni en los sillones desvencijados, ni en la radio barata. Lo único que había eran montones de ropa para remendar en la cesta que tenía junto a su sillón. Sentarse tranquilamente arreglando ropa en aquel momento habría sido el paraíso, pero no había la menor oportunidad de ello. Ted ya se abalanzaba hacia ella. La sensación que ella tenía era de pesadilla, como si Ted midiera seis metros de alto y dos de ancho, como si toda la habitación estuviese ocupada por el cuerpo de Ted.

Las manos de él le acariciaban el cuello.

—¡No! —gritó ella—. ¡No!

Le golpeó débilmente con las manos, a ciegas. Un débil puño dio a Ted en la nariz y la boca.

—¿Pero qué demonios...? —preguntó él—. ¿Qué demonios quieres decir?

Él se apartó de ella un paso. Sus antiguas sospechas de que ella estaba pasando por una fase de frialdad hacia él se veían confirmadas, pero no había anticipado una recepción tan hostil como aquella. Estaba furioso, y al ver el rostro de Marjorie, blanco y crispado por el odio, se puso más furioso aún.

—Yo... no puedo —dijo Marjorie—. No quiero hacerlo.

—Será mejor que superes eso rápido —dijo Ted—. Has tenido tiempo más que de sobras.

Marjorie tragó saliva. Aquel era el momento, imaginado de cien formas distintas, en que tenía que decirle a Ted que no le quería ya de aquella manera, en que tenía que persuadirle de que accediera a dejarla en paz durante el resto de sus vidas. Ella pensaba prometerle a cambio toda la libertad que él deseaba... un par de veces, en momentos esperanzados de aquella semana, se había imaginado que él aceptaba su sugerencia, aunque quizá de mala gana. Pero era muchísimo más difícil de lo que había imaginado. Se puso a hablar desesperada, levantando las manos para defenderse del aplastante volumen de Ted mientras tanto.

—No —farfulló—. Ya no puedo dormir contigo, Ted. Eso... se ha terminado. Por favor, no me lo pidas más. Puedes hacer lo que quieras, Ted, puedes tener a quien quieras. No me importará. Pero déjame en paz. Eso... eso era lo que quería decirte, Ted.

Estaba ciega, aunque tenía los ojos abiertos, como si una niebla sólida la rodease. Se quedó de pie sin ver nada, en el breve silencio que siguió. La voz de Ted cuando habló parecía proceder de un lugar muy distante.

—Ya lo veo —dijo en un tono amenazador—. Conque esas tenemos, ¿eh?

—Sí.

De repente recobró la vista. Ahora que ya lo había dicho todo podía verle de nuevo con claridad, con su tamaño real, pero no menos amenazante. La ira tempestuosa, loca e incontrolada que ella había previsto no mostraba señal alguna de querer aparecer. Los ojos de él se estrecharon, y sus gruesos labios se apretaron. Ted estaba preparado para aquel arrebato, y sabía perfectamente cómo tratarlo.

—Crees que te vas a salir con la tuya con eso, ¿verdad? —dijo con una fría intensidad mucho más aterradora que la ira—. Yo te mantengo y te pago la ropa y te pago unas vacaciones de primera y así es como te portas tú. ¿Qué hay en el fondo de todo esto?

—Nada —dijo Marjorie—. Nada, excepto que no quiero hacerlo.

—¿Quién es el otro hombre? —Ted le disparó la pregunta como si fuera una catapulta—. ¿Quién es?

—Nadie —dijo Marjorie tranquila. Había anticipado aquella pregunta, y el hecho de que se la hiciera la ayudaba a recomponerse.

—¿Quién es?

—Nadie —repitió Marjorie. Por nada del mundo diría otra cosa—. Nadie, de verdad, nadie.

Ted la creyó, no porque ella mintiera con seguridad, sino porque era lo que quería creer. Habría sido un golpe terrible para su autoestima enterarse de que Marjorie

prefería a otro hombre antes que a él. La miró con los ojos guiñados de nuevo y ella se encogió ante él, y mientras él se dirigía hacia ella, ella se encogió más aún. Eso en sí mismo resultaba gratificante para él. Le complació verla tan asustada. En algún lugar recóndito de su mente anidaba la idea de que sería una experiencia deliciosa y nueva sujetarla mientras se encontraba en aquel estado, encogida y reluctante. Él podía obligarla y lo sabía. Había pensado en el método ideal... el germen de la inspiración había brotado en su mente hacía años. La idea le resultaba embriagadora y estimulante. Solo esperaba que ella estuviese muy decidida en ese nuevo comportamiento. Cuanto más se empecinase ella, y más pura y virginal quisiera ser (cuanto más desagradable hubiese llegado a ser él para ella, por tanto), más seductora resultaría la rendición a regañadientes que él sabía que podía conseguir de ella. Sabía que había un camino (y sabía que ella no había pensado en él, de modo que le resultaría una sorpresa) para reducirla al instante, con una sujeción abyecta. Le emocionaba mucho la idea; anticiparla era delicioso. Exploró un poco más para ver lo decidida que estaba ella.

—Sabes muy bien que harás lo que yo te diga —le gruñó adelantando la cabeza y la barbilla.

—¡No! —exclamó ella.

—¡Sí que lo harás!

—¡No, no lo haré! ¡No lo haré!

Se quedó satisfecho viendo que ella estaba absolutamente decidida. Mucho mejor así. Pronto sería su esclava complaciente, obediente a cualquier cosa que le quisiera ordenar.

—Ahora, escucha —dijo él—. Eres idiota. Podría pegarte... obligarte a hacer lo que yo dijera.

—¡No podrías! ¡No puedes obligarme!

—Ah, ¿así que no puedo? ¿Estás segura de eso? No tengo que pegarte a ti, en absoluto. Está la pequeña Anne, en el piso de arriba. ¿Qué tal ella? Una buena tunda esta noche no le sentaría mal. Y no me importaría dársela. ¿Quieres que vaya arriba y la coja? ¿Eh?

—¡Ted!

Era el horror máximo. Marjorie estaba a punto de desmayarse... se apoyó en la pared, con la cara blanca como el papel. Sabía que Ted era capaz de hacerlo, de sacar a Anne de la cama a rastras, desnudarla y darle una paliza.

—¿Eh? —dijo Ted de nuevo mirándola—. Ven conmigo.

Ella abrió la boca para gritar, pero de su garganta seca solo escapó un sonido lastimoso, no más intenso que el gimoteo de un recién nacido.

—Ven conmigo —dijo Ted. Era la hora de su triunfo. No se movería ni un centímetro hacia delante para atraerla hacia él. Debía acudir ella, voluntariamente,

sumisa.

—Es tu última oportunidad —exclamó Ted—. La última oportunidad de Anne.

—¡Aaah! —chilló Marjorie.

La puerta estaba detrás de ella, todavía abierta de par en par. Todavía podía huir. Al dar el primer paso, el miedo histérico se apoderó de ella. Saltó hacia el vestíbulo sin darse cuenta siquiera de que lo estaba haciendo. Oyó los pasos de Ted tras ella y corrió locamente hacia la puerta principal. Llegó a tiempo, y corrió y corrió por las calles, bajo una lluvia fina. Iba sin chaqueta y sin sombrero. Tenía los ojos arrasados en lágrimas, el labio superior húmedo de mocos mientras corría, bajando por la loma de Simon Street, y dando la vuelta hacia Dewsbury Road. Corría con rapidez, ciegamente. No encaminó sus pasos conscientemente. Quizás hubiese corrido sin rumbo, si no hubiese tenido esperanza alguna de encontrar ayuda. Pero el caso es que la costumbre y el instinto la llevaron adonde se encontraba su madre, donde estaba George, donde se encontraba el hogar de su niñez.

Corrió en silencio, sin que los tacones de sus zapatillas tocaran el suelo, jadeando y sollozando mientras corría, tan rápido como un corredor olímpico. Un par de peatones la vieron pasar y se volvieron a mirarla, pero ella pasó a su lado rápidamente, y se podía conseguir tan poca cosa intentando adelantarla o llamándola que, intrigados, la dejaron correr y no hicieron nada.

El cerrojo de la cancela era familiar para ella desde su niñez. Su mano encontró el pestillo sin buscarlo siquiera. Llamó a la puerta, llamó desesperadamente, hasta que acudió su madre con rápidos pasos a abrirla. George estaba en el vestíbulo también, atraído por los golpes que había dado en la puerta.

—¡Madre! —sollozó Marjorie—. ¡Es Ted!

—Vamos, entra, querida. Entra y cerremos la puerta —dijo su madre, tranquilizándola.

No dejó transparentar señal alguna de su triunfo. Sabía que pronto ocurriría algo así. No podía prever qué sería exactamente, pero sabía que alguna crisis de ese tipo pondría a Ted en sus manos.

Marjorie entró a trompicones en el salón. Se veía su cara húmeda por las lágrimas. Casi estaba irreconocible por el terror y las náuseas.

—¿Qué ocurre, cariño? —dijo George—. ¿Qué pasa?

—¡Es Ted! —repitió ella alzando la voz hasta llegar al grito—. ¡Es un demonio! ¡Es malvado! ¡Es un animal!

—¿Pero qué ha hecho? —preguntó George.

—Ah, no... ¡no puedo quedarme aquí! ¡No puedo quedarme aquí! ¡Tengo que volver! ¡Rápido!

Se volvió muy alterada hacia la puerta, trasteando con el cerrojo.

—Volveremos contigo —dijo su madre decidiéndose al momento—. George,

usted irá con ella. Yo les alcanzaré dentro de un momento.

Salieron a la calle, George silencioso y ardiendo de rabia, Marjorie tambaleándose ahora por la debilidad, con espantosos sollozos que la sacudían a cada paso. Unos segundos después su madre llegó corriendo y se unió a ellos. En la mano llevaba la bolsa de cuero, y en la bolsa algún objeto pesado, pero ni George ni Marjorie se fijaron. Nadie habló durante cincuenta metros, y fue Marjorie quien rompió el silencio. Su voz sonaba débil ahora. Era como si suspirase en lugar de hablar.

—¡Deprisa! —dijo, e intentó dar ejemplo, pero sus débiles piernas cedían bajo su propio peso—. ¡Va a pegar a Anne! Quizá le esté pegando ya...

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó George.

—Para obligarme a que duerma con él. Es cruel. Es espantoso. George, no sabes cómo es. Es... Es... ¡Ah, rápido, rápido!

Les apremió a seguir adelante. Pasó un minuto entero antes de que recobrase el aliento suficiente para hablar de nuevo.

—¿Qué vamos a decirle, madre? —preguntó Marjorie.

—No vamos a decirle nada —dijo su madre torvamente—. Lo vamos a matar.

A su lado, George dio un rápido respingo. Había oído lo que acababa de decir la mujer, y veía que concordaba exactamente con lo que él mismo sentía. Estaba como loco, ardiendo de rabia. No pensó en las armas mientras apretaba los puños a sus costados; ni siquiera sabía qué era lo que colgaba pesadamente en la bolsa de cuero que llevaba la señora Clair. Marjorie lo oyó también. Estaba alelada por el dolor, pero oyó y comprendió. Si Ted moría, Anne estaría a salvo para siempre. Esa era la idea que predominaba. Muy vaga y nebulosamente siguió pensando que la muerte de Ted solucionaría también todos los demás problemas, pero corría demasiado rápido y estaba demasiado consumida por la ansiedad para poder seguir esa línea de anticipación.

—Ya he pensado lo que podemos hacer —dijo su madre dispuesta a combatir cualquier irresolución, pero no fue necesario. Nadie hizo ningún comentario. Ni George ni Marjorie pensaban con la suficiente claridad para verse disuadidos al pensar en las consecuencias, ni eran capaces de darse cuenta siquiera de que podían existir tales consecuencias. Andaban rápidamente por las calles, los tres. La empinada cuesta de Simon Street no les echó atrás. Bajaron a la carrera la pendiente de Harrison Way.

—Por aquí —dijo la madre pensando como siempre en los detalles prácticos.

Entraron por la entrada lateral hacia la cocina, y se quedaron allí un segundo, la madre escuchando, y los otros dos, irresolutos, de momento.

—Vamos —dijo la madre; llevaba la bolsa de cuero en la mano. La siguieron hacia el vestíbulo, y ella echó atrás a Marjorie.

—Tú espera aquí —le dijo, y entonces se llevó a George con ella y atravesaron el salón.

Marjorie, que estaba de pie en el umbral entre la cocina y el vestíbulo, donde su madre le había dicho que se quedase, oyó que se abría la puerta del salón.

—¿Qué demonios...? —Se oyó decir a Ted, a gritos y con furia—. ¿Qué demonios creen que están haciendo en mi casa? ¡Largo de aquí los dos!

Ted estaba enfurecido. Se le había arrebatado el triunfo sobre su esposa, y aunque sabía que solo era un aplazamiento, que pronto ella tendría que volver a él arrastrándose, mansa y sumisa, hasta aquel aplazamiento le resultaba irritante, especialmente un aplazamiento después de que los *pubs* estuviesen cerrados.

—¿Han oído lo que he dicho? —La voz de Ted llegaba claramente hasta los oídos de Marjorie—. ¡Fuera de aquí! En cuanto a usted, joven Ely...

—Tenga esto, George —dijo la voz de su madre, calmada y tranquila.

Marjorie no imaginaba qué era lo que le estaba dando. Oyó decir a Ted «¡Dios mío!», con asombro y miedo, e inmediatamente después el sonido ahogado de un golpe, y luego un cuerpo que caía. Alguien (le pareció que era una voz que nunca había oído antes) empezó a gemir.

—Oooh... oooh... —decía la voz, lastimera.

—Dale otra vez, George —dijo su madre.

Marjorie oyó un crujido y luego lo volvió a oír otra vez, pero los gemidos se callaron en seco.

Su madre volvió al vestíbulo. Tenía la cara muy blanca, pero parecía muy calmada y nada alterada.

—Bueno, ya está, cariño —dijo—. Ya puedes entrar.

Había algo echado en el suelo; llevaba la ropa de trabajo de Ted, y se estaba formando un charco negro... no, rojo, a su alrededor. George estaba de pie, con la cara sonrojada y las aletas de la nariz muy abiertas. Respiraba tan fuerte como un perro en verano, y colgando de su mano derecha se encontraba un hacha pequeña, cubierta de rojo, también. Tenía los ojos muy abiertos y miraba sin ver hacia la pared opuesta. No se movía, excepto por el balanceo del hacha. La sustancia roja del hacha formaba una larga gota lenta, como de melaza, que cayó con un «plof» en el linóleo.

—Tenemos mucho tiempo —dijo su madre, mirando el reloj que todavía hacía tictac sobre la chimenea—. Pero hay que aprovecharlo bien. Vamos, deme eso, George.

Le cogió el hacha de la mano, que no se resistió, y se quedó de pie un momento como si estuviera pensando qué hacer con ella, y luego la llevó a la cocina. Marjorie oyó que alguien levantaba la tapa de la caldera y luego la volvía a poner; estaba claro que su madre había dejado caer el objeto allí. Luego, su madre volvió, rápida.

—He encendido el gas y he puesto las teteras. Necesitaremos mucha agua caliente

para limpiar todo este desastre. Puedes empezar ya, Marjorie, mientras George y yo nos vamos. No debe quedar ni una sola marca ni un rastro. Tendremos que lavar la alfombra.

—¿Qué vais a hacer? —dijo Marjorie. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que había entrado en casa.

La señora Clair se inclinó hacia delante, acercándose a ellos, para que se les quedara grabado más vivamente lo que tenía que decirles. Con sus palabras iniciales cogió por la solapa a George y la sacudió, como para devolverle la conciencia.

—Tenemos que sacarlo y llevarlo hasta las vías del tren —dijo—. Lo pondremos en las vías. Antes de que haya la luz suficiente para verle mañana, habrán pasado una docena de trenes. No sabrán nunca si ha sido... esto o bien un suicidio.

—¡Madre! —dijo Marjorie. No estaba tan conmovida como sorprendida por la duplicidad y facilidad de recursos de su madre.

—Bah —dijo la señora Claire—. Ya me he ocupado de todo. Le dije a la policía hace días que se estaba portando de una manera muy rara.

Miró a los ojos a George y a Marjorie, inmutable. Ya podían suponer si querían qué parte de aquel hecho era obra suya; no le importaba, ahora que habían tenido éxito. No tenía previsto que ocurriera aquella noche, y de aquella forma en particular... lo único que había hecho era provocar un enfrentamiento inevitable, un crimen de una violencia inevitable, y estaba allí dispuesta para suministrar el arma y los medios de librarse de las consecuencias. Probablemente ellos nunca sabrían qué parte era planeada y qué parte era un azar inevitable.

—Vamos, venga —dijo la señora Clair con irritación—. No debemos perder más tiempo. George, cójalo por los hombros. George, cálmese, vamos. Así. Cójalo por los hombros y yo lo cogeré por las piernas. Enciende la luz, Marjorie, y abre la puerta ventana. Así. Vamos, George.

La señora Clair hablaba entre susurros al abrir la ventana.

—Hay una silla ahí, George. Dé la vuelta alrededor. Recuerde el escalón. Está llegando ya. Muy bien, así. Baje sin hacer ruido.

Sus lentos y suaves pasos se perdieron por el caminito. Marjorie se quedó un momento en el umbral de la puerta ventana. Su cabeza se estaba aclarando con rapidez. Abrió la ventana, dejándola abierta de par en par. Luego corrió la cortina una vez más, y pasó a través del oscuro salón hacia el vestíbulo iluminado. Se imaginaba claramente el charco oscuro que se encontraba en el extremo más alejado de la habitación, su forma y su tamaño. Incluso en la oscuridad fue capaz de pasar sin pisarlo, pero se estremeció al pasar junto a él.

El sargento Hale bajaba por Simon Street. Aquella noche tenía una cita con un soplón, un hombre que a cambio de unos pocos chelines estaba dispuesto a dar información con respecto a las actividades criminales de sus socios. Hale no esperaba obtener ninguna información aquella noche; el objetivo de la reunión era simplemente entregar al soplón el dinero que se había ganado en los últimos tiempos. Le costaría menos de un segundo. Pero la hora elegida era lo suficientemente tardía, después de cerrar los bares, para que resultase improbable que nadie lo viera hacerlo, y el lugar de la cita era bastante alejado y por tanto seguro.

Mientras caminaba pesadamente, pero en silencio, bajando por Simon Street con sus zapatos de suela de goma, Hale comprendió que llegaba diez minutos antes. Era una debilidad suya bastante lamentable, de la cual era consciente desde la niñez, llegar siempre diez minutos antes a cualquier cita. En la esquina del callejón que quedaba detrás de la vía del ferrocarril, a espaldas de las casas de extraña numeración de Harrison Way, hizo una pausa. Si daba un rodeo y recorría aquel callejón hasta el extremo más alejado, y llegaba por tanto a su cita por Trecastle Road, llegaría cinco minutos tarde a la cita, o quizás incluso más. Era una perspectiva que le irritaba un poco, y su impulso fue descartar aquella idea. Después de todo, el agente Clough, el número 79, que hacía aquella ronda, era bastante fiable, y por tanto el callejón ya habría sido patrullado convenientemente.

Después, el sargento Hale, que iba bajando por Simon Street, recordó que aquella mujer... ¿cómo se llamaba?, la señora Clair, eso es... le había hablado de su yerno, que vivía en una de las casas cuya parte de atrás daba al callejón. El número 77, donde se había suicidado aquella chica. Le dijo que el hombre se estaba volviendo loco. Aquello fue lo que inclinó la balanza. El sargento decidió pasar por el callejón para ver si había algo que podía llamarle la atención.

En el número 77 había luz en el salón de la parte de atrás, que se filtraba por la puerta ventana con sus cortinas. Seguía así cuando el sargento llegó a la cancela del jardín. Entonces, cuando estaba a punto de seguir, oyó una puerta. Parecía el sonido de la puerta que comunicaba la cocina con la habitación auxiliar, que se abría y se

cerraba, y se encendió otra luz en la parte trasera de la casa, que no iluminaba directamente el jardín, sino el costado de la casa que había al lado. Alguien debía de haber llegado a casa y entrado por la puerta lateral. El sargento se quedó un momento junto al seto. Aquella señal de actividad en la casa bastó, combinada con lo que le había dicho la señora Clair, para mantenerle allí esperando un segundo o dos más, casi en contra de su propia voluntad.

Luego oyó claramente la voz de un hombre que se alzaba llena de ira o de sorpresa, y luego la voz se acalló. Todo aquello era relativamente poco significativo, solo lo suficiente para evitar que el sargento continuase andando. Se encendió la luz del salón. Probablemente se iban a la cama... pero no, se abrió cautelosamente la puerta ventana, el sargento oyó el inconfundible y leve sonido que hizo, un poco ahogado. Aquello era más interesante. Alguien susurraba, alguien iba avanzando lentamente por el camino. El sargento se retiró por el seto, alejándose de la puerta, y encontró un pequeño hueco en el cual podía ocultarse en la oscuridad. Quien quiera que fuese (y parecía que eran dos personas) venían arrastrándose por el camino. La cancela chirrió un poco, salió alguien y miró a ambos lados como para asegurarse de que allí no había nadie. El sargento Hale seguía muy quieto en su hueco del seto. Esta vez oyó un nuevo susurro, una voz de mujer.

—Vamos —decía—, todo va bien.

Por la lentitud de sus pasos parecía que llevaban a cuestras algo pesado. Ahí estaban; con nerviosos y agudos jadeos, levantaron su carga por encima de la barandilla que acotaba las vías del ferrocarril. Uno de ellos empezó a trepar por encima, y el sargento Hale entonces pensó que era el momento de intervenir.

—¿Qué es todo esto? —exigió, saliendo del seto.

La mujer chilló llena de espanto y sorpresa; el hombre bajó de un salto de la barandilla con la culpabilidad claramente impresa en todos sus movimientos, a pesar de la oscuridad. Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

—¿Qué llevan ahí? —preguntó el sargento Hale. No sospechaba en absoluto lo que era, pero sacó su linterna a pilas del bolsillo y con ella iluminó el bulto que estaba contra la barandilla.

—¡Dios mío! —exclamó, y su mano fue como un relámpago al silbato.

Entonces fue cuando la señora Clair recobró su rápido ingenio. Saltó a cogerle la mano al sargento y lo agarró.

—¡Vamos, George! —dijo—. ¡Dele! ¡A por él! —George fue corriendo y rodeó con los brazos el ancho pecho del sargento, en el preciso momento en que el sargento conseguía librarse de la presa de la señora Clair. Los dos hombres se tambalearon y vacilaron en una tensa lucha, gruñendo por el esfuerzo que estaban haciendo. George todavía estaba algo embotado, como lo había estado desde que asestó aquel golpe en el salón. Le costaba mucho pelear con un luchador entrenado. Y mientras se

acercaban, la señora Clair recorrió velozmente de nuevo el sendero del jardín. Una sola idea llenaba su mente mientras iba corriendo: gracias a Dios había tenido la previsión de sacar aquellas cincuenta libras del banco, que llevaba consigo aquella noche en su bolso.

Abrió la puerta ventana. Marjorie estaba entrando en el salón, con un cubo lleno de agua humeante en una mano y un cepillo para frotar el suelo en la otra. Con la repentina entrada de su madre se sobresaltó y chilló; el cubo cayó con estruendo, enviando un torrente de agua por el suelo.

—¡Ven, corre! —dijo la señora Clair—. ¡Ven ahora mismo! Eso no importa.

Sacó rápidamente su bolso de la bolsa de cuero que estaba en una mesita auxiliar. Agarró el brazo de Marjorie y la sacó de la habitación a rastras.

—¿Tienes el sombrero arriba? —preguntó cuando estaban en el vestíbulo.

—Sí —dijo Marjorie.

—Entonces tendremos que irnos sin él.

Abrió de par en par la puerta delantera y apremió a Marjorie para que saliera a la calle. Casi corrían cuando bajaron hacia High Street. Apenas habían cubierto un centenar de metros cuando oyeron tras ellas el sonido de un silbato de la policía, claro y penetrante en el silencio de la noche.

—No debemos correr ahora —dijo la señora Clair. Moderó su paso y ambas anduvieron casi despacio, dos mujeres aparentemente respetables e inofensivas, que podían ignorar sin problemas el silbato de la policía tras ellas.

Solo una o dos personas salieron a sus puertas al oír aquel sonido, y la señora Clair y Marjorie pasaron andando muy despacio junto a ellas. Cada paso las llevaba más cerca de la seguridad. Al final dieron la vuelta a una esquina, y luego a otra. Ya estaban en High Street, y la señora Clair perdió medio segundo decidiendo hacia dónde dirigirse. La llegada de un autobús la decidió. Lo hizo parar y ambas subieron.

—Dos, a la última parada —dijo la señora Clair, dándole al conductor un chelín que llevaba en el bolso.

Fue un trayecto largo hasta Croydon. Subían y bajaban pasajeros, y a cada nueva parada, ambas mujeres miraban a su alrededor por temor de que subiera un policía. La señora Clair temblaba de miedo; no con el temor de las consecuencias que podían proceder de lo que habían hecho, sino por el ciego pánico de los perseguidos, ahora que el momento decisivo había pasado. Se sentía débil y fría. Era consciente de que tenía la cara pálida y le temblaban las manos. Entonces se dio cuenta de que a Marjorie, a su lado, la sacudían los sollozos. Atraería la atención hacia ellas. La gente recordaría bien a una joven sin sombrero y sin chaqueta en una noche lluviosa que sollozaba en un autobús. Eso ayudaría a los perseguidores, más tarde. La señora Clair se esforzó por apreciar el hecho de que no estaban en ningún peligro inmediato, que nadie podría arrestarlas en los siguientes minutos.

La señora Clair hizo acopio de todas las fuerzas que se le escapaban. Por sí sola se habría conformado con aceptar lo que había hecho, pero a la pobre Marjorie había que protegerla y guardarla. Se sentó muy tiesa en su asiento, esforzándose por parecer serena e inmutable, y dio unos toquecitos a Marjorie para llamarle la atención. Marjorie se sobresaltó y miró a su alrededor, y encontró el severo ceño de su madre y vio que meneaba la cabeza. Marjorie recordó, absurdamente, las reprensiones sin palabras que recibía treinta años atrás en la iglesia, cuando el sermón se le hacía muy pesado. La advertencia que le transmitían los gestos de su madre, pero en una extensión aún mayor, el ejemplo de la aparente calma de su madre, consiguieron tranquilizar también a Marjorie. Se esforzó por contener sus sollozos y por tranquilizarse y adoptar una postura natural en el asiento. No podían hablar, no podían intercambiar una conversación nimia, como hubiera sido deseable, si querían pasar sin que se fijaran en ellas. Pero se sentaron rígidamente, una junto a la otra, conteniéndose para no mirar por encima del hombro cuando subía alguien al autobús durante todo el camino a Croydon.

La señora Clair, por cierto, no tenía tiempo ni atención que prestar a ningún refinado fingimiento. Su mente ahora estaba muy ocupada tramando planes de huida. Salvo la elemental precaución de sacar aquellas cincuenta libras del banco no había dedicado pensamiento alguno a aquel hecho antes, tan confiada se hallaba en que no habría necesidad alguna de huir. Ahora, el largo viaje a Croydon parecía demasiado corto para considerar los detalles de lo que podían hacer a continuación... y los detalles, se daba cuenta la señora Clair con gran clarividencia, eran tan importantes como el plan en general.

Croydon era un gran centro de tráfico, eso lo sabía, y desde allí partían trenes y autobuses en todas direcciones, de vuelta a Londres, a otros lugares de la periferia, o incluso a la costa. Debían llegar a la costa, decidió al instante. La estación vacacional estaba todavía en su apogeo. Agosto todavía no había concluido. Ahora eran dos mujeres sin hogar, y ¿dónde era más natural que buscasen alojamiento temporal dos mujeres, sino en una ciudad de veraneo? Estaba la cuestión de aquella noche. Sin equipaje y dado que Marjorie no llevaba ni sombrero ni chaqueta, en cualquier hotel u hostel las mirarían con extrañeza, y podrían recordarlas después. Al día siguiente podrían remediar aquello, pero aquella noche no podían atreverse a buscar una habitación. La señora Clair intentó recordar las ciudades de la costa sur, preguntándose si podrían refugiarse allí aquella noche.

—Estación de East Croydon —anunció el conductor cuando se paró el autobús.

La señora Clair hizo señas a su hija de nuevo y siguieron al largo contingente de pasajeros que dejaban el autobús. En el vestíbulo de la estación, brillantemente iluminado, la señora Clair examinó el tablero indicador. Había un tren que salía hacia Brighton aquella noche, al cabo de un cuarto de hora. Abrió su monedero y sacó un

billete del precioso rollo, y se acercó a la ventanilla.

—Tres billetes de ida para Brighton, por favor —dijo, con firmeza. Mientras bajaban los escalones hacia el andén, Marjorie le susurró urgentemente, porque ya había revivido lo suficiente, gracias al ejemplo de su madre, para interesarse por sus planes.

—¿Por qué has comprado tres billetes? —le preguntó.

—No hagas preguntas —dijo la señora Clair.

Uno de los billetes quedó en su monedero, y ella solo tendió dos para que los picaran en la cancela. La idea que la había guiado era que la policía podía preguntar por dos mujeres; al comprar tres billetes despistarían un poco si las seguían nada menos que hasta la ventanilla de venta de billetes de tren en Croydon. Pero no podía explicarle todo aquello a Marjorie. Le pareció un tema muy poco delicado para comentarlo con ella. De modo que dijo: «no hagas preguntas», lo mismo que decía cuando Marjorie, de niña, le preguntaba cómo había nacido. Y Marjorie recordó eso mismo cuando le contestó su madre. En su nueva indefensión y dependencia de su madre, parecía estar volviendo a la niñez.

Había un niño que vendía a deshora periódicos de la tarde; la señora Clair compró dos. Luego llegó el tren y se vació a medias de pasajeros. Solo había tres personas más en el compartimento que eligió la señora Clair, y pudo colocar a Marjorie en una esquina y sentarse junto a ella. Le pasó un periódico y dio ejemplo abriendo el otro y sujetándolo delante de su cara. La señora Clair pensaba de nuevo en todo con rapidez y claridad. No sería culpa suya si los demás pasajeros podían reconocer más tarde sus descripciones. El tren corría entre la oscuridad, con su ritmo constante roto por las paradas en estaciones intermedias. Aquel era el último tren que paraba entre Londres y Brighton. Todos los demás pasajeros, el hombre con polainas y una cadena de reloj de oro, la mujer que había estado comprando en Peter Robinson y el joven de cara pálida bajaron antes de llegar a Brighton, pero una pareja joven con tendencia a las risitas siguió en el tren, y no se quedaron a solas ni un momento durante el tedioso viaje. Marjorie leyó el mismo párrafo impreso (algo relacionado con acciones y valores) una y otra vez, y vio cómo iba oscilando ante sus ojos mientras sujetaba el periódico ante su cara. No significaba más para ella al final del viaje que al principio.

Cuando el tren paró en Brighton, la señora Clair se quedó un poco rezagada para permitir que la joven pareja saliera del vagón antes de bajar ellas. Marjorie había dejado el periódico en el asiento con la intención de abandonarlo, pero su madre lo volvió a coger.

—Creo que los volveremos a necesitar —dijo crípticamente.

En la barrera les cogieron los billetes sin hacer preguntas y sin dirigirles una mirada, y luego salieron a la calle. Caía una lluvia mínima, una cantidad casi insignificante, y allí, en aquella ciudad de vacaciones, el hecho de que Marjorie no

llevara sombrero pasaría bastante inadvertido.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Marjorie, y se puso a temblar, agarrándose al brazo de su madre. Recordaba muy bien las otras ocasiones en las que había hecho aquella misma pregunta.

—Todo irá bien, querida —dijo su madre plácidamente.

Colina abajo, por supuesto, llegaron al mar, a las luces y al paseo. La señora Clair no lo conocía por ninguna deducción topográfica, sino por experiencia de muchas ciudades a la orilla del mar. Las luces casi estaban apagadas por aquel entonces, pero el paseo estaba bien iluminado con farolas, y al salir hacia este, se vieron saludadas por el sonido de unas olas suaves de buen tiempo que rompían en la playa. El aire que procedía del mar era muy tonificante, después del ahogo del vagón de ferrocarril. Se despertó una oleada de recuerdos en la mente de Marjorie. La última vez que había respirado el aire del mar, George estaba con ella. Entonces, incomprensiblemente, surgió un nuevo recuerdo, borrando el anterior: el recuerdo de algo sumergido en un charco rojo en el linóleo del salón.

—Ay, madre, madre... —dijo Marjorie.

El delgado brazo de la señora Clair le dolía en el lugar donde lo agarraban los dedos de su hija.

—Vamos, vamos —dijo confortándola—. Solo un poquito más.

Estaban en el paseo, cerca del muelle. La señora Clair caminaba tranquilamente a lo largo, hacia Kemp Town. En uno de los reservados había todavía dos personas sentadas, amantes, posiblemente. Pasaron varios reservados más hasta que la señora Clair se detuvo.

—Sentémonos aquí —dijo.

Al sentarse en el banco se dio cuenta de repente de que estaba muy, muy cansada. Marjorie se sentó junto a ella.

—Ven —dijo la señora Clair—. He traído esto para que estés caliente.

En el tren había recordado que el papel de periódico va bien cuando estás expuesto al frío. En la época de la guerra ponía hojas de periódico entre las mantas.

—Envuélvete con esto —dijo la señora Clair—. Póntelos debajo de la falda.

Marjorie se puso de pie obediente mientras su madre le levantaba la ropa y le proporcionaba una enagua nueva de periódico.

—A ver —dijo la señora Clair—. Así irá mejor. Solo un minuto. Doblaré este para ponértelo debajo... debajo, siéntate encima. ¿Estás cómoda? Ahora intenta dormir un poco. Levanta los pies. Así. Buenas noches, cariño.

Con el cese del tráfico, el sonido del mar llegó hasta ellas con mucha mayor claridad. Podían oír las olas que rompían, el ruido de los guijarros cuando el agua se retiraba. Durante un rato Marjorie casi creyó que se podría dormir. Estaba muy cansada, y su madre la había consolado mucho. Luego, sentada allí, con los ojos

cerrados, oyó que se acercaban unos pasos medidos. Sus miembros se tensaron. Se puso tensa de ansiedad. ¡Asesinato! ¿Era la policía que venía a arrestarlas? Miró entre la oscuridad el perfil de su madre, que veía a duras penas en el rincón opuesto.

—¡Madre! —dijo aterrorizada.

—¡Sssh! —dijo la señora Clair.

Los pasos se acercaron. Estaban ahora a su altura. Luego pasaron de largo... solo era algún peatón retrasado que volvía a casa por el paseo.

—Duerme, cariño —dijo la señora Clair—. Tu madre te cuida.

Era una antigua fórmula que tenía ya treinta años.

Le costó un rato al corazón de Marjorie acallar sus rápidos latidos y tranquilizarse de nuevo. Luego, más de una vez, se adormiló ligeramente y a trompicones. Cada vez se despertaba sobresaltada, sudando, llena de terror. Algunos pensamientos nuevos horripilantes habían llegado a ella. No se había fijado en el ojo de Ted en aquel momento, el único ojo que se veía, pero ahora lo recordaba con toda claridad. Medio abierto y velado, de modo que solo se veía un poco de blanco sin vida y parte de la pupila. Aquella visión llegó a ella magnificada veinte veces en sueños.

—¡Sssh! Querida —dijo la señora Clair—. Tu madre te cuida.

Luego se le ocurrió algo más terrible aún, si es que era posible.

—¡Madre! ¿Qué pasará con los niños?

—Alguien los cuidará bien, no te preocupes por eso —dijo la señora Clair, tranquilizándola.

Debía de ser telepatía, porque la pregunta de Marjorie había llegado justo cuando la señora Clair estaba también llena de ansiedad por los niños. Pero no se permitió mostrar señal alguna de aquella ansiedad mientras tranquilizaba a su hija.

—No quiero decir ahora, madre —dijo Marjorie enloquecida. No se le había ocurrido hasta entonces que existía una posibilidad de que sus niños dormidos siguieran en aquel momento en la casa—. Quiero decir: ¿qué será de ellos? ¿Qué harán cuando... cuando...?

A Marjorie le faltaban palabras para describir el vago futuro de si serían capaces o no de evadirse de la policía.

—No te preocupes por ellos ahora, cariño. Estarán bien. Ya lo arreglaremos después.

La señora Clair no tenía ni idea de lo que podía ocurrirles a los niños. El sufrimiento le taladraba la cabeza cuando pensaba en ellos. Pero habló con tanta firmeza y convicción como pudo.

—¡Y George, madre! ¿Qué le habrá ocurrido?

—Pues no lo sé, cariño. Pero no te preocupes. Vete a dormir, cariño.

—¿Le habrán... le habrán cogido?

—Quizá le hayan cogido, cariño. O quizá no. Lo sabremos mañana. Duérmete

ahora, sé buena.

Más tarde, el frío de la noche se introdujo entre los periódicos con los que la señora Clair había intentado mantener caliente a su hija.

—Tengo mucho frío, madre. Estoy temblando.

Marjorie se parecía más que nunca a la niña pequeña que en tiempos había apretado la señora Clair contra su pecho.

—¡Pobre corderita! —dijo—. ¡Vamos! No te preocupes.

La señora Clair se quitó la chaqueta y envolvió las piernas y los pies de su hija con ella.

—¿Y tú, madre?

—¿Yo? Estoy bien. Cierra los ojos ahora y te dormirás antes de que puedas decir Jack Robinson.

El suave oleaje continuaba batiendo sobre la playa. Hubo un momento en que Marjorie se durmió de verdad, a pesar de que le temblaban los miembros y los dientes le castañeteaban, y su madre permaneció sentada y erguida vigilándola, negándose con gravedad a sí misma los temblores o los castañeteos de dientes.

Poco a poco la aurora llegó al cielo, y el paisaje cambió de la oscuridad al gris, antes de que Marjorie se despertara de nuevo.

—Ya es de día, madre. ¿Podemos irnos ya?

—No, todavía no, cariño.

Serían menos visibles, según la opinión de la señora Clair, sentadas todavía en el refugio que caminando por la ciudad donde no podrían hacer nada todavía, y donde habría pocas personas por las calles. Los osados bañistas de antes del desayuno empezaron a bajar, cruzando el paseo de camino hacia la playa. Las mujeres las miraban con los ojos apagados al entrar en el agua, algunas tímidas y otras atrevidas. Pasaban de las ocho cuando la señora Clair decidió que era seguro moverse.

—Creo que ya nos podemos ir, cariño. Podemos desayunar un poco, me atrevería a decir. Arréglate primero el pelo, corderita. Aquí tienes... Usa mi peine y mi espejo.

Miró a Marjorie ansiosamente para asegurarse de que demostraba lo menos posible las huellas de la noche que habían pasado.

—Qué lástima —dijo la señora Clair— que no haya traído ningún maquillaje para que te lo pongas. Será una de las primeras cosas que compraremos. Ahora, vamos a ver si nos tomamos una taza de té en alguna parte.

Los carteles ya estaban colocados junto a los quioscos donde vendían la prensa. Unos cuantos les saltaron a la vista cuando volvieron una esquina. De repente, mientras se dirigían de nuevo a la ciudad, Marjorie se detuvo y agarró el brazo de su madre.

«MISTERIOSA MUERTE EN LAS AFUERAS. UN HOMBRE DETENIDO», leyeron, y luego otro: «EL CRIMEN DE LAS VÍAS DEL TREN EN LONDRES».

—No debes sobresaltarte de esa manera —dijo la señora Clair—. No debes hacerlo, querida, de verdad.

Se esforzó por seguir andando sin alterar su paso, y desde luego sin mirar para ver si alguien las observaba; se esforzó con toda seriedad en leer el último cartel de la fila:

«SOSPECHA DE ASESINATO EN LAS AFUERAS DE LONDRES».

—Vamos, vamos, querida. Anda como Dios manda —dijo la señora Clair como si estuviese conduciendo a una Marjorie remolona de cinco años desde casa hasta la iglesia.

Había algunas personas desayunando en el restaurante de una cadena que encontraron. La señora Clair miró por la puerta para asegurarse antes de entrar. En el lavabo de mujeres, Marjorie le hizo la pregunta que asomaba a sus labios desde hacía unos minutos.

—Madre, ¿es George el hombre que han detenido?

La señora Clair miró a su alrededor rápidamente, al lavabo vacío, y vio con alivio que las dos puertas que tenía detrás estaban marcadas como «libres», y luego se volvió hacia su hija.

—No debes hacer esas preguntas en absoluto —dijo con sorprendente vehemencia, considerando que hablaba en voz baja—. No me digas nada de esto a menos que yo lo haya dicho primero antes. O, si no, te detendrán de inmediato.

El labio inferior de Marjorie empezó a temblar.

—¡Para ya! —exclamó la señora Clair.

Varias tazas de un té fuerte en el restaurante las ayudaron a revivir. Ninguna de las dos era capaz de comer nada.

—Bien —dijo la señora Clair mirando el reloj—. Ya podemos ir de compras.

Un impermeable y un sombrero para Marjorie, pintalabios y polvos, esas fueron las primeras cosas que compraron. Marjorie sentía como si estuviera viviendo en un sueño, una pesadilla, una pesadilla tal que hasta comprarse un sombrero era una tarea desagradable, y mucho más desagradable dado que su madre la miraba con ojos de halcón para asegurarse de que compraba un sombrero vulgar, normal y corriente.

—Necesitamos una muda de ropa —dijo la señora Clair pensativa—. Y también camisones para pasar la noche. Y un cepillo y un peine.

Se iba asustando cada vez más por las mermas que aquellas compras hacían en su dinero (¡cincuenta libras le habían parecido una fortuna para su mente frugal!), pero se armó de valor y siguió adelante. Cada una de esas compras era necesaria si querían mantener la impostura de ser unas veraneantes... y eso debían hacer para evitar ser capturadas. Dejó a Marjorie en la acera, con los brazos llenos de paquetes mientras iba sola a una tienda a comprar una raída maleta de segunda mano. De otro modo, el tendero las recordaría. En una calle lateral pudieron meter los paquetes en la maleta,

que arrastraron con ellas por la calle. Afortunadamente no era inusual ver mujeres con maletas por las calles de las ciudades de veraneo.

Se sentaron exhaustas en un banco público junto a un lugar ajardinado.

—Y ahora escucha con mucha atención lo que te voy a decir —dijo la señora Clair, que antes había mirado a su alrededor para asegurarse de que nadie les oía—. Creo que será mejor que seamos las señoras James. Al fin y al cabo, yo era la señora de James Clair antes de que muriese tu padre. Señora James. Recuérdalo. ¿Y quién vas a ser tú?

—Yo... no lo sé —dijo Marjorie.

—Vamos, cálmate —dijo la señora Clair bruscamente—. ¿Qué podría ser? ¿La señora Smith? ¿La señora Jones? No, son demasiado corrientes. La señora Robinson. Eso es. La señora... la señora de Henry Robinson. De nombre de pila, Adelaide. La señora Adelaide Robinson, James de soltera. Y yo soy tu madre, la señora Francés James. Creo que será mejor que siga siendo tu madre, cariño.

La señora Clair se abstuvo de explicar que no podía confiar en que su hija no siguiera llamándola «madre», sin ser consciente de que otros las estaban escuchando.

—Sí —dijo Marjorie.

—No sirve de nada decir «sí». Debes grabarte en la mente esto de verdad —dijo la señora Clair.

—Sí.

Se quedaron sentadas mirando el tráfico que fluía por el extremo más alejado de la plaza verde.

—Adelaide —dijo la señora Clair, de repente, y no recibió respuesta alguna—. ¡Ya está! ¿Lo ves? Ya te has olvidado. No te olvides, te llamas Adelaide, y así es como te llamaré, siempre.

—Sí, madre.

Marjorie estaba enferma de cansancio. No se sentía soñolienta en absoluto. No tenía deseo alguno de cerrar los ojos. Lo único que quería hacer era quedarse allí sentada indefinidamente, sin pensar en nada.

—Estaremos muy bien aquí, Adelaide —dijo la señora Clair mirando complacida la pequeña habitación, con citas bíblicas en las paredes y una fea cama de latón que casi la llenaba por entero.

Hablaba despacio y claramente, porque sospechaba que la lúgubre propietaria estaba al otro lado de la puerta oyendo su conversación inicial, y quería mantener la impostura que había adoptado cuando habían pedido alojamiento allí, de una viuda que había visto días mejores y, sin embargo, todavía era afectadamente amable. Se quitó el sombrero y la chaqueta y luego fue recorriendo tranquilamente la habitación, dirigiéndose hacia la puerta de nuevo, para asegurarse de que no había nadie detrás.

—Ya estamos bien —dijo volviendo con su hija—. Échate ahora y descansa un poco.

Bajaron la cubierta y Marjorie se echó bajo la manta después de quitarse la falda y los zapatos. La señora Clair se sentó bajo la ventana en la única silla de madera curvada, y abrió el periódico de la tarde que había traído. Los titulares de los periódicos llevaban acosándolas desde el mediodía; cuando levantó el periódico para leerlo, las palabras quedaron ante sus ojos:

«HOMBRE ACUSADO DE ASESINATO EN LAS AFUERAS».

«DOS MUJERES DESAPARECIDAS EN EL CRIMEN DE LAS AFUERAS».

«LA POLICÍA BUSCA A DOS MUJERES».

Estaba en la portada:

«Esta mañana, en el Juzgado Municipal Suburbano de la zona sur, George Frederick Ely, de 24 años, de Dewsbury Road 16, fue acusado de asesinato intencionado de Edward Grainger, de Harrison Way 77. Siguiendo el consejo de Su Señoría el Honorable Juez Masón, el prisionero reservó su defensa hasta que pudiera ser representado legalmente. El señor Southwell, representando a la policía, dijo, al pedir su prisión preventiva, que hoy mismo se proponía presentar pruebas formales. Hay sólidos motivos para creer que además de Ely se hallan implicadas otras personas, y hasta que se aprehenda a

estas personas (y no tenía duda alguna de que sería cuestión de unos pocos días) estaba en interés del detenido, así como en el de la justicia, que se concediera la prisión preventiva. El detenido, un joven extraordinariamente agraciado, fue enviado, por tanto, a prisión preventiva por una semana.

»Más tarde, la policía emitió una declaración en el sentido siguiente: la policía considera deseable en interés de la justicia que la señora Marjorie Grainger, de Harrison Way 77, y la señora Martha Clair, de Dewsbury Road 16, comparezcan para ayudar con su testimonio en la investigación del crimen de Edward Grainger, marido de la primera. Cualquier información relativa al paradero de esas dos personas se podrá comunicar en cualquier comisaría de policía, o bien por teléfono a Whitehall 1212.

»Nuestros representantes en el lugar han sabido que la policía ha hecho investigaciones relativas a la compra de un hacha en una tienda cercana al lugar del arresto, y el hacha en cuestión fue descubierta en la vecindad del crimen».

Eso era todo. La señora Clair lo leyó dos veces, y luego una tercera vez. No le gustaba nada el aspecto periodístico de la noticia, como ese típico toque que describía a George Ely como «extraordinariamente agraciado», ni la sutil alusión al hacha que podía llevar al público a interesarse por el paradero de Martha Clair y Marjorie Grainger. Para sus objetivos, era suficiente que no se hubiese emitido aún públicamente ninguna descripción de ellas dos. La policía debía de tenerla, suponía, pero eso no importaba demasiado. Aquella noche al menos estaban a salvo de las propietarias fisgonas. Dobló el periódico y miró a su hija, que estaba en la cama.

—No creo que debamos salir esta noche, Adelaide —dijo con la voz clara pero algo exagerada que había adoptado—. Hemos tenido un día agotador, ¿verdad?

—Sí —dijo Marjorie. Se quejó un poco y volvió la cabeza a un lado y a otro en la almohada.

—Desharé el equipaje —dijo la señora Clair.

Más tarde sonó un golpecito en la puerta.

—La cena está lista —dijo la voz de la propietaria en el exterior.

Pan, queso, tomates y té... Ninguna de las dos había comido más que un bocado en todo el día, y Marjorie, desganada, seguía sin tener apetito.

—Verdaderamente, Adelaide, querida —dijo la señora Clair—, deberías intentar comer un poquito para mantener las fuerzas.

Marjorie negó con la cabeza.

—Este pan está bueno, es fresco. Por favor —dijo la señora Clair.

Ella misma comió un poco, aunque no tenía más hambre que Marjorie. Con dificultades obligó a su hija a tragar algo.

—Debemos irnos a dormir temprano —explicó la señora Clair a la propietaria—. Estamos muy cansadas después del viaje.

La propietaria asintió, indiferente. La señora Clair le había dicho que vivían en Reading.

—¿El desayuno a las ocho y media? —fue lo único que dijo—. ¿Y qué querrán tomar?

Ya arriba, mientras la señora Clair cerraba la puerta, Marjorie se quedó mirándola con una expresión de asombro.

—Yo... no me encuentro bien —dijo Marjorie. Las rodillas se doblaban bajo su cuerpo, y la señora Clair llegó justo a tiempo de sujetarla cuando caía. La echó en la cama, le desabrochó la falda, le quitó los zapatos, le mojó la cara con una toallita empapada en la jarra del lavabo.

—Vamos, vamos, corderita —dijo la señora Clair con dulzura—. Pronto estarás mejor. Creo que ya te encuentras mejor. Tu madre te ayudará a meterte en la cama, querida.

Desnudó a su hija de sus ropas. No había falsa modestia entre ellas en aquella coyuntura, ni podían ponerse una prenda antes de quitarse otra. La cintura de Marjorie estaba marcada por las señales rojizas que dejaba el cinturón de las ligas, que llevaba sin interrupción desde hacía treinta y seis horas, pero aparte de eso, su cuerpo desnudo estaba inmaculado... sus espléndidos brazos, hombros y piernas todavía conservaban el bronceado de las recientes vacaciones. Mientras la señora Clair le pasaba por la cabeza a su hija el camisón nuevo, pensó para sí que Marjorie no mostraba señal alguna de haber dado a luz a dos hijos. Eso era más de lo que podía decir de sí misma, y la señora Clair tenía una mente lo bastante liberal como para atribuirlo a los mejores métodos y conocimientos de la nueva generación. Apartó a un lado el pelo de Marjorie y se lo sujetó en una coleta a la espalda.

—Ahora vete a dormir, cariño —murmuró abriendo la cama y metiendo las piernas de Marjorie dentro—. Duerme bien, corderita mía.

Apartó los cortos cabellos de la frente de Marjorie y luego se dedicó a hacer sus propios preparativos para acostarse.

Le resultaba extraño ver que no se sentía ni cansada ni adormilada. Solo se sentía vieja, se dijo a sí misma. Rígida, débil y vacilante, como si el reloj de su vida estuviera ya concluyendo su camino, pero nada cansada, y desde luego, sin sueño. Le costó bastante esfuerzo subir a la cama, y una vez allí, le resultó muy placentero yacer allí quieta y callada, contemplando la habitación a oscuras. Ya no había odio alguno que alterase su paz. Aquel demonio de Ted había recibido lo que se merecía. Se sorprendió al darse cuenta de que no se arrepentía de no haber vertido en su oído moribundo (como había planeado) la información de que su mujer le había sido infiel, y que se había acostado alegremente con el guapo muchacho que le había

matado. Todo aquello estaba pasado, olvidado. El odio había concluido ya. Lo único que quedaba era un amor intenso, cálido y subyugador por la hija que tenía a su lado. La señora Clair sentía que la ternura desbordaba de su pecho al escuchar la respiración de Marjorie y al notar la calidez de su cuerpo. Solo por eso la señora Clair quería seguir viviendo. Estaba repleta de aquel amor desbordante. Con su calidez consoladora, se iba deslizando imperceptiblemente hacia el ligero pero reconfortante sueño de la vejez.

A una hora indeterminada de la mañana Marjorie la despertó. Marjorie había dormido lo suficiente para recuperarse de su fatiga, que era solo animal, y a aquella hora en que la vitalidad está en su punto más bajo, espantosas visiones la habían despertado. No podía enfrentarse a ellas sola en la oscuridad.

—Madre, madre —se quejaba. Sus dedos se retorcían y apretaban dolorosamente el delgado muslo de su madre.

—¿Qué ocurre, cariño? —susurró la señora Clair, despierta al instante. Cogió la mano de Marjorie entre las suyas y la acarició.

—Madre, yo quiero saber —dijo Marjorie con la mente torturada por imágenes apenas vistas—. Madre... ¿qué le pasó a su otro ojo?

—Sssh, querida —susurró la señora Clair—. Sssh, cariño. No tienes que preocuparte por nada. Todo eso ya ha pasado. Ahora vamos a olvidarnos de eso.

La señora Clair sabía muy bien lo que preocupaba a Marjorie. Ella tenía el mismo recuerdo, de aquel ojo turbio y medio abierto con el blanco sin vida expuesto, y había visto lo que no vio su hija, lo que le ocurrió al otro ojo bajo el filo del hacha empuñada por la fuerza enloquecida de Ely.

—Madre —dijo Marjorie, febril, volviéndose de lado y enfrentada a otra preocupación—. Madre, ¿nos colgarán a las dos, a ti y a mí?

—No, querida, claro que no. No harán nada semejante. Tu madre cuidará de ti, cariño. No te preocupes, corderita mía. No hay nada de qué preocuparse.

Ella triunfó sobre aquellas preocupaciones de pesadilla, al final. Engatusó y mimó a su hija para infundirle un cierto grado de tranquilidad hasta que la fatiga volvió a adueñarse de ella y Marjorie se volvió a dormir... no demasiado bien, porque se sobresaltaba y murmuraba incluso durante el sueño. Dot hacía lo mismo cuando era pequeña.

A la mañana siguiente era sábado; las calles y el paseo y el muelle estaban más concurridos que la noche anterior, porque los visitantes se veían reforzados por los que alargaban el fin de semana. Y en todas partes parecía haber titulares de los periódicos, en las tiendas y mostrados por los vendedores de periódicos del paseo.

«DESCRIPCIÓN COMPLETA DE LAS MUJERES BUSCADAS».

Aquel titular las contemplaba a cada esquina que doblaban; la señora Clair compró un periódico.

—Podemos oír a la banda desde este sitio, Adelaide —dijo—. Sentémonos.

No pensaba pagar tres peniques por cabeza por un asiento junto a la banda... no mientras el dinero de su bolso fuera menguando a aquel paso tan alarmante. Se sentaron, tal y como Marjorie se había sentado con George en tantos y tantos paseos durante aquellas vacaciones que parecían haber transcurrido hacía mucho tiempo, y la señora Clair abrió el periódico con toda la apariencia de interés casual que pudo fingir. Allí estaban sus descripciones, era cierto...

«Marjorie Grainger, de 32 años. Altura, metro sesenta y siete. Pelo y ojos oscuros, manos y pies pequeñas. De constitución atlética, estaba muy bronceada cuando se la vio por última vez. Probablemente lleva un jersey y una falda de lana marrón.

»Martha Clair. Edad, 59 años. Altura, metro cincuenta y seis o cincuenta y siete. Cabello gris, casi blanco, ojos color avellana. De aspecto pulcro, muy activa para su edad. Probablemente lleve blusa y falda negra y un sombrero negro con una aguja de hueso negra a un lado».

La señora Clair dio un suspiro de alivio cuando leyó aquellas descripciones. Se equivocaban en varios detalles esenciales. Marjorie llevaba un jersey rojo y gris, con la falda marrón. Y en cuanto a ella misma, aunque algunas personas podrían decir que sus ojos eran color avellana, ella los describiría más bien como grises. La blusa y la falda negras y el sombrero no significaban nada. La mitad de las mujeres de Inglaterra de más de cincuenta años llevaban blusas y faldas negras, y sombreros parecidos a los de la descripción se podían encontrar en cada calle. En conjunto no eran unas descripciones demasiado buenas; la señora Clair se preguntaba quién las habría proporcionado. La altura probablemente la había sugerido aquel sargento de policía, pero la señora Clair sospechaba que la señora Taylor, que vivía en la casa de al lado de Marjorie, habría hablado de la ropa. Era muy propio de la señora Taylor equivocarse en todo.

Marjorie se movió inquieta a su lado.

—¿Qué dicen, madre? —preguntó.

La señora Clair la silenció con una mirada; había otras personas sentadas en el atestado banco, y no podía decir nada por temor a que la oyesen. Siguió leyendo la primera plana y su reciente sensación de tranquilidad se extinguió y casi se vio reemplazada por la consternación cuando lo hizo. Había dos párrafos cortos que hablaban del posible paradero de la señora Grainger y la señora Clair. No parecían tener la menor duda de que las iban a atrapar pronto. Se mantenía la vigilancia en los puertos, pero se sabía que las dos mujeres no tenían pasaporte. Se creía que sus recursos eran escasos... y eso significaba (se dijo la señora Clair a sí misma) que la

policía había descubierto lo de las cincuenta libras y se imaginaba cuánto tiempo podían durar. Finalmente, era obvio para cualquiera que resultaría muy fácil identificar a dos mujeres, madre e hija, que viajaran juntas. Se hacía alusión intencionadamente, como conclusión, a que el público mantuviera los ojos abiertos por si las veían.

La señora Clair experimentó un instante de penetrante clarividencia cuando estaba allí sentada pensando en todo aquello. Nunca antes se había parado a pensar en la relación entre prensa y Policía y público, pero ahora era consciente de sus implicaciones, de repente. Aquellos carteles que decían «caza de dos mujeres» bastarían para vender periódicos a cientos, a miles, y eso era lo que quería la prensa. Una caza humana era un buen artículo de venta; la caza de una mujer todavía era mejor. Sabía también (a ella le pasaba lo mismo en los viejos tiempos) que un asesinato jugoso ayudaba mucho a vender periódicos. La gente que leyera el martes la noticia de una joven esposa sospechosa de asesinar a su marido (especialmente una joven esposa con un amante «extraordinariamente agraciado») compraría otro periódico el miércoles con la esperanza de leer más. Y un asunto sangriento con un hacha era mejor lectura que las frías manipulaciones de un asesino con veneno de ratas o herbicida. La señora Clair apreciaba de repente lo muy astuta que había sido la policía al revelar tantos detalles para estimular el interés del público y asegurarse la cooperación de la prensa.

La caza ahora estaba en marcha; quizá la policía se limitara a sentarse y esperar que el público hiciera el trabajo por ellos. Todo el mundo, todo dueño de hotel, todo propietario que alquilase una casa, buscaría a una madre de cincuenta y nueve años con una hija de treinta y dos, y si las encontraban las entregarían a la policía sin pensar más en los sentimientos de las dos mujeres que un cazador piensa en el zorro o en el faisán. En parte sería para gratificar su sentido de la propia importancia, y también porque formaba parte de la caza, y daba igual que fuesen mujeres o pelotas de tenis.

La señora Clair hervía de indignación contra el público por disfrutar de los problemas de Marjorie como si fuera un espectáculo gratuito, y luego se quedó fría de terror otra vez. Estaba muy bien tranquilizarse y decirse que debía de haber miles de parejas de madres e hijas alojándose en establecimientos de toda Inglaterra. Algunas de esas parejas incluso puede que resultasen sospechosas y las arrestasen, injustamente. Eso a ellas no les afectaría en absoluto, porque al cabo de una hora de investigación acabarían soltándolas. A la señora Clair tampoco le preocupaban los problemas de las demás personas, en todo caso. Pero la posibilidad de que las arrestasen a Marjorie y a ella por el simple entrometimiento y egocentrismo del público era algo que sí que le preocupaba. Hasta que leyó los periódicos no pensaba demasiado en el peligro: la mayor parte de sus actividades había estado dedicada a no

dejar rastros que pudiera seguir la policía. Pero se ponía frenética al pensar que todo aquel trabajo no había servido para nada, que los sabuesos podían quedarse sentados e irse a dormir hasta que un grito de algún trabajador en el campo les indicase dónde estaba el zorro.

La exaltada claridad de visión de la señora Clair persistía. Veía el mundo como una vasta extensión de aguas negras y amenazadoras, con barcos indefensos flotando en su superficie. Aquí y allá había remolinos, y a veces algún barco resultaba atrapado en uno de ellos y empezaba a dar vueltas y vueltas, y luego el remolino lo arrastraba hacia el fondo para siempre. Ella y aquellos a los que conocía habían navegado junto a uno de esos remolinos. Dot fue la primera a la que se tragó un remolino. La señora Clair suspiró al pensar en la agonía de Dot cuando quedó atrapada y empezó a girar. Luego la siguió Ted hacia el abismo. Ahora era George Ely el atrapado, dando vueltas en el mismísimo borde del precipicio... Pasaría poco tiempo hasta que él también desapareciese, pobre muchacho. Ella misma y Marjorie estaban empezando ya a notar el tirón y la succión. Quizá siguieran a George pronto. Y fuera de ellos, quizás arrastrados al final también, podía haber otros: Derrick y Anne, quizás.

Mientras se representaba aquella imagen mental, a la señora Clair, inocentemente, ni siquiera se le ocurría pensar que quizás en parte aquello fuese culpa suya, que quizás había contribuido por su propia voluntad a aquel desastre. A la señora Clair todo aquello le parecía totalmente inevitable y predestinado, y es posible que tuviese razón.

Era un asunto sucio, una historia de lujuria, crimen y venganza, a la que no redimía ninguna de las nobles cualidades de la humanidad: devoción, sacrificio propio, amor. Todo era culpa de Ted. Su indecencia era la que lo había desencadenado, su indecencia manchó a todos aquellos a los que tocó. Había que luchar contra él en su propio terreno, lujuria por lujuria, pasión por pasión, adulterio por adulterio, y crimen por crimen. Puede que fuese mejor llevar aquella historia hasta su conclusión con la mayor rapidez posible, superarla, concluirla y olvidarla.

La señora Clair se desembarazó de aquellos pensamientos con un sobresalto. Aquello no hacía más que demostrar que era una locura soñar despierta. Había empezado a pensar realmente en rendirse, en entregar a Marjorie a la policía y al verdugo. Eso era una locura, y una locura maligna. Nunca, nunca, nunca haría semejante cosa. No le importaba ella misma. Lo que le preocupaba era Marjorie. Debía hacer todo lo que pudiera por Marjorie. La señora Clair apretó sus dientes pequeños y blancos (ninguno falso entre ellos) y se juró que moriría en la brecha para salvar a Marjorie. La dulce, querida y adorada Marjorie. Debía empezar a pensar de nuevo a ver qué podían hacer a continuación.

Marjorie le había puesto la mano en la rodilla y la estaba sacudiendo.

—Madre, madre, ¿por qué no me escuchas?

—¿Qué pasa? —respondió la señora Clair, y añadió, con un esfuerzo—: Adelaide.

—Creo que acabo de ver a la señora Posket caminando por el paseo marítimo —dijo Marjorie.

La señora Clair se habría sobresaltado de no poseer tanto autocontrol. Se quedó rígida y silenciosa durante dos o tres segundos. Había personas junto a ellas a cada lado; no debía mostrar ningún temor de la señora Posket.

—¿Ah, sí? —dijo al final, y esperaba que su voz no sonase tan afectada y poco natural a otras personas como le sonaba a sí misma—. Pues claro, la señora Posket iba a ir a Worthing de vacaciones. Es muy probable que tengas razón, querida, y sea ella. Se puede llegar muy fácilmente a Brighton desde Worthing. Qué día más encantador hace, cariño.

La urgencia de su mirada hizo que Marjorie tartamudease, asintiendo. Se quedaron en silencio entonces durante largos minutos, minutos que les parecieron horas, mientras la señora Clair examinaba todo el paseo hasta la distancia más alejada que pudo con sus ojos de águila. Y por fin...

—Bueno, creo que llevamos ya aquí sentadas el rato suficiente, querida —dijo la señora Clair, despreocupada—. Vámonos.

Atravesaron el paseo rápidamente y encontraron cobijo en una empinada calle lateral.

—¿Estás completamente segura de que era la señora Posket? —preguntó la señora Clair.

—Sí, madre. Bastante segura. Ella no nos ha visto.

—No, de eso estoy segura —dijo la señora Clair, amargamente. No se hacía ilusiones sobre lo que haría la señora Posket si veía a sus dos amigas a las que buscaba la policía.

—¿Qué vamos a hacer, madre? —gimió Marjorie, corriendo al lado de su madre.

—Vamos a volver a nuestro alojamiento. No podemos estar por la calle mientras la señora Posket ande por aquí.

En el vestíbulo de la pensión vieron a la propietaria. Estaba de pie, apoyando la espalda contra la pared y leyendo un periódico que había encontrado en la habitación de uno de sus inquilinos.

—Vuelven muy temprano —dijo la propietaria—. Todavía no tienen preparada la comida, falta mucho.

—No —dijo la señora Clair, y ya mientras pronunciaba aquel monosílabo, su mente inquieta pensaba con rapidez qué mentira contar—. Hemos vuelto a buscar un libro que me había dejado. Saldremos otra vez hasta la hora de comer.

—Ah, bien —dijo la propietaria.

Era una mujer alta, oscura, con la cara huesuda y angulosa. Las miró de una manera un poco extraña, de cerca, recorriéndolas con los ojos con lo que simplemente podría ser mala educación.

—Ve a buscarlo tú, Adelaide —dijo la señora Clair—. Tus piernas son más jóvenes que las mías. Yo me quedaré aquí hablando con la señora... perdone, es muy descortés por mi parte, pero he olvidado de nuevo su nombre. Tengo una memoria espantosa.

—Me llamo Hudson —dijo la propietaria.

Todavía miraba a la señora Clair, que ahora se sentía segura de que se estaba fijando en su traje y su sombrero negros, y preguntándose si su edad serían cincuenta y nueve años, y la de su hija treinta y dos.

—Es maravilloso lo mucho que está durando este verano, ¿verdad? —dijo la señora Clair, valientemente.

—Sí, es verdad —dijo la señora Hudson, y luego, de repente—: ¿Qué tal está Reading?

—Ah, espantoso —dijo la señora Clair—. Las... las fábricas de galletas son muy ruidosas.

—Ah, sí. Supongo que sí —dijo la señora Hudson.

Marjorie bajó de nuevo las escaleras. La señora Clair le dirigió una rápida mirada. Quizá pudiese confiar en que había mentido de una manera convincente. De todos modos tenían que correr el riesgo.

—¿Lo has cogido, cariño? —preguntó, maternalmente.

—Sí, lo llevo en el bolso —dijo Marjorie intrépida. Había pensado en aquella mentira en la soledad del dormitorio, preparándose para decírla cuando bajase por las escaleras.

—Bien —dijo la señora Clair—. Bueno, nos vamos otra vez. Volveremos después de las doce, señora Hudson.

—Pues muy bien —dijo la señora Hudson, y ambas salieron de nuevo a la libertad de la calle, una libertad envenenada por la posibilidad de encontrarse con la señora Posket.

—No vamos a volver —dijo la señora Clair, decidida—. Es una lástima tener que abandonar todas las cosas que acabamos de comprar.

—Pero ¿qué vamos a hacer, madre?

—No podemos volver allí —dijo la señora Clair ignorando la pregunta—. Ella sospecha.

—Oh, madre...

—Sí, sospecha. Me he dado cuenta. Hablará con la policía en cuanto tenga un minuto, y nos estarán esperando cuando volvamos, a las doce y media. Ahora son las once —dijo la señora Clair, mirando un reloj de la calle—. Vamos andando por aquí,

donde las calles están más tranquilas.

Y por donde había menos posibilidades de encontrarse con la señora Posket, aunque eso no lo dijo. La señora Clair iba caminando deprisa. Al parecer no le quedaba rastro alguno de la fatiga del día anterior y del anterior a ese.

Marjorie, a su lado, estaba envarada y cansada ya. No estaba demasiado preparada tampoco para la decisión que su madre estaba a punto de anunciarle.

—Tú vas a volver a Londres, cariño —dijo la señora Clair—. Y yo no iré contigo esta vez. Nos vamos a separar.

—¡Madre! ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir justamente lo que digo, cariño.

La señora Clair había tomado la decisión bastante rápido. Obviamente, no era seguro para ellas permanecer juntas, y justo antes de dejar el alojamiento, Marjorie había dicho una mentira con gran convicción, cosa que probaba que si la dejaba librada a sus propios medios estaría a salvo. La señora Clair nunca había creído en los niños mimados. Marjorie, en cuanto se viera obligada a pensar y actuar por sí misma, probablemente se recuperaría del todo de la infantil dependencia de su madre que había demostrado hasta entonces.

—Pero ¿por qué, madre? ¿Por qué debemos separarnos?

—Porque todo el mundo busca a dos mujeres juntas. Nos reconocerían fácilmente. Mira a la señora Hudson... Si nos separamos les resultará mucho más difícil. Nunca nos cogerán. Es lo mejor que podemos hacer... lo único que podemos hacer.

—Supongo que sí —accedió Marjorie sin demasiada convicción. La verdad de lo que estaba diciendo su madre resultaba obvio para su mente cansada—. Pero ¿por qué tengo que volver yo a Londres?

—Londres es el lugar más seguro para ti, cariño. En cualquier otro lugar podrías encontrarte con gente que te conoce. Pero no si te vas al otro lado de Londres, a Ealing, por ejemplo, o a Acton, o por el otro lado, a Hornsey. ¿No?

Había una profunda verdad en lo que estaba diciendo la señora Clair. Los rincones opuestos del Londres metropolitano estaban tan lejos unos de otros que a todos los efectos prácticos eran como pueblos a ochenta o noventa kilómetros de distancia. La oportunidad de que algunas de las pocas personas, vecinos del sudeste de Londres, que conocían a Marjorie de vista se las encontraran en las calles secundarias de Acton o de Hornsey eran increíblemente escasas. Esa era una verdad evidente para cualquier habitante de los barrios periféricos como Marjorie.

—Sí —dijo—. Pero... pero... yo no quiero dejarte, madre.

—¡Bobadas y tonterías! —exclamó la señora Clair con ligereza y amabilidad—. Te las has arreglado muy bien sin mí todos los años que has estado casada. Ahora podrás cuidarte estupendamente.

—Pero me sentiré muy sola, madre.

—Supongo que sí, cariño. Pero que yo sepa nadie se ha muerto de soledad. Tendrás mucho dinero. Tengo mucho para las dos. Ahora iremos a la estación. Espero que pase un tren pronto. Ahora escucha con cuidado, cariño. Esto es importante. Aquí tienes tu dinero. Abre el bolso. Así. Ahora, te vas a Londres y en cuanto llegues a la estación Victoria coges el metro y vas lo más lejos que puedas. Creo que lo mejor sería Acton. Tendrás que comprarte otra maleta y cosas. Es una lástima, pero te las arreglarás bien. Encuentra algún alojamiento discreto, cariño. Que sea barato. Podrás vivir muchas semanas allí, si me haces caso. Diles que tienes trabajo en la City, y sal cada día como si fueras a trabajar. Puedes ir a bibliotecas y sitios así para pasar el rato. Y el cine es barato si vas antes de la una. Al cabo de un mes, empieza a buscar trabajo. Conseguirás uno en seguida, cariño. Encontrarás algo. Te establecerás y serás feliz otra vez, y te olvidarás de todo esto. Estoy segura, cariño.

Fue un discurso muy largo el que pronunció la señora Clair, atropellando las palabras en su ansiedad por decirlo todo. Fue un buen ejemplo de rapidez de decisión; lo había pensado todo en los pocos minutos transcurridos desde que dejaron la casa de huéspedes. Pensó igual de rápido en los pocos minutos transcurridos desde que el sargento Hale surgió del seto, cuando lanzó a George Ely a por él para tener tiempo de escapar con Marjorie.

—¿Y qué te pasará a ti, madre? —preguntó Marjorie indecisa y poco convencida.

—Ah, me irá bien —dijo la señora Clair—. Siempre he sabido arreglármelas. Tengo todo el dinero que necesito. Conseguiré un alojamiento también. Después buscaré trabajo como ama de llaves. Siempre había pensado que era lo que haría si Dot se casaba.

—Pero yo no quiero dejarte, madre —dijo Marjorie de nuevo cuando dieron la vuelta a la esquina y se acercaron a la estación.

—Tonterías, niña. No podemos elegir lo que queremos hacer y lo que no queremos hacer. Ya estamos. Vamos a ver si pasa algún tren.

Siempre circulan muchos trenes entre Londres y Brighton, y efectivamente, ocurrió que faltaba solo un cuarto de hora para que pasara el siguiente.

—Ahora me voy a despedir de ti, cariño. No me beses. Me sentaré aquí y esperaré hasta que se vaya el tren, pero será mejor que no volvamos a hablar. Corre a comprar tu billete y sube al tren. Adiós, cariño. Adiós. Adiós, querida.

La señora Clair se sentó, una figura solitaria y triste, en uno de los bancos de la estación, combatiendo valientemente las lágrimas que humedecían sus ojos. Vio salir a Marjorie del vestíbulo de las taquillas con el billete, y pasar la barrera sana y salva, y subir al tren. Se quedó sentada hasta que el tren hubo partido, y le habría gustado quedarse allí sentada mucho tiempo más, porque ahora se sentía horriblemente cansada, pero temía hacerlo. Alguien podía fijarse en ella y eso podía poner en

marcha de nuevo la caza de Marjorie. Con un suspiro se levantó del banco y fue andando por la estación, rápida y erguida como siempre, aunque sus ojos todavía estaban nublados por las lágrimas que estúpidamente se seguían acumulando en ellos.

La señora Clair no tenía intención alguna de llevar a cabo el programa que había explicado a Marjorie. Lo único que tenía, con excepción de un par de peniques sueltos, lo había vaciado en el bolso de Marjorie. Ella no tenía deseo alguno de vivir, si se separaba de Marjorie, ni deseo alguno de prolongar su vida a costa de aumentar el peligro para Marjorie... el dinero que era mucho para una sería muy poco si tenían que dividirlo por dos. Mientras Marjorie estuviese a salvo, a ella no le importaba lo que le ocurriese a sí misma. Ya tenía decidido lo que iba a hacer.

Fue andando por la tranquila calle lateral, andando, andando sin parar, intentando hacer caso omiso de su creciente fatiga, luchando contra las lágrimas. Se sorprendió mucho cuando notó que los sollozos le subían a la garganta. Luchó por reprimirlos. La gente empezaría a fijarse en ella, y eso no podía ser. Todavía no, al menos; un reloj en la calle le mostró que todavía no era la hora de que el tren de Marjorie hubiese llegado a la estación Victoria. Siguió caminando, sin parar. Sabía dónde estaba la comisaría de policía, porque se había fijado aquella misma mañana. Fue caminando hacia allí cuando al fin los relojes le indicaron que Marjorie estaba en Londres, a salvo otra vez. Fuera hizo una pausa un momento, procurando que su ropa estuviese bien pulcra y el sombrero recto. Luego entró con toda tranquilidad, subiendo los escalones. Un sargento de policía muy alto estaba encaramado en un mostrador, escribiendo, y al principio no se fijó en la señora bajita que esperaba pacientemente a que le concediera su atención. Al final acabó por mirarla, y ella le contó quién era.

El vagón en el que se había sentado Marjorie, acurrucada en un rincón, afortunadamente estaba vacío. No se libraba del todo de la observación de los demás porque era un tren con pasillo, y la gente iba y venía constantemente por el pasillo hacia los otros vagones. Cada vez que pasaba alguien, Marjorie se encogía sobre sí misma. Se volvió a mirar hacia la ventana, presentando así solo la nuca a los pasajeros, e intentó taparse la cara también poniéndose la mano en la mejilla. El paisaje corría fuera ante sus ojos, y el sonido de las ruedas resonaba de una manera constante pero tranquila en sus oídos. Todo, incluso las precauciones que estaba tomando para seguir sin ser vista, le parecía irreal, excepto el temor que anidaba en su corazón. Era como un dolor de una intensidad tan abrumadora que todo lo demás se volvía antinatural e insignificante, como las circunstancias de una pesadilla. El miedo le mordisqueaba el corazón, y corría como una llamarada blanca por sus venas. El placer irracional que el ser humano encuentra en la caza tiene su contrapartida natural en la agonía sin sentido del cazado. Para Marjorie no era posible esperar estoicamente el siguiente giro de la rueda, ni encontrar una satisfacción torva en el cálculo matemático de las posibilidades a su favor o en su contra. Lo único que podía hacer era sufrir, indeciblemente. La hora que el tren tardó en viajar desde Brighton hasta la estación Victoria devoró la poca fuerza que le quedaba.

Y como el soldado herido en la batalla, o el hombre moribundo de cáncer, parece soportar bien todo el dolor que se le puede infligir, y sin embargo a intervalos chilla bajo unas punzadas nuevas y mucho más intensas, así le ocurría a Marjorie: la corriente constante de su dolor se aceleraba a intervalos cuando pensaba en Derrick y Anne en algún orfanato en aquel momento, presumiblemente, o en su madre... qué agonía más amarga. Y en una ocasión, entre el tamborileo constante de las ruedas, pensó en George Ely. Le pareció que sus manos podían palpar la áspera cuerda de cáñamo que esperaba a su cuello. Se mordió los labios y se retorció en su asiento sintiendo aquel tormento. Cuando el tren llegó a la estación Victoria ella apenas pudo ponerse en pie y dirigirse tambaleante hacia la puerta del vagón. Y al ver el andén repleto de gente, ya que era sábado a mediodía, se echó atrás un segundo,

aterrorizada. Aquella masa de gente, le sugería su instinto irracional, podía estar esperándola.

La estación Victoria estaba llena de gente, como era de esperar a primera hora de la tarde de un sábado de verano, una multitud atareada y ruidosa. Marjorie, de pie en el andén, hizo un esfuerzo por sobreponerse. Sabía muy bien lo que debía hacer... o más bien sentía que lo sabría si se paraba a pensar en ello. Intentó decirse que en aquella multitud ajetreada y presurosa se encontraba la mejor oportunidad que tenía de escapar a la observación. Intentó animarse como habría hecho su madre.

Pero el estrépito de la estación la despojó de sus últimas fuerzas. Sabía que pronto se desmayaría, y desmayarse significaría la detección y el arresto. El esfuerzo necesario para hacer lo que debía, comprar una maleta, viajar hasta las afueras, encontrar un alojamiento, estaba completamente fuera de su alcance, como hubiera estado para ella arrastrar sin ayuda el tren en el que acababa de viajar. Su voluntad y su inteligencia se hallaban tan agotadas como sus fuerzas. Era un animalillo pequeño y débil, movido solo por sus instintos, en el momento en que el esfuerzo por sobreponerse hubo pasado. La estación Victoria ahora significaba una sola cosa para ella: Millicent Dunne, el piso de Millicent Dunne.

La guió una antigua asociación de ideas, nada más. Sin saber adonde iba, se introdujo entre la multitud y se dirigió a la salida de Wilton Road, y salió de la estación. Allí estaba la casa, con la puerta de la calle abierta. Subió las escaleras hasta el segundo piso. Aquella era la puerta; llamó a ella, y al instante le abrió Millicent, todavía con sombrero y abrigo, que acababa de volver a casa de la oficina.

Millicent pensaba que llamaba la propietaria, o algún vecino para, pedirle leche o un huevo. Nunca se imaginó que podía ser Marjorie. Pero se apartó a un lado y Marjorie entró, con los ojos ciegos, dando pasitos cortos y lentos, y se quedó clavada en medio del salón mientras Millicent cerraba la puerta y, como si se lo pensara mejor, pasaba el cerrojo. Luego volvió con Marjorie.

—¿Marjorie? —dijo en voz baja—. ¿Cariño?

No pudo decir nada más. Las lágrimas corrían por las mejillas de Marjorie y caían en su pecho, mientras permanecía allí de pie con los ojos ciegos, vueltos hacia las ventanas.

—¡Pobrecilla! —dijo Millicent, sintiendo una intensa compasión, y la cogió entre sus brazos.

Más tarde, Marjorie estaba sentada en el sillón. Sin duda, aquel era el salón dormitorio de Millicent, su «piso», como decía Millicent a la gente que no lo conocía. El sofá con una cubierta marrón colocado contra la pared hacía de cama por la noche. En la ventana había puesto unas cortinas que Marjorie le ayudó a elegir, y a las que hicieron el dobladillo con la máquina de coser de Marjorie. Había una foto de Anne de bebé encima de la chimenea. Y Millicent se inclinaba hacia el fogón de gas que se

encontraba pegado a la chimenea de gas, parloteando como de costumbre.

—Tendrán que ser huevos —dijo Millicent—. Siempre son huevos... ¿Sabes?, cuando me suban el sueldo tendré un piso de verdad, y nunca más volveré a comer huevos. Y siempre cocinaré cosas que «huelan». Cebollas. Arenques frescos. Pero aquí solo con pensar en arenques, la señora Hardy sube corriendo en menos que canta un gallo y llama a la puerta y dice que toda la casa se está quejando porque apesta. En fin, que serán huevos esta vez. Tres en total. ¿Cómo los quieres, fritos, pasados por agua, escalfados o revueltos?

Marjorie meneó la cabeza. Incluso podía sonreír.

—No me importa —dijo.

—Es una elección horriblemente difícil —dijo Millicent—. Especialmente cuando has dudado ante esas cuatro posibilidades unas cinco veces a la semana desde hace seis años. Vamos, dime una. Elige y ahórrame la preocupación.

—Pues entonces pasados por agua —dijo Marjorie. Eso significaba que después habría menos cacharros que fregar. Era lo que siempre elegía en casa cuando debía decidir ella.

—Bien —dijo Millicent llenando el cazo con los huevos en el grifo.

Millicent siempre era capaz de hablar, y años de experiencia en su actual empleo le habían enseñado a llenar cualquier vacío incómodo con cháchara intrascendente. Hablaba con aplicación mientras ponía la mesa, cortaba pan y mantequilla, abría una lata de fruta en conserva, un toque de extravagancia. Más tarde, recordando aquel momento, no era capaz de imaginar cómo pudo hablar con tanto entusiasmo sin tema alguno durante aquella primera hora... No concedía el mérito suficiente a su propia habilidad profesional. Pero el parloteo tuvo tan buenos efectos que finalmente Marjorie se comió un huevo, pan y mantequilla y un poquito de ensalada de fruta en conserva, sonrió de verdad con sus ocurrencias, se olvidó de verdad durante cuarenta minutos del motivo por el que se escondía allí, en la habitación de Millicent.

Millicent devolvió el último cacharro al aparador. Pensativa, sacó la pitillera y la boquilla de su bolso y encendió un cigarrillo.

—¿Cama o sillón? —preguntó—. Supongo que estarás cansada...

Esa fue la primera e insignificante alusión que hubo entre ellas al hecho de que Marjorie no estaba haciendo una visita corriente.

—Ah, sí, estoy muy cansada, Mill. Agotada. Me persiguen. Mill, ¿puedo quedarme aquí?

—Claro que sí —dijo Millicent.

Ya se había roto el hielo. Tendrían que hablar de todo aquello, y cuanto antes mejor. Millicent iba caminando por la habitación, arriba y abajo, con la boquilla del cigarrillo entre los dedos. Hacía mucho rato, en realidad, mientras quitaba la cáscara a su huevo, que la palabra «encubridora» había aparecido en su mente, y había que

decir en su favor que no permitió que se interrumpiera el flujo de su cháchara, ni tampoco permitió que aquello influyese en sus actos. Se arriesgaba a ir a la cárcel, a perder su amado trabajo, todo su futuro. Pero eso ahora no tenía importancia ante el hecho de que Marjorie necesitaba ayuda. Fue recorriendo la habitación arriba y abajo mientras Marjorie la miraba. Turbada por aquel escrutinio, consciente de sí misma, jugueteó con los adornos. Separó las cortinas y miró hacia afuera, abajo, a la calle ruidosa que quedaba dos pisos por debajo.

Entonces fue cuando el control que ejercía sobre sí misma vaciló. La ligera mueca que alteró su expresión mientras se alejaba de la ventana llenó de pánico de nuevo a Marjorie, que estaba en la cama.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marjorie—. ¿Qué has visto?

—Nada, querida —dijo Millicent.

—¡Sí, has visto algo! ¿Qué era?

Marjorie abrió las cortinas también y miró hacia fuera. No habría sabido decir qué era lo que esperaba ver: un cordón policial, quizás, o una multitud que se aproximaba para lincharla. Pero en realidad la calle estaba vacía de todo peligro. Unos niños jugaban, pasaba algún taxi, algunas personas caminaban pacíficamente por las aceras. Nada peligroso en absoluto. Pero justo enfrente se encontraba un quiosco de prensa, con su hilera de carteles, y en medio uno de ellos ostentaba unas letras rojas, letras de sangre, que se podían leer tan claramente como si estuvieran allí al lado ante ella, aunque en su presente estado de tensión se iban encogiendo casi hasta parecer microscópicamente pequeñas.

«LA SEÑORA CLAIR ARRESTADA».

Los teletipos habían enviado aquel mensaje urgente desde Brighton. Hombres con receptores de teléfono en los oídos los habían vociferado en oficinas de Fleet Street. Las prensas se detuvieron mientras los dedos de los linotipistas corrían sobre los teclados. Luego los camiones salieron disparados, guiados con imprudencia por sus conductores, con enormes paquetes de periódicos y carteles, y corrieron por las calles intentando alcanzar a la última marea enorme que salía de Londres para conseguir la mayor cantidad posible de las monedas que saldrían ansiosamente de los bolsillos al leer aquellas enormes letras rojas.

A Marjorie le pareció que no se añadía dolor alguno al que ya sentía, porque su copa estaba tan llena que nada podía hacer que lo estuviera más. Su rostro no sufrió alteración alguna en su expresión, mientras Millicent la miraba. Su mirada y la de Millicent se encontraron, y la suya era una mirada inmóvil, estúpida.

—¿No... no lo sabías? —susurró Millicent.

—No —dijo Marjorie.

Se quedó quieta, entumecida, sin sentir nada.

—Échate otra vez, querida —dijo Millicent.

Solo más tarde Marjorie fue capaz de pensar y llorar de nuevo.

—¡Mi madre lo ha hecho por mí! —dijo de repente—. Pensaba hacerlo desde el principio. Yo no me lo imaginaba. ¿Qué le estarán haciendo ahora, Mill? ¿Serán crueles con ella?

—No, claro que no —dijo Millicent tranquilizadora.

El tono que había usado, sus modales, sus palabras, le recordaban a Marjorie cómo hablaba su madre durante los dos días de pesadilla que habían vivido, y por una extraña peculiaridad de su carácter, eso le ayudó a recuperar la estabilidad. Su madre la había guardado y protegido. Se dio cuenta con súbita claridad de lo mucho que había dependido de su madre, y de que en cuanto se encontró librada a sus propios recursos voló de inmediato hacia Millicent para buscar un nuevo apoyo. No volvería a ocurrir nada semejante. Millicent, que la contemplaba, vio con sorpresa que la expresión de Marjorie se endurecía. El infantilismo, la stupidización, desaparecieron. Mediante una súbita transformación se convirtió, en pocos minutos, en la antigua Marjorie que siempre había conocido Millicent. Por primera vez desde el jueves, Marjorie pensaba con claridad, y se hallaba en completa posesión del control de sí misma.

—Yo no debería estar aquí —dijo Marjorie—. No es justo para ti. No tendrías que haberme dejado entrar.

Millicent se encogió de hombros.

—Yo me quedaría aquí todo el tiempo que pudiera, en tu lugar —dijo—. Aprovéchalo.

—Eres muy amable conmigo, Mill —dijo Marjorie—. Tendrías que haberles contado dónde estaba.

—Yo no podría hacer eso. Eres amiga mía.

Millicent no pudo evitar mirar inquisitivamente a Marjorie al hablar ahora. No sabía más de lo que había ocurrido que cualquier otra persona de la calle; los breves párrafos en los periódicos contaban muy poco. Nunca había oído hablar de George Ely. Habían ocurrido tantas cosas desde aquella trágica noche, solo unas pocas semanas antes, en que vio a Marjorie por última vez... Los párrafos del periódico le habían traído a la imaginación el retrato de dos mujeres furiosas y un joven amante, un drama sangriento en el cual tomaba parte un hacha. Cómo habían llegado a aquello era algo que no se podía ni imaginar, pero durante años había sospechado que Ted abusaba brutalmente de Marjorie. Pero ya hubiese recibido Ted lo que se merecía o no, era natural que Millicent ofreciese a Marjorie sin dudar la ayuda que estuviese en su poder; aquella mirada inquisitiva no implicaba otra cosa que una curiosidad comprensible. Marjorie lo observó también.

—¡Crees que lo hice yo! —dijo con voz aguda, alzando la voz un semitono.

—No, no lo creo. No podría creer semejante cosa —respondió Millicent, y luego,

mirando el rostro cansado de Marjorie, dijo—: Cuéntame cómo pasó, si te apetece.

Para Marjorie fue un alivio hablar. Contó toda la historia, con todo su horror y su sufrimiento. A veces más rápido, a veces más despacio, pero Marjorie la contó toda. Los descubrimientos referentes a la muerte de Dot los vertió en unas pocas frases sin aliento. Vaciló y dudó cuando habló de George Ely, pero no tanto por vergüenza como porque ahora mismo le parecía que todo aquello no había ocurrido nunca. Le parecía imposible que alguna vez ella hubiese podido pasarle los brazos en torno al cuello y sentir sus besos. Su recuerdo le decía que sí, que lo había hecho, pero ella desconfiaba de su memoria. Era como si intentase recuperar los detalles de alguna novela que hubiese leído hacía mucho tiempo, y que al reconsiderarla no le sonase tan cierta como había pensado en una primera ocasión. Explicó con voz balbuceante aquella parte de la historia, sin pensar en excusarse.

Los detalles de la última noche de la vida de Ted estaban mucho más vivos en su memoria. Contó cada uno de ellos por turno, y las crudas frases fueron reconstruyendo todo el cuadro de una forma muy vivida en la mente de Millicent. Y luego empezó la huida, los incidentes de los dos últimos días. Aquí le empezaron a fallar de nuevo las palabras. Solo por deducción, por el horror que vio pintarse en el rostro torturado de Marjorie, pudo adivinar Millicent lo que había pasado durante las últimas cuarenta y ocho horas.

—Y así ha sido como he llegado aquí —dijo Marjorie vagamente, intentando transmitir mediante sus gestos el terror y la debilidad que la habían asaltado en la estación Victoria.

—Ya veo —dijo Millicent.

Marjorie miró suplicante el rostro compasivo de Millicent.

—¿Me colgarán si me cogen? —preguntó.

—¡No! —exclamó Millicent acalorada—. ¡Nunca! Tú no eres... no eres culpable de nada.

De todos modos tartamudeó en medio de su frase. Había empezado a negarlo de buena fe. Solo después de empezar a hablar la asaltó aquella duda. A Marjorie le habían dicho antes de llegar a su casa lo que ocurriría allí. «¡Vamos a matarle!», había dicho su madre. Y aun así Marjorie había dejado entrar a George y a la señora Clair en su casa, se había apartado a un lado sin interferir mientras se cometía el crimen. Legalmente era igual de culpable, en consecuencia, fuera cual fuese su justificación moral, fueran cuales fuesen las excusas que podía aducir con respecto a su estado mental en aquel momento. Si tenía mala suerte o su defensa se llevaba mal, podían colgarla, podían reducir a aquella hermosa mujer a un montón de carne muerta. Millicent sintió en su interior el extraño pinchazo de curiosidad con respecto a alguien cuya vida estaba en peligro, por la ley que hace que se abarrotan los tribunales en un juicio por asesinato, y se odió al instante a sí misma por pensarlo.

—¿Es cierto eso? —preguntó Marjorie.

—Sí —dijo Millicent. No consentía en decir otra cosa, al principio, aunque fuesen otros sus sentimientos. Se enfrentó a la mirada inquisitiva de Marjorie lo mejor que pudo. Luego, haciendo un esfuerzo, mencionó la fuente de sus dudas.

—Pero mira, chica —dijo intentando hablar de una manera convincente y desenfadada al mismo tiempo—, debes tener mucho cuidado con lo que dices, si... si alguna vez tienes que decir algo. No le cuentes a «nadie» lo que dijo tu madre cuando subíais por Simon Street. Excepto a tu abogado. A él sí que se lo debes decir, claro. Pero a nadie más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marjorie sinceramente sorprendida. La ignorancia y el miedo habían evitado que intentase siquiera estimar la fuerza o la debilidad de su posición con respecto a la ley.

—No puedo explicártelo en realidad —dijo Millicent intentando desesperadamente resultar despreocupada—. Pero estoy segura de que tengo razón. Lo digo en serio, cariño. Recuerda siempre lo que te estoy diciendo, «siempre».

Millicent intentaba advertir a Marjorie de que no reconociera cosas que podían perjudicarla en una de esas «declaraciones voluntarias» tan diestramente extraídas a los detenidos por la policía, pero no podía ser más explícita. Habría tenido que mencionar a sangre fría las palabras «policía» y «arresto», y recrearse en una indecencia que no podía tolerar.

Millicent pasó calor y estuvo incómoda en la pequeña camita individual compartida, con Marjorie a su lado. La mayor parte de la noche se quedó forzosamente inmóvil, sufriendo calambres e incomodidades para no correr el riesgo de molestar a Marjorie, profundamente dormida a su lado, y cuya pesada respiración atestiguaba su fatiga. Oyó que llegaba el lechero tintineando por el pasillo con su bandeja llena de botellas. Según un acuerdo especial, le dejaban entrar temprano al edificio cada mañana para dejar la habitual media pinta (invariablemente media pinta) junto a cada puerta, detrás de las cuales dormía alguna mujer soltera y profesional. Aparte de eso, el edificio permanecía silencioso las mañanas de los domingos hasta mucho después que los días laborables.

Más tarde oyó que se abrían y se cerraban unas cuantas puertas y oyó también unos pasos precipitados en los pasillos. Serían las católicas que asistían a misa temprana. La anglicana moderada y las infieles siempre se quedaban en la cama hasta mucho más tarde. Solo gradualmente la casa llegó a despertarse del todo, y se empezaron a abrir y cerrar con más frecuencia las puertas de las mujeres profesionales que recogían su leche, a medida que un apagado murmullo de vida, como una colmena somnolienta que se fuese despertando poco a poco, empezaba a llegar hasta su oído. Hasta entonces no se empezó a remover Marjorie a su lado y se despertó. El miedo todavía la invadía: Millicent vio que agarraba las ropas de la cama y miraba a su alrededor hasta recordar dónde se encontraba, pero no era tan agudo como a su llegada el día anterior. En realidad sonrió como una niña cuando vio a Millicent a su lado.

—¿Has dormido bien, cariño? —preguntó Millicent.

—Aaah, sí, gracias —respondió Marjorie.

—Bueno, puedes continuar descansando mientras yo preparo el desayuno —dijo Millicent.

Salió de la cama y anduvo trasteando por la habitación en camisón. No había posibilidad de tomar un baño, eso lo sabía. Los domingos los pocos cuartos de baño se los apropiaba una camarilla con una serie de señales secretas para dejarse entrar

unos a otros, que permanecían a remojo y excluyendo a todos los demás toda la mañana. Millicent se bañaba siempre por la tarde, los domingos. Se lavó en el lavamanos y se vistió, puso la tetera al fuego y recogió la leche, preparó la bandeja del desayuno y llevó la mesa al lado de la cama. Marjorie estaba echada y la miraba soñolienta, mientras ella se atareaba. Se sentía bañada en una sensación de comodidad y de seguridad. Tenía una amiga; tenía un hogar. El sufrimiento de los dos últimos días, que parecía en sus recuerdos haber durado más de dos meses, había llegado a su fin. El contraste era delicioso mientras ella permaneciese drogada por el sueño y solo fuera consciente de lo que quedaba por resolver en su situación. Luego, de repente, se tensó, echada en la cama. La infelicidad volvió de nuevo, en aquel instante. Sintió de nuevo la antigua debilidad. Ahora se avergonzaba de sí misma, además. Hasta aquel momento el pánico apenas le había permitido pensar en nada salvo en sí misma.

Como una corriente subterránea de sus pensamientos estaba el conocimiento de que no había turbado su cabeza pensando en su madre y en George. Su madre había pasado la última noche en prisión, en una celda, con la sombra del cadalso cerniéndose sobre ella, como llevaba dos días y medio cerniéndose sobre George.

Pero aquella era solo la corriente subterránea. Ahora pensaba en Derrick y Anne. Su sufrimiento se vio incrementado por el hecho de que no podía imaginar en absoluto qué les había ocurrido, y no podía suponer ni por un momento en qué circunstancias se habrían despertado aquella mañana. La terrible palabra «institución» le vino a la mente. Aquella palabra llevaba asociadas mala comida, trato duro, habitaciones frías y destempladas. La pequeña Anne se encogería en sí misma en un lugar como aquel, soportando su desdicha sin quejarse, pero Derrick protestaría, lucharía, se negaría a ponerse la ropa de la institución, vocearía su descontento con la comida de la institución, hasta que alguna odiosa guardiana, de labios apretados y ojos secos, le castigase, le sometiese, lo obligase a una sumisión aturdida de la cual nunca más volvería a salir, ni siquiera en la edad varonil.

—¡Ay, Dios mío! —dijo. Habría blasfemado más violentamente si las palabras hubiesen acudido a sus labios. Estaba llena de rabia venenosa contra un mundo que podía permitir que ocurriesen cosas semejantes—. ¡Ay, Dios mío!

Y también estaba llena de desdén por sí misma, que había permitido que sus hijos sufrieran así, y no les había dedicado ni un minuto en sus pensamientos en todas aquellas horas. Ya no sentía piedad por sí misma. Se veía como era, débil, dejándose dominar fácilmente, y, sin embargo, egoísta. En su negro sufrimiento, se culpaba a sí misma por todo lo que había ocurrido, sin pensar siquiera en la responsabilidad de Ted.

—Es hora de despertarse ya, jovencita —dijo Millicent llevando la mesa junto a la cama, con la porcelana entrechocando alegremente.

—No quiero desayunar... no podría comer nada —dijo Marjorie. Se incorporó en la cama, con el pelo revuelto, sin pensar que se le había caído el tirante del camisón.

—Tonterías, claro que puedes. Empieza con una taza de té —dijo Millicent con decisión y entusiasmo. Era consciente del nuevo sufrimiento que aquejaba a Marjorie; incluso había llegado casi a adivinar su causa, y sabía que ninguna simple palabra por su parte podía combatir unas realidades como aquellas. Lo único que podía hacer era ofrecerle una taza de té.

—¡Son los niños! —dijo Marjorie.

—No pienso hablar de nada hasta que hayas tomado el desayuno —replicó Millicent firmemente—. ¿Tostada o pan con mantequilla?

Millicent se aferraba con firmeza a las trivialidades. Su trabajo de asistencia en la fábrica la había acostumbrado a hacerlo. Enfrentada a un dedo aplastado o a un corazón roto, los primeros auxilios que llevaba a cabo siempre eran una taza de té y un poco de charla intrascendente. Eso les daba un respiro, un espacio para recuperar la cordura. Ahora estaba haciendo instintivamente lo mismo, luchar contra el espantoso sentimiento que aquella vez era un callejón sin salida del cual no había escapatoria, en absoluto. Buscaba algo de tiempo con valentía, porque ella no veía solución a las dificultades de Marjorie salvo una, y esa la temía.

—No creo —dijo sujetando la botella de leche ante la luz— que esta leche sea tan buena ahora como cuando empezaron a embotellarla. La crema que lleva encima no tiene ni la mitad de grosor. ¿No te has dado cuenta?

Era una añagaza sutil. Diez años de preocupaciones domésticas se imponían. Se podía arrastrar a Marjorie a discutir temas de economía doméstica. Hablaron sensatamente durante unos pocos minutos, con el entrechocar de las tazas acentuando lo hogareño de la situación.

Entonces un golpe abrupto en la puerta rompió su frágil burbuja.

—¿Qué es eso? —jadeó Marjorie. Al momento se quedó pálida como una muerta.

—Ah, nada —dijo Millicent. Ella también estaba asustada, pero se obligó a enfrentarse a lo inevitable. Calmándose con gran esfuerzo, se dirigió estoicamente hacia la puerta y la abrió.

—Ah, buenos días, señora Hardy —dijo. La propietaria entró rápidamente en la habitación mientras Marjorie se acurrucaba en la cama. La señora Hardy la incluyó en una mirada circular que abarcaba toda la habitación en desorden.

—Tengo que llamar su atención —dijo gélida— hacia los términos de su acuerdo, señorita Dunne. Una de las condiciones del alquiler es que solo se permite dormir al inquilino en cada piso individual. Si esperaba tener invitados, tendría que haber alquilado un piso doble.

—Ah, se me había olvidado —dijo Millicent—. Lo siento mucho, señora Hardy.

—Procure que no vuelva a pasar, señorita Dunne.

La señora Hardy salió con mucha dignidad, y Millicent cerró la puerta a toda prisa de nuevo tras ella.

—¿Crees que me ha visto? —preguntó Marjorie—. ¿Ha ido a por...?

Los frenéticos gestos de Millicent, que la obligaban a callar con una muda exigencia de silencio, la detuvieron antes de que pudiera decir nada más. Millicent sabía que alguien que escuchaba detrás de la puerta había informado a la señora Hardy de que ella estaba violando el acuerdo y tenía a alguien pasando la noche con ella, y era posible que la propia señora Hardy escuchase ahora. Las dos estaban temblando.

Marjorie vio lo alterada que estaba Millicent, vio sus mejillas blancas y sus labios temblorosos y aquella imagen aclaró su cerebro como una niebla que despejara un paisaje. El castillo de naipes de la ilusión de seguridad normal y corriente que había edificado en los últimos cinco minutos, antes de que llamase la señora Hardy, se acababa de caer, pero para Marjorie ahora ya no era más que la caída de un castillo de naipes. No derramó lágrima alguna sobre sus ruinas. No podía ocurrirle ya nada peor de lo que le había ocurrido hasta el momento. Arrojó a un lado las ropas de la cama y saltó fuera.

—Lo siento —dijo—. No tenía que haber venido aquí. No es justo para ti. Tú no tienes que mezclarte con una mujer como yo.

Marjorie se había visto a sí misma bajo diversas luces, anteriormente, como Marjorie Grainger, como la señora de Edward Grainger, como madre de Anne y Derrick, y como hija de la señora Clair. Para sí, había sido una u otra durante los días de huida. Ahora se veía a sí misma con claridad como «una mujer como yo», como una sospechosa de asesinato, una adúltera. Se sentía increíblemente poco temerosa de lo que pudiera ocurrirle. La calma de la resignación descendió sobre ella, la misma que a menudo en la historia ha apoyado a los mártires en su camino hacia la hoguera. La llamada de la señora Hardy, la angustia de Millicent, habían resultado ser la última gota que colmó el vaso del sufrimiento que hasta el momento había soportado. No podía soportar nada más. Paseó la mirada por la habitación, buscando su ropa. Aquella claridad de mente que acababa de encontrar no se extendía a los detalles prosaicos. Ordenó torpemente su ropa interior, se dirigió hacia el lavamanos, y enfrentada al espejo, se llevó las manos instintivamente al pelo.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Millicent mirándola con los ojos desorbitados. Su calma profesional había desaparecido.

—No lo sé —dijo Marjorie. Se echó a reír, una risita aguda. Quizá estuviese histérica, quizá en aquel momento se hubiese vuelto loca—. Esa mujer lo ha decidido todo. No puedo soportar más esta situación.

Se aclaró la cara con agua fría, y se la secó con una toalla. Casi desnuda, se puso a buscar su sombrero y su bolso, y se echó a reír de nuevo. Millicent la miraba

fascinada mientras se pasaba la camiseta por la cabeza y se ponía el vestido.

—Marjorie —dijo—, no irás a... a...

Millicent temía que se fuera a suicidar, pero la idea estaba tan lejos del pensamiento de Marjorie que ni siquiera la pregunta sin acabar de formular de Millicent le sugería nada.

—Voy a salir de todo esto —dijo Marjorie—. Pueden hacer lo que quieran conmigo. No me importa.

Se ponía las medias ahora, sentada al borde del lecho desordenado.

—Los niños —dijo Marjorie meditativa mientras lo hacía—. Lo siento por los niños.

Había una honda compasión en su voz al hablar, sentida y sincera, y, sin embargo, nada maternal. Marjorie no pertenecía ya a este mundo.

—Puedo ocuparme de los niños —dijo Millicent ansiosa—. Si... si necesitan que alguien los cuide. Procuraré que estén bien. Seré buena con ellos.

—Sí —dijo Marjorie—. Siempre has sentido mucho cariño por Anne. Te gustaba más que Derrick incluso. Serías una buena madre para ellos. Sabes mucho de niños, aunque no los hayas tenido.

Se levantó con el sombrero en las manos.

—¡Marjorie! —exclamó Millicent de nuevo—. ¿Qué vas a hacer?

La única respuesta que obtuvo fue la misma risa. Quizá fuese el cese de la tensión que traía consigo el nuevo estado mental lo que hacía reír a Marjorie, por muy estridente e impersonal que fuese su risa.

—Iré contigo —dijo Millicent, desesperada, y eso volvió un poco más humana a Marjorie.

—¡No! —dijo—. No pienso consentirlo. Ya has tenido bastantes problemas por mi culpa.

Millicent le cogió la mano, pero Marjorie se soltó, se retiró fuera de su alcance, se dirigió rápidamente hacia la puerta y de nuevo rió, triunfante.

—Adiós, querida —dijo. Aquella ternura inhumana inundaba de nuevo su voz—. Adiós, querida. Eres un cielo, Mill, cariño. Adiós.

Abrió la puerta y salió al pasillo mientras Millicent la miraba, impotente, con la boca abierta. Pasaron cinco segundos antes de salir corriendo tras ella, y en esos cinco segundos Marjorie había desaparecido.

Afuera, en la calle, a aquella hora tardía de la mañana del domingo, Marjorie respiró hondo y con libertad, volviendo la cara hacia el cielo. Caía una lluvia ligera, pero ella apenas lo notó. Ahora era libre, libre de toda aprensión y de toda duda. Era bueno estar en la calle, respirar aire fresco, después de lo asfixiante que resultaba la habitación de Millicent, poder mirar a lo largo de toda la calle, en lugar de tener su vista confinada a las estrechas paredes. Era lo único que quería, por el momento. No

era consciente de nada excepto de la placentera sensación de caminar rápidamente, y de respirar hondo.

Ninguna conciencia la guiaba ahora. Era una autómatas que estaba a cargo de sus instintos, y sus instintos la llevaban hacia su casa, inevitablemente. Durante casi diez años había vivido en la casa de Harrison Way, y a aquella casa se dirigió. Una antigua asociación de ideas, que se iba imponiendo, quizás aceleró su paso anticipando ver a sus niños de nuevo, su marido, los antiguos y familiares muebles, tan muerta estaba su memoria consciente. Se encontró en medio de un grupo en la parada del autobús, e inmediatamente subió a él. Encontró monedas suficientes en su bolso para pagar. Ni siquiera el paquete arrugado de billetes de una libra que había metido su madre allí (¡el día anterior!), podía sacarla de aquella nueva y extraña indiferencia. La lluvia era más intensa cuando se apeó en la esquina de High Street, y las calles estaban vacías en aquel húmedo mediodía de domingo. Subió rápidamente por la empinada Simon Street, regodeándose en la sensación de las gotas de lluvia que caían en su rostro. Dobló hacia Harrison Way.

El sargento Hale salía del número 77. Iba a comer, y pensaba dejar a un agente a cargo de la casa. Los periodistas arrasarían todo el lugar y lo harían trizas, si no lo hacía, tan grande era la sed de noticias concernientes a aquel asunto. Su investigación de aquella mañana no había conseguido arrojar nueva luz sobre la muerte de Edward Grainger, aunque en un caso tan claro como aquel, no era de esperar que surgiera nada, ni tampoco había indicación alguna de dónde era probable que se encontrara la señora Grainger. El sargento Hale no tenía duda alguna de que la encontrarían en seguida, de todos modos. Se alegró de que su deber le mantuviera ocupado en el número 77, porque como se decía a sí mismo, «a menudo vuelven». No le sorprendería lo más mínimo que ella apareciera por allí aquella misma mañana.

En la cancela, pensando todavía en aquello, miró hacia los dos sentidos de la calle antes de dirigirse hacia su casa. La vio caminar hacia él y corrió a reunirse con ella. Ella le miró y le sonrió, sorprendentemente, al recibir semejante bienvenida. Ante aquella sonrisa, Hale enrojeció y tartamudeó como un niño, acercándose a ella. Como un colegial que se esfuerza por vencer su miedo escénico en una obra escolar, pronunció, inconexas y con un tono artificial, las palabras que la colocaban a ella bajo arresto y le advertían lo que debía hacer. La advertencia estaba justificada. Despertó un diminuto fragmento de la memoria de Marjorie. Millicent había dicho «nunca le cuentes a nadie, absolutamente a nadie, lo que dijo tu madre cuando subíais por Simon Street». Esa fue la única idea que se movió en la estancada mente de Marjorie cuando se entregó al sargento Hale, y eso la salvaría más tarde.

La señora Posket, en la ventana de su dormitorio, miraba melancólica la lluvia. Había vuelto de vacaciones el día anterior, cuando todo había concluido. Le enfurecía pensar que se lo había perdido. Crímenes, arrestos, huidas, todo había ocurrido a

cincuenta metros de su casa, y ella no estaba allí para presenciarlo. La idiota de la señora Taylor sí que estaba, podía contar a la policía que había oído silbidos por las noches, la habían entrevistado unos reporteros, había estado justo en el meollo, mientras ella se encontraba ausente. La señora Posket estaba fuera de sí por el disgusto. Pero había intentado sacar el mejor partido posible con decisión. El día anterior, en el momento de llegar a casa, consiguió acercarse al sargento Hale y hacer las correcciones necesarias en la absurda descripción de la señora Grainger que había suministrado la señora Taylor. Ahora estaba sentada ante la ventana esperando recoger algún resto del naufragio. Su optimismo estaba bien fundado porque desde la ventana de su dormitorio, casi frente a su puerta delantera, vio algo que le proporcionaría tema de conversación para el resto de su vida. Fue el único testigo ocular del arresto de la famosa señora Grainger. Para acentuar la importancia del hecho, en sus posteriores descripciones del momento, siempre mantuvo que, por supuesto, la señora Grainger era culpable, y que el veredicto del jurado fue completamente incorrecto. Muy pocas personas estuvieron de acuerdo con ella.

NOTA SOBRE EL TEXTO

Hollywood 1935: al joven C. S. Forester le ofrecieron un contrato para que escribiera el guión de una película. Previamente había dado con algunas obras de finales del siglo XVIII sobre la *Crónica Naval*, y después del contrato de Hollywood, estas le acompañaron en un viaje por mar de vuelta a Inglaterra, pasando por América Central. El resultado: la primera novela de Hornblower.

Forester echaba de menos Inglaterra durante su estancia en California. Como no preveía la presión que sufriría para que escribiera más obras sobre Hornblower, se puso a escribir una novela negra clásica de Londres, sobre crímenes, sexo y venganza, *Los perseguidos*. En sus notas personales Forester se refiere a ella como «la novela perdida... Fue escrita, enviada a Londres y Boston, aceptada y convertida en sujeto de acuerdos firmados».

Pero se interpuso la Guerra Civil Española. Forester fue a España y la guerra peninsular que había tenido lugar allí 140 años antes atrajo su interés. Con gran emoción se dio cuenta de que aquella podía ser la segunda novela de Hornblower.

Forester escribió: «no sería adecuado que *Los perseguidos* fuese publicada entre dos libros [de Hornblower]». Después de «un telegrama largo y solemne de Boston», se retrasó la publicación. «La novela perdida se perdió de verdad. Es posible que exista algún ejemplar mecanografiado, olvidado y cogiendo polvo en algún almacén que no se use apenas en Boston o en Bloomsbury».

Oxford, 1999: Ayudé al doctor Colín Blogg a fundar la sociedad C. S. Forester como reconocimiento de las habilidades narrativas del autor, su prosa impecable y sus estudios sobre el «hombre solo» colocado en entornos contemporáneos muy bien representados. Yo había leído a Forester desde que iba al colegio, y al estudiar en Oxford se confirmó mi estima por ese gran escritor. De modo que cuando apareció una novela sin publicar de Forester en una pequeña subasta en Londres, nos decidimos a adquirirla. Colín y yo ahora somos propietarios del manuscrito que lleva el nombre del mecanógrafo.

Londres, 2011: Penguin Books (que ahora es dueño de la antigua editorial de Forester, Michael Joseph) ha dispuesto la publicación de esta pequeña obra maestra de la vida londinense de entreguerras: *Los perseguidos*, casi «la obra desaparecida». Un hallazgo extraordinario y un primer acercamiento a uno de los mejores novelistas ingleses del siglo xx, en la cima de su talento.

LAWRENCE BREWER, Peopleton, 2011



CECIL SCOTT FORESTER (El Cairo, Egipto, 27 de agosto de 1899 - Fullerton, California, U.S.A., 2 de abril de 1966). Es el seudónimo de Cecil Louis Troughton Smith, escritor británico nacido en Egipto. Especializado en literatura de temática naval, es el creador del famoso Horatio Hornblower, oficial de la Marina Real Británica.

Sin embargo, el éxito le llegó de la mano de John Huston, que adaptó al cine su novela *La Reina de Africa*. Galardonado con el James Tait Black Memorial Prize y habiendo sido mentor de Roald Dahl, en 2003 se recuperó la faceta más negra de su obra al publicarse el manuscrito inédito de su novela *Los perseguidos*.

https://es.wikipedia.org/wiki/Cecil_Scott_Forester